

UN AMOR PARA UNA CAPRICHOSA

JENNY DEL

UN AMOR PARA UNA CAPRICHOSA

JENNY DEL

Primera edición.

Un amor para una caprichosa

©Jenny Del.

©marzo, 2025

©imágenes por Freepik

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Capítulo 51

Capítulo 52

Capítulo 53

Capítulo 54

Epílogo

Capítulo 1



—Mamá, ¡¡gracias!! —exclamé cuando vi aquel monísimo par de botines que me traía y que ponía al lado de mi cama como si tal cosa.

—Me fijé el otro día en cómo los mirabas en ese escaparate y me dije que deberías lucirlos en tu primer día de trabajo, Luna.

—Dime la verdad, ¿quién está más emocionada? ¿Tú o yo?

—Yo, porque mi niñita ya es médica y porque luces radiante, cariño.

Se sentó conmigo en el borde del colchón. Tenía la suerte de haber nacido en el seno de una familia muy adinerada en la que crecí rodeada de todos los caprichos, aunque no era eso lo mejor; lo mejor era el amor que me regalaron los míos cada uno de los días de mi joven vida.

—Pues como tú, mira lo guapísima que estás —se lo decía encarándola hacia mi gran espejo de pie, uno que se me antojó años atrás durante una visita familiar a París y que, pese a sus grandes dimensiones, mi padre hizo traer de inmediato desde la capital gala directa al dormitorio de su Pelusa, como él me llamaba.

El apelativo cariñoso me viene de que nací prematura y de que ese progenitor mío, que es un cachondo mental, solía decir que por aquel entonces no abultaba más que eso, que una pelusa.

Pues bien, esa niñita fue creciendo rodeada del amor de los suyos. Os resumo mi árbol genealógico para que me conozcáis un poquito más.

Mi padre, Gerardo, a quien ya he mencionado, supo hacerse con una serie de clínicas médicas de mucho prestigio, la última de las cuales abría las puertas ese día en nuestro Madrid natal, en uno de los barrios más

acomodados de la capital. En ella no nos faltarían los clientes más exclusivos, dispuestos a dejarse una pasta en todo tipo de tratamientos.

Las clínicas de mi padre contaban con todo tipo de especialidades, desde la Pediatría hasta la Odontología, pasando por la Dermatología o los tratamientos estéticos.

En definitiva, que de ellas igual salías habiendo dado a luz a un precioso bebé que con una nariz nueva, dependiendo de las prioridades que cada uno tuviese.

Yo soy pediatra, aunque no es de mí de quien deseo hablar todavía, porque voy a terminar de presentaros a mi familia.

Mi madre se llama Estefanía y es el alma de la casa. Aunque estudió Psicología, nunca se dedicó a ello profesionalmente, pues la ambición profesional de mi padre hizo que el dinero en casa entrara a sacos y ella decidió que haría de cuidar a los suyos su propia profesión. Y se le daba de lujo, no sería yo quien le pusiera un "pero".

Mi hermano Bruno era un año menor que yo. Contaba en ese momento con 26 y su mayor talento era cazar chicas. Soy un poco malilla con él, siempre me ha pasado. Es lo que sucede cuando te pasas toda la niñez chinchando al mocoso de la casa, que también se las trae. No por eso dejaba de adorarle, de mayores nos hicimos amigos y cómplices de esos de los que se pueden contar con los dedos de una mano.

Bruno trabajaba como técnico de rayos X porque a él los libros le gustaron siempre más bien poquito y decía que, con cursar algo más corto con lo que papá le enchufase en una de sus clínicas, fantástico. Ya llevaba unos añitos trabajando en otra, a 50 kilómetros de casa, pero ese día comenzaría también en la nueva, igual que yo. Con la diferencia de que en mi caso se trataba de mi debut como médica.

Hermanos no somos más, pero como si lo fuéramos, porque con nosotros vivía la niña bonita de la casa, mi prima Alba, cinco años menor que yo, y a cuyos encantos caíamos rendidos los Alvarado.

Alba era hija de Rebeca, la única hermana de mi madre. De su mano, venía el episodio más trágico de la familia. Mi tía materna se fue a vivir a un pueblecito de Francia con un chico del que se enamoró en un viaje y que falleció en un trágico accidente cuando ella se quedó embarazada.

Habían iniciado un proyecto profesional allí, ambos, y eso hizo que tuviese la valentía y el arrojo de quedarse a vivir sola en el país vecino, dando a luz a Alba, quien nació con Síndrome de Down.

Cuando Alba tenía diez añitos, y tanto Bruno como yo estábamos hechos dos pastillas efervescentes en plena adolescencia, la tía Rebeca falleció también, consumida por una enfermedad que le detectaron tarde y que se la llevó en unos meses, de manera que Alba nos llegó como un regalo. Y entre nosotros superó la pérdida, integrándose y sintiéndose amada "hasta el infinito y más allá", como seguía diciendo desde entonces, porque aunque ya era adulta las pelis de "Toy Story" seguían siendo sus preferidas.

A Alba, que era de lo más ingeniosa, se le había ocurrido un proyecto relacionado con una especie de jardín de infancia que estrenaríamos en la clínica. Le encantaban los bebés y niños, y junto con otras dos personas, se haría cargo de ellos mientras sus padres nos visitaban.

Siguiendo con el recorrido familiar, no puedo olvidarme de mi abuela Carmina. Ella vivía en la casa de al lado de la nuestra. Se trataba de mi abuela materna, una suegra un tanto ácida y cien por cien cómica, que le había caído a mi padre en nuestra misma y lujosa urbanización desde que se separó de mi abuelo Juan de Dios, que la dejó años atrás por Mara, una chica mucho más joven.

Para escuchar el piquito de mi abuela al respecto. Con deciros que, ya que ese era el nombre del abuelo, ella solía hacer alusión a que a ver si el hombre le hacía pronto una visita al Altísimo. Y se quedaba tan pancha. Lo de que la hubieran sustituido por otra nunca lo llevó demasiado bien y la sorna le salía a borbotones cuando aludía al asunto.

Y para completar el cuadro, estaba Charo, nuestra cocinera, a quien considerábamos igualmente de la familia. Llevaba con nosotros desde que tenía uso de razón y era como otra segunda madre para mí, una consejera con un humor que a veces rozaba lo esperpéntico y capaz de iluminar hasta el más gris de los días, sacándonos la sonrisa a todos.

Finalmente, como al burro se le deja para el último, allí estaba yo; una perfecta mezcla de los ojos azules de mi padre y del pelo rubio de mi madre. Complexión delgada, 1,75 de estatura (nací prematura, pero luego

crecí sin problemas), sonrisa fija en el rostro y ganas de comerme el mundo. Sobre todo cuando, como esa mañana, bajaba a desayunar y tanto mi madre como Charo me decían que parecía una modelo y que los dejaría a todos babeando a mi paso. Así da gusto…

Capítulo 2



Como ya habréis deducido de lo dicho hasta ahora, trabajaría en la nueva clínica tanto con Bruno como con Alba.

Mi padre, que era médico, ya llevaba un tiempo jubilado debido a un infarto que superó, el cual le hizo ver que no todo en la vida es trabajar y ganar dinero, sino que lo importante es saber gastarlo con la gente que quieres, empleándolo en tiempo de calidad.

—Ya sabéis, chicos, a mí allí no me conocéis —les decía a Bruno y a Alba durante el desayuno.

—Esa idea tuya me parece una pamplina, Luna, siendo una Alvarado, la hija del dueño de la clínica…. Entiendo que no quieras que se te emparente con tu padre —dijo con sorna—, pero ¿hasta ese punto?

Ese comentario fuera de lugar salía de la boca de mi abuela Carmina, cuya lengua era mordaz. Se pasaba la vida picando al bueno de mi padre, que derrochaba santa paciencia con su jocosa suegra.

—Mamá, por favor…

—Hija, que estoy hablando con la niña.

Ya he comentado que mi abuela vivía en la casa de al lado. No por ello dejaba de visitarnos a cualquier hora del día y, de hecho, solía acudir con la puntualidad de un reloj suizo a desayunos, almuerzos y cenas.

No es que le faltase vida social ni mucho menos, simplemente le gustaba compartir tiempo con su familia y dar su parecer en cualquier tema que saliera a la palestra.

El que mencionaba tenía que ver con mi decisión de no pecar de enchufada e “hija de” desde el primer día en la clínica.

Con el tiempo todo se sabe, pero de momento me apasionaba la idea de pasar inadvertida entre el resto del personal y que nadie se callase a mi paso por miedo a que cualquier comentario llegase a oídos de mi padre.

No voy a negar que estaba acostumbrada a vivir muy bien y que era una niña pija, pero no quería hacer valer esa condición para contar con privilegios allí.

Iba ideal en mi primer día de trabajo con mi vestido de punto en beige, los botines de ante que me había regalado mi padre y ese abrigo que también estrenaba, en camel, con cinturón y una de esas capuchas que tanto se llevaban aquella temporada.

Ya estaba al lado de la puerta esperando a Sol, de quien aún no os he hablado y que es parte imprescindible de mi vida.

Vamos allá… A Sol la conocí en mi primer día de instituto y no di crédito cuando me reveló su nombre, al llamarle Luna, ¿no me digáis que no suena a pitorreo?

Además, y para mayor curiosidad, me habló de dónde vivía y resultó ser ¡¡en la casa de al lado!! Sí, que esa era la de mi abuela Carmina, pero que me refiero a la del otro lado…

Su familia se acababa de mudar allí. Sus padres tenían negocios y venían del sur. Sol es sevillana, más que la Giralda, por mucho que mi camaleónica amiga se integrase a la perfección en mi pandilla madrileña desde su llegada.

Un par de casualidades ¡¡y nos hicimos inseparables!! Y como de casualidades iba la cosa, ambas teníamos la intención de ser médicas (a mí me venía de familia, pero a ella no). La carrera la estudiamos en Madrid y la especialidad (cada una la nuestra) juntas en el extranjero, de donde habíamos llegado unos meses atrás tras unos años maravillosos y repletos de aventuras en común.

Sol era dermatóloga y tenía asegurada su plaza en la clínica como si fuera yo misma, dado que nuestros padres también se hicieron muy amigos años atrás.

Pedro y Carolina formaban una pareja muy bien avenida. Y Jacobo, el hermano de Sol, tenía un año menos que Bruno, aunque en ese momento andaban bastante picados entre ellos por un tema de una chica a la que

ambos le tiraron ficha a la vez y que, por cierto, pasó del culo de los dos. Y eso que eran un par de bombones, pero un tanto petardos, la verdad. Jacobo trabajaba con sus padres en sus negocios.

La familia de Sol se completa con su abuelo paterno Vicente, todo un Casanova del que mi abuela Carmina se pasaba la vida riéndose. Que "si ¿qué se ha creído este hombre?", que si "¿acaso se ve un José Coronado de la vida?" y cosas similares a las que el sevillano le respondía con todo el arte porque lo tenía.

De sobra era sabido que Vicente se moría por los huesos de mi abuela, quien se mostraba esquiva con él desde el primer día. Y es que decía que después de lo de su marido, de ella no se cachondeaba ningún otro. Pese a lo fuerte que era, se había quedado tocada.

En fin, que abrí la puerta para encontrarme con mi amiga, que era más menudita y baja que yo, como una muñequita de planchada melena morena y ojos almendrados color miel. Muy mona y llamativa, siempre iba como un pincelito, con unos *outfits* ideales. Y ese día no iba a ser menos, por supuesto que no ¡¡si era nuestro gran día!!

Capítulo 3



Abriendo la puerta para ir a buscar a Sol me encontré con aquella maravilla de Lancia Ypsilon en la puerta, rojo (mi color favorito) y con un enorme lazo del mismo color rodeándolo.

—Mira, tu padre se ha dejado caer… —dijo mi abuela.

—¡¡Papá!! ¡¡Gracias!!

Me lancé a sus brazos como si estuviera poseída. Sabía que era cosa suya porque me lo tenía prometido desde hacía un tiempo, pues en su día heredé un Mini de mi padre que un imbécil borracho me había jodido el verano anterior, dándome un golpe por detrás que nos llevó a Sol y a mí a pasar la mitad de las vacaciones con collarín, acordándonos de toda su generación.

—Para que lo estrenes en tu primer día de trabajo, Pelusa. Aquí tienes las llaves…

—Mamá, ¿lo has visto?

—Sí, cariño, es una preciosidad.

—Pues como la niña, Estefanía, que se parece a nosotras…

Nueva patadita para mi padre por parte de mi abuela.

—No hagas caso, papi, que también me parezco a ti, ¡¡y te quiero más!!

—¿No lo vas a querer con el cochazo que te ha regalado? Yo voy contigo delante —se apresuró a decir Alba mientras abría la puerta del copiloto.

—Guauuuu, ¡¡al final el tuyo ha llegado antes!! —decía Sol porque a ella también le habían prometido uno.

—Venga, Luna, te reto a una carrera de aquí a la clínica.

—Claro, y estrenáis vosotros los quirófanos. Bruno, no sé lo que te haría a veces…

Mi padre movió alternativamente la cabeza, negando. Mi hermano tenía las ideas de un atún en muchas ocasiones. Era de los que no las pensaban. Y pisar el acelerador le gustaba tela.

—Tú mejor te vas en tu coche, Bruno y nos dejas a las chicas estrenar el mío.

—Vale, vale, allí os espero. No lleguéis pisando huevos…

Le encantaba mofarse de mi forma de conducir, que era normal, ni más ni menos. Yo no era un Charles Leclerc de la vida. Si menciono a ese piloto de Fórmula 1 y no a otro es porque el monegasco cuenta con una de las sonrisas más seductoras del mundo.

Me despedí de mi familia y me subí en el coche.

—Pon música, pon música —me pedía Alba.

—Cariño es que, de momento, lo único que manejo bien es la llave del contacto. Ya me iré haciendo con todo lo demás…

—Pues en el móvil. Venga… Pon la de "Cuándo", que ya sabes que me encanta. La de Gusi, que es ¡¡guapísimoooo!!

"Te haces la loca y más me provocas
Sé que tú también me tienes ganas…
Cuándo cuándo cuándo…"

Mi prima estaba loca por ese cantante latino. Y es que a ella le fascinaba ese tipo de música e iba a clases. No paraba de insistir en que ahora que nosotras nos habíamos afincado en Madrid, tendríamos que matricularnos con ella.

Por cierto, que mis padres también eran muy aficionados al baile. En su caso, se les daba sensacional el tango, especialidad en la que habían ganado algunos premios a nivel local. Si es que eran la pareja ideal…

Alba iba más contenta que una niña con zapatos nuevos, como si quien estrenase coche fuese ella. De hecho, también le gustaban mucho y se estaba sacando el carné de conducir, pues mi prima no entendía de

limitaciones. A su ritmo, iba logrando todas sus metas en la vida. Y no podíamos sentirnos más orgullosos de ella.

Llegamos a la clínica y, ciertamente, era flamante.

—Tu padre se ha superado en esta ocasión, qué chulada. Se ve súper vanguardista.

—Sol, eso quiere decir que es guay, ¿no?

Mi prima le preguntaba con las manos puestas a modo de visera mientras echaba un ojo a la impecable fachada.

—Sí, justo eso…

Entramos en el parquin subterráneo, porque allí no faltaba un detalle, y mientras mirábamos hacia un lado y hacia otro viendo lo moderno que era, no vimos que un idiota salió de culo sin fijarse e impactó con la parte trasera de su coche en la puerta del copiloto del mío.

—¡Ay, mi madre! —chilló Alba.

—¿Estás bien, cariño? —le pregunté preocupadísima.

—Un poco sorda me ha dejado, qué golpe… Pero la puerta debe estar como la de una lata de anchoas, de esas que se abren enrollándolas.

No lo quería ni pensar… Mi precioso coche y va el imbécil ese y me lo jode.

Me bajé hecha una furia. El tío se bajó también y encima me vaciló.

—Chica, lo siento, tendrías que haber mirado. Ahora hacemos el parte y…

—¡¡Que no me puedo bajar!! —se quejaba Alba desde dentro.

—¿Que yo tendría que haber mirado? ¿Eres gilipollas o qué te pasa?

—Vale, vale… Menudos humos. Ni que fueras la hija del dueño de la clínica —me espetó.

Hay momentos en la vida en los que una debe morderse la lengua. Había dicho que no lo comentaría con nadie y así sería.

A punto estuvo Alba de soltárselo, pero le hice un gesto de que se callase y ella me devolvió otro haciendo como que cerraba los labios con una cremallera.

—Mira, no te voy a contestar. Espero que al menos sea verdad que tienes seguro y no pretendas darte a la fuga.

—¿De qué vas? ¿Me tomas por un delincuente?

—Al menos por un tarado. Hay que joderse con el tío, el golpe que me ha dado…

—Oye, ya vale, que no estáis heridas ni nada. Parece que fuera yo un kamikaze o algo ahora…

—No, para eso hay que valer y tú no debes hacerlo ni para estar escondido.

—Sin faltar, ¿vale?

—Si no estoy faltando… No a la verdad. Te estoy diciendo verdades como puños, que vas por la vida como pollo sin cabeza.

—Y tú eres una descarada y una deslenguada…

—¿De qué me suena a mí eso?

Sol trataba de hacer memoria. La veía más interesada en ello que en intervenir en la disputa, más que nada porque yo no necesitaba ayuda, me las apañaba bien solita.

El chaval de seguridad del parquin se acercó un tanto extrañado al escuchar voces. Fue el que puso algo de orden porque aquello se nos estaba yendo de las manos.

Capítulo 4



Las tres subíamos en el ascensor. El parte lo habíamos hecho a la carrera porque no queríamos llegar tarde en nuestro primer día. Y, cuando él trató de alcanzarlo también, se lo cerramos en toda la cara.

Enzo se llamaba el gilipollas ese que debería estar súper creído porque, aunque no estuviese dotado de talento más que para jorobar, era dueño de otra de esas sonrisas que convierten las rodillas en gelatina. Salvo para mí, que pasaba tres kilos de ese engreído.

—Sol, ¿qué te pasa?

—Eso, que parece que te hayas quedado en trance —añadió Alba imitándola.

—Qué pavas sois… Estoy haciendo memoria. A ese tío le hemos visto antes…

—Su cara también me resulta familiar, es verdad. Es que estoy gafada, segundo golpe que me llevo del verano para acá. El primero con el Mini y este… ¡¡Estrenando mi propio coche!! Qué ganas de estrangularlo me han dado.

—Relax, Luna, relax. A mí en las clases de yoga me dicen que…

—Alba, ahora estoy cabreada. No me funcionará nada de lo que me digas. Además, cuando te cabreas tú, también trepas…

—Ni que fuera un gato. Venga, yo me voy con mis niños. Ahí os quedáis, pijas…

El tema era muy divertido porque aunque llevaba muchos años viviendo con nosotros era más sencilla. El ambiente en el que se crio con su madre fue más alternativo y de ahí que mi prima siguiera su estela.

Me despedí de Sol en ese preciso instante. Cada una iríamos a una planta distinta. La mía era la de Pediatría, donde la gente ya comenzaba a presentarse.

La última que llegó fue Carla, nuestra jefa, una mujer de unos 50 años que conservaba intacto su atractivo. Y también su dureza, pues no se andaría con chiquitas. Su currículum era excelente y exigía a su gente tanto como se había exigido a sí misma.

Nos dio una charla de "bienvenida" en la que nos puso las pilas y, a continuación, me hizo un gesto para que la acompañase.

Carla era amiga de mi padre de siempre, además de compañera, y por tanto me conocía, aunque llevaba años sin verme.

—Carla, ya te habrá comentado mi padre que no quiero…

—Sí, lo sé. Por esa parte puedes estar tranquila, también te exigiré como al resto. No habrá trato de favor por mucho que seas una Alvarado.

—Pues mejor.

—Sí, más que nada porque aquí no servimos churros, aquí tratamos con vidas humanas que, además, en nuestro caso cuentan con muy poquitos años.

—Lo sé, soy consciente de mi responsabilidad.

—Eso espero, igual que del resto de tus compañeros.

—No te fallaré, puedes estar segura.

En ese momento, tras girar sobre mis talones y dirigirme a mi despacho, la escuché elevar el tono.

—¡¡A buenas horas!! Creí que habías renunciado a tu puesto. Mira, Enzo, te garantizo que no te dejaré pasar ni una más. Acabo de hablar con el resto de tus compañeros…

—¿De qué iba aquello? ¿Enzo? ¿Era uno más del equipo?

Del cerebro humano se dice muchas cosas. Una es que bloquea, olvidándolos, ciertos recuerdos negativos. Otra es que a veces va por libre y se hace ideas que no son tales…

Eso fue lo que me sucedió cuando me dio el tremendo topetazo en el parquin, pues me dio por pensar que sería alguien que estuviera de paso en la clínica, un paciente o… Ok, ok, no es que pensara tratar a patadas a los

pacientes, aunque poneos en mi lugar ¡¡que me había jodido la puerta de mi coche nuevo!!´

Me giré ligeramente y sus ojos color verde esmeralda se clavaron en los míos, incrédulo. Él veía que me dirigía a la zona de despachos y yo… Yo no daba crédito tampoco.

¿Aquel tarado iba a convertirse en uno de mis compañeros? Que me aspen si podía soportar la idea.

Me metí en mi despacho y le dejé allí. Su sonrisilla irónica, esa que paseaba en medio de su perilla, se le borró de golpe a consecuencia de los gritos que le dio Carla.

Lo gocé, no voy a decir otra cosa. Mientras tomaba mi bata blanca, impecable como colgaba del perchero, le escuchaba tratar de explicarle que había sufrido un accidente en el parquin y que eso provocó que se despistara, subiendo a otra planta y que luego…

Se estaba enrollando más que una persiana. Y cuanto más hablaba, más la cagaba.

No volví a verle hasta media mañana, en la cafetería.

Para cuando llegó ese momento había atendido al primer paciente de mi vida; un pequeñín con dos meses de edad que llegó con moquitos a consecuencia de un resfriado de esos tan típicos de los últimos coletazos del inverno.

A partir de ahí, Carla apareció por mi despacho para darme una serie de instrucciones, igual que iría haciendo de manera individualizada con cada uno de los más jóvenes e inexpertos.

´

Cuando terminó de hablarme, le hice una pregunta.

—Oye, Carla, si no es indiscreción, ¿quién es ese tal Enzo?

—Pues uno que ha comenzado sacándome de quicio, porque no tolero la impuntualidad. Cuenta con un currículum impresionante y viene muy recomendado por sus profesores, pero le he advertido que como llegue tarde otro día, ya se está buscando dónde echar su brillante currículum. Aquí, tonterías, las justas. Y eso va por todos.

Daban ganas de levantarte y cuadrarte delante de ella. Era muy seria, tenía fama de ser la mejor, lo cual implicaba que no toleraba un fallo. Yo

deseaba el mismo trato que los demás, y eso sería lo que recibiría de mi jefa.

Capítulo 5



A media mañana, como digo, muchos nos dimos cita en la cafetería. Al tal Enzo le vi entrar y dirigirse hacia un grupito, aunque me miró de soslayo.

—¿Cómo os va? A mí todavía no me ha llegado ningún niño, ¿es que hoy todos los padres vienen solos?

—Alba, ya irán llegando. Es nuestro primer día. En unas cuantas semanas, no darás abasto.

—Eso espero porque la idea es buena, ¿lo es o no?

—Lo es, lo es. Tranquila, que papá está encantado.

—Vale, vale. Oye, Sol, ¿y tú dónde estás?

Alba chascó los dedos delante de ella. Ciertamente, mi amiga estaba muy concentrada.

—¡¡Ya lo tengo!!

Del grito que dio, saltamos tanto Alba como yo.

—¡¡Qué susto!! Pensé que era un terremoto.

—No te lo vas a creer, Luna.

—Cuenta…

—¿Recuerdas hace un par de veranos cuando fuimos al concierto aquel de Rosalía?

—Claro, cómo no me voy a acordar. Que un gilipollas me lo arruinó porque iba como elefante por cacharrería y me empapó con su bebida.

—Sí, y le pusiste a caldo…

—Lo recuerdo.

—Pues se trata del mismo gilipollas…

Señaló con disimulo hacia atrás y a mí la boca se me abrió con menos disimulo.

La cosa había sido gorda… Y es que el tipo se excusó diciendo que se había dejado las lentillas en casa y que no me veía una mierda. Por poco lo mato al escucharlo, aunque me aclaró que la mierda no era yo…

Allí se formó tal rifirrafe que terminamos los tres expulsados del concierto. Y mi amiga y yo tuvimos que escucharlo desde fuera. En mi caso, con la pechuga bien fresquita.

Sí, ese debió ser uno de esos recuerdos que mi mente tendió a bloquear, porque aunque su rostro me era familiar no lo había reconocido. Aparte, Sol era mejor fisionomista que yo. Me habría costalo trabajo reconocerlo entre otras cosas porque entonces no llevaba perilla.

Al final del café, mientras ambas se levantaban, él no tuvo mejor idea que venirse hacia mí.

—Mira, Luna (ambos sabíamos nuestros nombres por el parte, además de que ya llevábamos puesta la chapa con ellos en la bata) sé que tú y yo hemos empezado con el pie cambiado.

—Mira, ruina con patas, que eso es lo que eres tú —le contesté de lo más airada—, a mí ni te dirijas que te tengo muy calado.

—Chica, reconoce que tienes un carácter de aúpa…

—Sí, como que tú no tienes la lengua afilada. Además, que me traes mal fario, no quiero ni que te me acerques.

—Le he dado un golpe a tu coche, y según dices en su primer día, entiendo tu fastidio, pero le pudo suceder a cualquiera.

—Es la segunda vez, ¡¡la segunda que me jodes!!

—¿Cómo la segunda?

—Hace un par de años, concierto de Rosalía y tú sin mirar por dónde ibas, ¿lo recuerdas?

—¿Eres la chica con la que me topé?

—A la que pusiste como una sopa, sí. Y como eres un borde, porque lo eres, acabé fuera por tu culpa. De buena gana te hubiese asesinado y dejado allí entre los matorrales.

—Sí que tienes carácter, sí… Es que me olvidé las lentillas, ya te lo dije. Fue un desgraciado accidente.

—Aquí el único desgraciado eres tú.

—Y el borde soy yo también, ¿no?

—Sí, también el borde, ¿qué pasa? ¿Hoy vuelves a ir sin lentillas? Porque el coche me los ha dejado guapo.

—No, no, cuando terminé la especialidad lo primero que hice fue operarme de la vista. Ahora te veo estupendamente.

—¿Sí? Pues mira esto…

Poco a poco fui levantando mi dedo corazón, el cual le dirigí. No podía soportarlo.

—Que conste que yo lo he intentado, solo que contigo no hay manera.

—Que te jodan, Enzo.

—Que tengas buen día, Luna —me soltó con toda la sorna.

Un encuentro así no esperaba tenerlo ni en mis peores pesadillas. No en mi primer día de trabajo en el que se suponía que debía estar de lo más concentrada.

Le acababa de declarar la guerra. Soy muy obsesiva cuando me encuentro a mi alrededor con alguna persona que no me mola por el motivo que sea. Entonces siento como que me falta el aire y no paro hasta salirme con la mía.

Entré en mi despacho a la vez que él en el suyo. Justo eran contiguos y me dirigió una mirada también bastante inquisitiva.

A partir de ese instante, me centré en mis pequeños pacientes. Llegaron un par de ellos más en el resto de la mañana, Todo de lo más sencillo… No podía decirse precisamente que me hubiese caído ningún caso gordo de diagnosticar en mi debut como médica: una cría con dolor de tripa y un peque al que le debía renovar su medicación para el asma.

Bruno se pasó por mi despacho y le conté.

—¿Ya vas a dar el primer parte? Y eso que conduces como una ancianita, Luna.

—¿Qué dices? Yo conduzco perfectamente, no como tú, que no paras de comprarle los puntos del carné a la abuela porque te los quitan de dos en dos, como los donuts…

—Quizás me gusta un poco la emoción.

—Y a mí también, pero no en la carretera, tarado… Otro igual.

—¿Con quién me estás comparando?

—Con el imbécil de mi compañero, el que está en este despacho y que ha sido quien ha provocado el golpe —le señalé hacia el lado.

En ese instante, y dado que tampoco estaba viendo Enzo a ningún paciente, me di cuenta de que me había escuchado a través de la pared, pues carraspeó.

Os podéis imaginar el comino que me importó su carraspeo. Le pormenoricé a mi hermano cómo había sucedido el golpe y también que se trataba del mismo imbécil que un par de años atrás me privó del placer de ver cantar a Rosalía con mis amigos.

—Joder, así que hay amor a primera vista —se burló él.

—Sí, estoy deseando que pase Cupido por aquí con la sarta de flechas, que le pienso robar una para clavársela al idiota ese.

—Cómo está el patio. Me voy, que te veo muy lunática.

—Y yo a ti muy gracioso. Sí, venga, vete que seguro que tienes alguna falda detrás de la que correr.

—Uff, hay un par de ellas que telita…

Capítulo 6



Llegó el fin de semana y, en ese punto, completé la primera de trabajo de mi vida.

Casi todo iba sobre ruedas en la clínica, pues Carla era una gran jefa a la que podías consultarle cualquier duda. Siempre que te viese interesada en desempeñar bien tu trabajo, se desvivía por ayudarte.

Con el resto de mis compañeros la relación era también muy fluida, así que si menciono el "casi" ya podréis imaginar por quién va.

A Enzo no le había vuelto a dirigir la palabra. El coche lo tenía en el taller por su culpa y, desde que sabía que ya nos tropezamos en el pasado, lo aparté de mí como si tuviese la peste.

No lo soportaba. Aquel guaperas (ya no llevaba gafas y debía tener bien claro que lo era) me sacaba de quicio. Solo con verle pasar por delante de mi despacho ya me ponía enferma.

Alba no paraba de insistirnos a Sol y a mí con la idea de los bailes latinos. Los sábados por la noche, primero iba a clase y luego se quedaba en el social, que era una fiesta que se hacía a posteriori.

Hasta allí solían llevarla mis padres, pues ellos daban tango en la misma escuela. Y posteriormente era igual; se quedaban bailando.

A Sol le atraía más la idea. A mí no es que me chiflase porque siempre he sido más alocada y autodidacta en ese sentido, pero tampoco me disgustaba.

Hasta allí, mi prima iba cantando "Tú me gustas" de lo más concentrada, dándonos un recital a los otros cuatro, pues esa noche nos llevaron a todas.

“Solo con ver tu sonrisa me reinicias la vida

Me gusta porque tú estás hecha justo a mi medida

Tú me gustas para que en la calle siempre nos vean de la mano…”

Daba gusto verla tan metida en situación, con los ojos entornados y cantando a pleno pulmón.

El ambiente en el coche era de lo más alegre. Mi madre llevaba una bonita rosa roja sobre la falda de su moderno vestido, uno elegantísimo con el que practicaría el tango con mi padre, un baile de lo más glamuroso.

—Mamá, ¿la rosa es regalo de papá?

—Claro que sí, el tío Gerardo es uno de esos hombres románticos como los de mis canciones —soñaba despierta mi niña.

—Sí, cariño. Me la ha traído tu padre para que bailemos con ella, da mucho juego.

—Pues cuando vayáis a bailar, avisad, que nos gustaría verlo.

Esa era la idea. Llegamos a nuestra clase y Alba echó una visual de esas suyas, de 360 grados.

—Hay un montón de chicos guapos y uno que no te va a gustar, Luna.

—¿Y eso por qué?

—Porque Alba los conoce a todos y le olerá el aliento. Como haya comido cebolla, yo me largo —apuntó Sol.

—No es por eso, es que se trata de Enzo —nos aclaró mi prima.

Me quedé petrificada, ¿es que teníamos un imán para encontrarnos en todos lados?

A punto estuvo de marcharme, al vuelo me cogieron entre ambas.

—Que me prometiste que vendrías —se quejó Alba.

—Porque no sabía que se trataba de un espacio infectado de ratas…

—¿Qué ratas? ¿Qué dices? Si yo conozco a la limpiadora y es más limpia que los chorros del oro. Agáchate y pasa el dedo por el suelo, ya verás.

—Alba, no me agacho delante de ese engreído ni loca, que igual encima es un salido y…

En ese instante, Enzo nos vio a lo lejos. La cara se le cambió. Estaba charlando con un chaval y hasta dejó de hacerlo. También se le notaba

incómodo. No voy a tirar piedras sobre mi tejado, aunque reconozco que soy mortal cuando alguien me cae mal y que a él le había hecho la cruz, como suele decirse.

Si me quedé fue por no darle el berrinche a Alba, a quien le encantaba que Sol y yo la acompañásemos a los sitios. Y más si se trataba de círculos en los que controlaba y en los que podía sentirse nuestro centro de atención, por tanto.

Las clases las impartía una pareja: Jorge y Arancha, quienes derrochaban complicidad bailando, puesto que también lo eran a nivel sentimental.

El nivel era de iniciación porque tampoco es que llevara mi prima allí mucho tiempo, así que tampoco los pasos eran imposibles de pillar.

Nos habíamos colocado detrás justo de los profesores, en primera fila, todo lo lejos que podíamos de Enzo, pues esa fue la condición que puse para quedarme.

Durante la clase, bien, porque no se nos daba mal, pillábamos los pasos y, además, que los repetían un montón de veces para que se nos grabasen en la mente.

Lo malo vino cuando llegó el momento de comenzar la parte social y a todos nos tocó bailar con todos, pues era lo que se esperaba de los alumnos para que nadie se quedase atrás, interactuando por igual.

No me apetecía ni chispa y quise hacerme la tonta avanzando hacia el siguiente chico cuando me tocó el momento de bailar con Enzo en la rueda, sin suerte, porque la profesora me hizo retroceder.

A él tampoco es que se le viera una sonrisa de oreja a oreja. En su favor he de decir que intentó en su momento hacer las paces conmigo y me cerré en banda.

—Tú es que estás en todos lados, ¿o qué te pasa? —le pregunté.

—Sí, sí, buenas noches, gracias por saludar. Si lo sabes será porque tú también estés.

—A mí no me cambies de conversación.

—Está empezando a sonar la música.

—¿Y a mí qué me cuentas?

—Que tendremos que bailar.

—Pues baila y calla…

—Pero así no, tienes que dejar que te lleve yo.

—Ni en tus mejores sueños, chaval.

La que me llevé, pero la reprimenda de mi profesora fui yo. Ella no tenía pelos en la lengua y sacaba la risa de todos con sus comentarios.

—Mira, Luna, no dudo que eres monísima y que te caigan los *likes* a cascoporro, pero en el baile latino el líder es el hombre y tú debes ser la *follower*, completando las figuras e interpretando sus movimientos.

—Para eso tendría que saber llevarme, Arancha. Y no es el caso.

—¿Cómo que no? Si se le da muy bien a Enzo Mira, me pongo con él y te lo demuestro.

Su carita de victoria era evidente. Qué coraje me daba que ensanchara gracias a mí. Unos cuantos kilos debió coger. Y eso que era puro músculo, estaba muy fibrado. Saltaba a la vista, pero al agarrarme a él para bailar lo noté más.

Arancha comenzó a dejarse llevar y cierto que Enzo sabía hacerlo. Marcaba mucho el paso y ahí está la clave, pues un hombre que sabe indicar es perfecto en ese ámbito.

—Venga, y ahora que ves que el muchacho tiene ritmo y que no valía como un Playmobil, te me pones aquí, te coges a esos músculos y te dejas llevar…

Antes muerta. No podía… Cuando por fin me tocó pasar al siguiente (y eso que era su amigo) vi el cielo abierto. Se llamaba Santi y debía estar al tanto de que yo no podía ver a Enzo, porque se le notaba. A lo tonto, me lo quiso vender bien. Yo ni caso. No podía soportarle y punto.

Quien se lo estaba pasando impresionante de bien era Alba. Ella nos animaba a Sol y a mí cuando mi padre apareció por la puerta y nos indicó que ya iban a bailar mi madre y él.

Salimos despavoridas de allí porque eso no nos lo perdíamos.

Entramos en el salón en el que estaban y los demás aguardaban sentados. Mis padres eran los veteranos, así lo estaba diciendo la pareja de profesores, y el resto esperaba expectante.

Si se le considera al tango uno de los bailes más sensuales del mundo no es por casualidad. Lejos de ser demasiado explícito o chabacano (como

puede suceder con otros), el tango es pura elegancia y sugerencia.

Y en el caso de mis padres, que eran guapos a rabiar, no solo destacaban esas figuras de impresión que hacían mientras mi madre jugueteaba con la rosa entre sus dientes, sino el sentimiento que le ponían y que se reflejaba en sus caras.

Siempre les conocí tan enamorados que, para mí, sin lugar a ninguna duda, eran un ejemplo a seguir. Atrevidos, íntimos, glamurosos… Emocionaba verlos. Se nota que siempre fui fan de la preciosa pareja que formaban y pensaba que, el día que encontrase al hombre de mi vida, debía ser porque me mirase igual que mi padre la miraba a ella, con ese embelesamiento.

Menudas palmas las de todos nosotros cuando por fin terminaron y se dieron un apasionado beso. Por encima de las de los demás, resonaban las mías…

Les adoraba y mi vuelta a Madrid me suponía la oportunidad de volver a vivir en familia, con ellos. Todo un sueño que me hacía tremendamente feliz.

Después de felicitarlos, volvimos a nuestra sala, donde la gente seguía bailando en rueda.

Traté de meterme por el lado más distante a Enzo, con la intención de tardar lo mío en llegar nuevamente hasta él. Cuando me tocó, al rato, le encontré especialmente sonriente. Y es que no me esperaba lo que iba a pasar.

—Oye, quería hacerte una pregunta.

—Querrás saber cuándo me entregan el coche para podérmelo joder otra vez, ¿a que sí? Voy a tener que encargar que me lo blinden, porque con lo torpe que eres…

Pasó totalmente de mi comentario y fue al meollo.

—Ese hombre que te acaba de avisar…

—¿Qué le pasa? —le pregunté con un escalofrío en el cuerpo porque acababa de caer en la cuenta.

—Que es Gerardo Alvarado, ¿verdad?

—¿Qué Gerardo Alvarado? ¿Qué andas enredando ahora?

—¿Y tú? ¿Por qué lo niegas? Hay una foto suya en la recepción y, ahora que lo pienso, se te parece, ¡¡eres su hija!!

—Qué mamón —murmuré molesta.

—¿Qué has dicho? —sonrió pícaro.

—¿Por qué sonríes? No tiene ninguna gracia, ¿me oyes?

Arancha se nos acercó.

—¿Qué pasa aquí, chicos? ¿Habéis venido a bailar o a discutir como Pimpinela? Porque, si eso, os vais mejor a un karaoke.

Nos disculpamos y tuve que esperar a que acabase la canción.

—Ni se te ocurra soltar en la clínica una palabra de esto, ¿me oyes?

—Ya, que eres su hija… Me extraña que no quieras que se sepa, ¿es que tu padre te ha comprado el título?

—Repite eso y tendrás que comprar tú un bono para arreglarte los dientes —le aseguré, y eso que los tenía bien bonitos.

—Joder, chica, qué carácter…

—Porque tú seas un cerebrito no te pienses que los demás somos tontos.

—¿Y a ti quién te ha dicho eso?

—Carla, me lo ha dicho Carla. Debe ser lo único bueno que tengas. Aun así, no te servirá para seguir en la clínica si me tocas las narices.

—Para no querer un trato de favor hablas de ella como si ya la hubieras heredado.

—De cara a ti, considéralo así. Ya me has jodido todo lo que me tenías que joder.

De qué mala leche me había puesto. Era consciente de que no podría mantenerme en el anonimato mucho tiempo, pero que ese mequetrefe hablase pronto me molestaría mucho. Deseaba demostrar mi valía antes de que se me tildara de enchufada, ya lo he comentado.

Serían como la una de la madrugada cuando todos íbamos hacia el coche. Yo me había comprado, igual que Sol, unos zapatos de baile que me recomendó Alba, cuya correa me iba apretando un poco, por lo que me agaché a desajustarla.

Lo que ocurrió en ese instante fue bastante loco para mí. Y no porque viniese a embestirme en esa postura Enzo (estaba con el culo en pompa y

habría sido el colmo), sino porque no supe cómo interpretar el comentario que escuché.

Dos chicas pasaron a mi lado. Las había visto en la clase de tango de mis padres. Sin duda que eran lesbianas porque iban agarradas por la cintura y muy acarameladas. Aludían a que la actuación de ellos había sido impresionante, lo que sacó mi sonrisa, cuando la coletilla de una de ellas me la borró de golpe.

—Pues sí, pobre Estefanía, déjala que disfrute. No hay nada menos lastimoso que la ignorancia.

Capítulo 7



Al día siguiente, la frase me seguía chirriando en la cabeza. Les observaba durante el desayuno y no había nada raro en ellos. ¿Qué habrían querido decir aquellas dos?

Alba se iba a patinar con unas amigas. Mi prima tenía más vida social que nadie y también patinaba. Todo lo hacía bien porque le ponía muchas ganas.

Quedé con Sol para tomar algo en una terraza antes de almorzar. Al mediodía, mis padres nos habían prometido prepararnos una paella a la que también estaba invitada mi amiga, igual que su hermano Jacobo. Sus padres estaban de viaje.

—No entiendo nada, te lo juro que no. Es que lo dijeron con un convencimiento…

—Chica, si dices que eran lesbianas, no te comas el coco.

—¿Y por qué, Sol? Son lesbianas, no sordas ni ciegas.

—Pero igual sí unas charlatanas. Piensa que lo mismo la compadecen por estar con un hombre, ya está.

—No creo, ¿no?

—Hay gente para todo. Y la maldad existe en cualquier colectivo.

—Pues visto así, puede que tengas razón porque un cierto tono de burla sí que me pareció percibir.

—Claro, mujer, pensarán que tu madre es una desgraciada de la vida y no… Para ser feliz debes fijarte en lo que te guste, hombre o mujer.

—Y tanto, mis padres no pueden ser más felices.

—Los míos también se llevan muy bien. Oye, que de vez en cuando discuten, como cualquier pareja, pero se quieren mogollón.

—Pues los míos ni eso. Para mí que mi padre va del palo ese de la chirigota que me pusiste de "Lo que diga mi mujer".

—Ah, sí, de la chirigota del Selu.

—Esa. Cómo se nota que eres andaluza.

—Claro, soy sevillana, aunque con los carnavales muero. Qué divertidos son… Niña, que no te rayes, ¿vale? Que esas igual están amargadas o al saber.

—Pues bien acarameladas que iban.

—Esas cosas nunca se saben. Es igual que la gente que pone en las redes que es la más feliz del globo con su pareja y algunos de ellos se llevan a matar. No te puedes fiar de todo lo que leas, ¿a que no? Pues de lo que veas, tampoco.

—Parece que Psicología lo has estudiado tú en vez de mi madre.

—Pues mira, otro punto a favor de lo que digo. Tu madre se agarra a un pelo, no se le va nada. Te puedes quedar bien tranquila que en tu casa va todo como la seda.

—Tienes razón, petardita. Pues vámonos ya, que deben estar a punto de echar el arroz.

—Ya puedo oler esa paella desde aquí, ¡¡con lo rica que les sale!!

Llegamos y mis padres estaban liados a tope. Los que también estaban liados, pero en el patio trasero, eran mi hermano y el de Sol. Y no precisamente comiéndose los morros.

—Oye, ¿esos dos se están enzarzando otra vez o me lo parece a mí? —me preguntó alarmada mi amiga.

—Para mí que sí. Entre los dos, no suman ni medio cerebro. Serán tarados…

Nos fuimos para allá con la esperanza de que mis padres no se enterasen y para ahorrarles el disgusto. Desde que mi padre estuvo enfermo, me cuidaba muy bien de soliviantarnos con nada. La familia lo había pasado muy mal. Por eso no entendía que esos dos actuasen así.

Cuando llegamos, su lenguaje corporal indicaba que no estaban a punto de contarse un chiste, por mucho que se hubiesen callado al vernos.

Yo agarré a Bruno y ella a Jacobo. Entre las dos, les leíamos la cartilla. Apenas nos llevábamos edad; sin embargo, éramos mucho más maduras que ellos y siempre había ocurrido así.

Llegaron a la mesa disimulando por la cuenta que les traía, que iban amenazados ambos. Y en la sobremesa, que me tumbé en una hamaca con mi amiga, ella se reía.

—¿Lo ves? A eso se debían referir las dos de anoche. Tendrán hermanos como los nuestros y creerán que todos los hombres son iguales, que mejor liarse entre ellas.

—¿Y eso quién lo dice?

La pregunta no salió de mi boca, obviamente, sino de la de Charo, nuestra cocinera, que también ayudó con la paella. Os hablé de ella al principio. Aquella cordobesa que era parte de la familia salió a fumarse un cigarrillo al jardín, porque en casa nadie fumaba y menos tras el infarto de mi padre.

—Charo, es que los hombres son un rollo, ¿a que sí?

—Eso depende, Sol, depende de lo que quieras… Es verdad que en el caso de algunos no merece la pena cargar con el cerdo entero si solo quieres un trocito de rabo, porque eso de la media de los 25 centímetros no lo han visto ellos más que en sus mejores sueños.

Con ese desparpajo llegó hasta nosotras. Siempre nos hablaba igual y hacía que nos tronchásemos.

—Pues sí.

—Pero oye, que todos no son iguales. Luego hay otros como vuestros padres o como mi Luis Zahera, que ese lo llevo en el corazón.

Era muy fan del actor gallego. Y cuando decía que lo llevaba en el corazón no era broma. Del canalillo se sacó una cadena donde pendía una medalla con su foto grabada. Más arte no se podía tener en el mundo.

—¿Qué le harías tú a Luis Zahera?

Una de mis principales aficiones era buscarle la boca a Charo.

—¿Yo? Le haría chillar… Pero chillar que iba a chillar ese, con el acento gallego que tiene que me pone *tó* perra…

En mi familia, entre unos y otros, no nos faltaba distracción.

Capítulo 8



El martes siguiente vi la oportunidad de apuntarme un tanto y lo hice. No me excuso, no estuvo bien. No me vais a dar la razón porque el mérito no fue mío, sino de Enzo… Y así me salió.

A ver, el muy cabrito de él es que parecía haberse tragado los apuntes de la carrera y vomitarlos a cada momento sin que faltase un punto ni una coma.

A la consulta de Carla llegó un niño con unos síntomas de lo más inusuales y, como éramos los más novatos, nos llamó porque podríamos aprender del caso.

Si entro al fondo de la cuestión, os voy a aburrir con un montón de explicaciones al respecto de qué síndromes podrían desembocar en aquellos síntomas que sin duda tenían que ver con una de esas enfermedades llamadas “raras”.

Carla nos pidió que saliéramos, que pensáramos y que al rato la buscásemos para contarle nuestras conclusiones. Yo me quedé bastante impactada porque cuando te enfrentas a casos así de poco vistos es cuando tienes que demostrar la pasta de la que estás hecha como médica. Y al principio lo más normal es equivocarse.

Me fui para mi despacho, comencé a cotejar datos como una loca y no daba con la solución. Las manos me sudaban, me removía en mi silla y no podía soportar que el cerebrito de él pareciese haber dado ya con el síndrome en cuestión, pues le escuché gritarlo en su despacho.

Ya he dicho que, al ser contiguos, era posible poner la oreja.

Me reí porque hablaba solo. De veras que era un síndrome muy complicado de diagnosticar y menos con nuestra falta de experiencia, pero le escuché resumir a la perfección por qué era ese y no otro.

Ya he comentado que cuando me obceco con alguien lo hago. No soy de querer colgarme medallas y menos si no me corresponden. Hasta ese día nunca le había robado el mérito a nadie, pero me superó la posibilidad de que ese listillo quedase por encima de mí.

Sin pensarlo, y anotando en mi mente todos los datos que le había escuchado enumerar, salí zumbando para el despacho de Carla.

Cuando Enzo entró, al par de minutos, muy digna yo estaba terminando de diagnosticar en base a lo escuchado y deseando recibir los halagos de la jefa. Ese listillo se quedaría muerto al ver que lo había solucionado ¡antes que él!

No, no fue así. Así solo ocurrió en mi mente. En realidad, lo que ocurrió fue que me llevé un buen chaparrón porque, en el afán de salir corriendo y adelantarme a él, no me había dado cuenta de que nada de lo que solté tenía demasiado sentido.

—Vamos a ver, Luna, ¿tú te has fumado un porro o qué te pasa? Como todo lo diagnostiques igual, vamos de culo y cuesta abajo, ¿me oyes? Os dije desde el primer día que aquí no tratamos con churros, sino con personas, y que majaderías no voy a tolerar. Vete a tu despacho y medita. Creí que eras mejor profesional…

La rabia me invadió de pies a cabeza. Me moría por vomitar allí mismo que no se me había ocurrido a mí, sino que había sido el listillo quien la había cagado. Pero claro, eso equivaldría a contarle a Carla que espié a mi compañero y le robé su diagnóstico.

Estaba pillada de pies y manos y, en el momento en el que le pidió a él que hablase, soltó otro discurso muy distinto que embelesó a nuestra jefa.

—Bueno, menos mal. Parece que al menos cuento con un novato que utiliza la cabeza para algo más que para lucir un bonito pelo. Muy bien, has dado en el clavo, Enzo.

Me tuve que morder la mano para no darle un puñetazo antes del salir del despacho. Me la había jugado, ¡¡¡claro!!! Si carraspeó aquella vez fue

porque me oyó hablar desde el mío. Y, por tanto, yo también escucharía la explicación que dio en alto.

Es que comenzaba a odiarle. Desquiciada, esperé a que saliera y le abordé.

—Hay que ser cabrón, te lo juro.

—No he sido yo quien ha robado una idea y ha querido cubrirse de gloria con ella.

—Eso nos es lo importante, lo importante es que me la has jugado.

—Sí que lo es, Luna, ¿y sabes por qué?

—Ilústrame con tu sabiduría, capullo.

—Pues es importante porque esto no va de quién sabe más…

—Ya, ya, todos sabemos que el más listo eres tú. Pero a mí no vas a venir a chulearme.

—No pretendo chulearte.

—No, pretendes ridiculizarme, que es lo que has conseguido.

—Tampoco es eso, aunque no lo creas.

—Por supuesto que no lo creo. No creo eso ni nada que salga de tu mentirosa boca.

—Luna, lo único que he pretendido ha sido ponerte a prueba… Si me la juegas con algo así, nunca vas a formar equipo conmigo.

—Pues claro que no, ¿acaso quieres que nos vayamos a jugar al fútbol? No soy Jenni Hermoso.

—No, eres Luna Alvarado, una tía de puta madre porque no ha querido llegar aquí alardeando de nada y que, sin embargo, me ha declarado la guerra, haciendo que todo se joda entre nosotros.

—¿Entre nosotros? ¿Me estás tirando la caña? Porque te recuerdo que quien no para de cagarla conmigo eres tú. Qué yuyu me das, tendré que comprarme un amuleto de protección o algo.

—Bromea todo lo que quieras.

—No son bromas, es la verdad. Todo me val cuando estás cerca.

—Porque te pones de los nervios y no razonas. Y aquí estaba Carla de por medio y no pasa nada, pero de no ser así, ¿qué hubiera pasado? Tenemos que coordinarnos, no desear tirar por tierra al otro.

—¿Tú de qué vas? ¿Me sermoneas ahora? Eres el puto demonio, no te las des de angelito. Lo has hecho para joderme.

—No, lo he hecho para demostrarte que te necesito a mi lado y no por encima de mí. Necesitaba saber qué harías si me escuchabas creer tener el diagnóstico correcto, y ya lo sé… Me lo robarás tratando de apuntarte un tanto sin ni siquiera razonar. Y como bien dice Carla, aquí no tratamos con churros.

Capítulo 9



Me hizo pensar… Tenía razón en que no debía medirme con nadie.

Cada médico va a su ritmo y mucho más al principio. En todas las promociones existe alguien que destaca mucho, lo que no nos resta mérito a los demás.

Igual que Sol o el resto de mis compañeros había hincado mucho los codos para llegar donde llegué y no tenía que estar fijándome en Enzo o en lo que pudiera destacar. O sí, pero para bien…

No sé si habréis visto la serie "The good doctor" en la que el protagonista tiene autismo y es un verdadero sabio, capaz de ver mucho más allá que sus compañeros.

Enzo no era autista ni mucho menos, pero también destacaba por encima de la media. Y si eso lo aprovechaba en mi favor, no poniéndome en contra de él, me convertiría en mejor médica en menos tiempo, gracias a lo que pudiera aprender a su lado.

Aparte, que yo no tenía ningún derecho a intoxicar así el ambiente de trabajo. Algunos compañeros se habían percatado ya de que no le dirigía la palabra y de que, cuando lo hacía, era para tratar de llevarle la contraria. Y eso que no era fácil…

Aquella noche estuve hablando con mi padre. Antes de acostarse, se acercaba por mi dormitorio para desearme que descansara y darme un beso.

—¿Qué te pasa, Pelusa? —me preguntó.

—Papá, ¿qué es lo que hace a un buen médico?

—¿Estás en medio de una crisis existencial? Pues otra respuesta puede que me cueste más, pero la que me pides es muy sencilla. Un buen médico

es aquel que sabe poner a los pacientes por encima de sí mismo.

Unas cuantas palabras encadenadas y me había dejado en el suelo, tumbada tras un buen derechazo.

En el poco tiempo que llevaba en la clínica, notaba avances diarios, igual que Sol en su área o Alba en la suya, pues los padres que acudían a consulta comenzaron a acudir con sus hijos y a dejárselos a mi prima y a sus compañeros. Un servicio de lo más sencillo y cómodo que atraía pacientes y que implantaríamos en el resto de las de la familia.

Me costó enganchar el sueño. Ese metomentodo tenía razón y no podía seguir tirando de la cuerda por mucho que me fastidiase dársela.

A la mañana siguiente llegué un poco antes de lo normal. Después de la bronca que se llevó el primer día por parte de Carla, entraba el primero y ya estaría en su despacho, en cuya puerta piqué.

—¿Te digo que pase o lo lamentaré? —me preguntó al ver que era yo.

—No sé. Está bien, dejaré las armas en el detector…

—No creo que te hagan falta para estrangularme. Las veces que me has amenazado con liquidarme con tus propias manos me has sonado de lo más convincente.

—No te quejes tanto, que te gusta mucho quejarte.

—¿Has venido para volver a echarme la bronca?

—No, no es eso…

—En lo que respecta a Carla, ni se acordará de lo sucedido. Tiene demasiadas cosas en las que pensar. Demuéstrale lo buena que eres y te dará tu sitio. Aparte, que el día de mañana tú serás su jefa.

—Va, va. Oye, no le puedes contar a nadie lo que sabes sobre que soy la hija de Gerardo Alvarado.

—No tengo por costumbre ir contando por ahí lo que oigo o veo.

—Buena indirecta.

—Un poco te la mereces…

—Ok, ok. No vengo para discutir. Por una vez, creo que tienes razón en lo que me dijiste ayer.

—Estupendo.

—Lo cual no quiere decir que tú y yo vayamos a ser amigos.

—Ni lo pretendo, te puedes quedar bien tranquila.

—Oye, ¿y eso por qué?

—Porque en lo personal también me caes gorda, no te pasa a ti solamente.

—¿No te caigo bien? ¿De qué vas? Pero si le caigo genial a todos.

—Es que no suelo meterme en el saco de los demás. Voy por libre, suelo ser algo más original.

—Sí, sí, de eso ya me he dado cuenta. Bueno, mira, allá tú… Que a partir de ahora no te miraré mal, no rajaré de ti ni me cachondearé porque seas un empollón.

—¿Ni tampoco comprarás el amuleto de protección?

—Eso ya lo veremos, porque todo lo que tienes de listo, lo tienes de empanado, y vas por el mundo sin mirar.

—Sí, tengo fama de distraído. Ya sabes, porque le doy mucho al coco.

—Sí, claro, que solo tienes cerebro tú y, como diría Carla, yo tengo cabeza para plancharme el pelo nada más.

—O para ponerte dos trenzas a lo Pocahontas, ¿lo haces alguna vez? A mí me pone mucho, así en plan natural…

—¿Te estás empalmando imaginándote eso? Mira, me largo de inmediato.

—Que no, tonta, si no eres mi tipo.

—No sabes lo que me alivia saberlo —le solté antes de cerrar la puerta.

No era cierto. Yo tenía una "peguita" consistente en que me gustaba molarme a la gente en general. Y que me dijese eso me dio rabia.

Me crucé con Sol, que iba con unas pruebas en la mano, y me lo notó.

—¿Te va a venir el período o es que no te llega un paquete con alguna monería que hayas pedido por Internet?

—El paquete es el tío este, pues no va y me dice que no soy su tipo…

—¿Y ahora te importa eso? Demasiado que no ha pedido protección policial, capulla.

—¿Qué dices? Si el peligro en potencia es él.

—Claro. Y tú no eres peligrosa cuando te da contra alguien. Lunita, que te compre quien no te conozca, que llevo muchos años ya a tu lado.

—Vete ya con las pruebas esas, anda. Vete antes de que me hagas hablar…

—Sí, que a ti te cuesta mucho hacerlo. Que pases buena mañana, loquita…

Capítulo 10



Al día siguiente, Enzo llamó a mi puerta.

—Oye, ¿cómo va la cosa?

—¿Qué cosa? —le pregunté de inmediato porque estaba enfrascada con un tema, esperando unas pruebas que había pedido sobre un pequeño que seguro que sufría alguna patología, pues presentaba síntomas, y trataba de afinar sobre ella.

—Mujer, es un decir. Que si te apetece hacer un alto en el camino y tomarte un cafecito conmigo.

—Es que estoy muy liada. Y, aparte, que no me he puesto esas trencitas que tanto te molan ni nada. Echa un vistazo por el pasillo, que lo mismo te encuentras con alguna que las lleve —bromeé.

—Y aunque te las hubieras puesto no vendría para flirtear, ya te dije que no eras mi tipo —me soltó junto con una sonrisa.

Directo, conciso y al grano, no se podía negar.

—Vale. Me tomo el café contigo, pero solo si accedes a echarme un cable con el diagnóstico este que me está agobiando tela, aunque me decanto por diabetes, pero no lo tengo claro del todo porque resulta que también…

—Vente, lo hablamos en la cafetería.

Con un café en la mano, cuando lo necesitas, ves las cosas más claras. Y él me ayudó a ver que sí que lo sería. Lo lamentaba por el pequeño, aunque los síntomas que estábamos barajando podían habernos llevado a algo más serio aún. No es que la diabetes no lo sea, pero por fortuna se trata de una

patología que quienes la padecen pueden controlar hoy en día con medicación.

Me alegró que apoyase mi teoría. Llamé a la madre del peque para que me lo volviese a traer a la consulta y enseguida las pruebas arrojaron el diagnóstico. El niño era diabético.

Como en el resto de patologías, un diagnóstico precoz es esencial, así que de mi despacho se fue con el tratamiento ya prescrito.

Sol entró al poco y me encontró con una de esas sonrisas que te cruzan la cara y que son señales inequívocas de que has tenido un buen día.

—Y tanto que sí. Estoy contenta.

—¿Con tiempo para charlar unos minutos?

—Con tiempo, sí…

—Ok, que ahora te quiero hablar de un tema.

—¿Qué te pasa, cariño? ¿Tiene que ver con que hoy hayas entrado más tarde? ¿Estás mal por algo?

—Muy bien no estoy.

—¿Y qué notas? Cuenta, ¿no descansas bien? ¿Te duele algo?

—Sí, me duele el corazón…

—No me digas, Solete, ¿mal de amores? Si no me has contado nada. Cuenta, cuenta o te lo sacaré con un sacacorchos.

—No es nada mío, cariño. Es de mi hermano Jacobo.

—¿Qué le pasa ahora? ¿Ha vuelto a discutir con Bruno? Dímelo, no te cortes. A esos dos les vamos a tener que poner las pilas. Nuestras familias siempre se han llevado muy bien y no es plan de que ahora, por culpa de los niños estos, tengamos tonterías.

—No, no ha discutido con Bruno, tranquila por eso. Aunque lo hará, también te lo digo…

—¿Y por qué lo tienes tan claro? No, no, tranquila, que le voy a pegar a Bruno un tirón de orejas que necesitará una operación estética para volver a ponérselas en su sitio.

—Que no, que no es cosa de Bruno. Calla y escucha, *miarma*…

La que se avecinaba era gorda. Lo supe porque mi amiga llevaba los suficientes años entre Madrid y el extranjero para que en el día a día se le hubiera ido yendo esa expresión tan sevillana, pero como adoraba la tierra

que la vio nacer, cuando algo era de verdad importante para ella le terminaba por salir.

—Escucho, perdona.

—Que ya sé por qué está mi hermano tan irascible estos días… porque anda fumando porros a tutiplén.

—Espera, Jacobo se fumó algunos de adolescente, que todavía me acuerdo de una escena que le montó tu madre, ¿pero ahora? Si ya es un hombre hecho y derecho, o se supone que debería serlo.

—Tú lo has dicho: se supone. Y no. No es así.

—¿Te lo ha contado él? Sería un paso, no tengo ni que decírtelo. Si lo reconoce….

—No, ojalá. Ni siquiera me lo ha reconocido cuando se le ha caído la mierda de la bellota de hachís del bolsillo de los pantalones.

—Pero él no puede fumar porros con lo suyo.

—Lo sé.

A ver, el amigo de mi hermana tenía diagnosticado desde muy jovencito una dolencia neurológica que no era grave, pero sí que debía estar bajo control. Y no podía ni acercarse a determinado tipo de sustancias. Pues bien, parecía que se le había olvidado o que ese chico no razonaba.

Para él, lo que estaba haciendo era peligrosísimo y, si no lo reconocía, peor.

—Cariño, lo siento. Tenemos que hablarle.

—Ya, también lo sé. Pero vamos listas. Ha jurado y perjurado que no era suya, que se la guardaba a un amigo. Se piensa que soy tonta. Y así me siento en realidad, porque siendo médica como soy no me he dado cuenta, me la ha colado por completo. ¿Me he equivocado de profesión?

—¿Equivocado? Te recuerdo que eres dermatóloga y que lo vas a hacer genial. Es una de las especialidades más demandadas a la que solo acceden los mejores, y tú lo eres.

—Gracias, Lunita. Es que me sabe tan mal…

—Ya me lo imagino. Hay que concienciarle y esto lo tendrán que saber tus padres también.

—Sí, en eso tienes toda la razón.

—Pues ánimo, nena, que tú vales mucho.

Mi amiga había sido también una estudiante excepcional y, verla así de disgustada, no me molaba en absoluto.

Cuando se trata de los nuestros, a veces no somos capaces de ver las cosas venir como en el resto. Eso no quería decir que hubiese cometido ningún error en su elección. Se supone que los médicos hemos de percatarnos de todo y somos personas como los demás. Y menos hemos de acertar siempre cuando se trata de temas que poco tienen que ver con aquellos en los que nos hemos especializado.

Capítulo 11



No había sido una semana demasiado fácil porque mi amiga y yo hablamos con Jacobo, luego con sus padres…

En realidad, pensamos que iba a ser incluso peor, que el chico no entraría en razones, que lo seguiría negando todo; pero al ver lo mucho que se disgustaron sus padres terminó por venirse abajo, admitió su adicción y aceptó acudir a terapia.

Era un gran paso. Sol se quedaría con él aquella noche de viernes en la que sus padres tenían un compromiso. Y yo pensé en ir al cine.

Nunca me ha importado ir a ver una peli sola. Para otros planes, soy más de quedar con alguien sí o sí. No me imagino entrando sin compañía en un bar de copas, por ejemplo, por mucho que allí dentro siempre te puedas encontrar a alguien conocido o charlar con quien sea.

No obstante, soy muy cinéfila. Sol no tanto, así que fueron muchas las veces en mi vida que hice el plan con la única compañía de mis palomitas y mis chuches. Incluso cuando estudiamos fuera.

Justo estaba sacando la entrada antes de marcharme al mediodía cuando entró Enzo en mi despacho.

Que conste que, entre unas cosas y otras, puede parecer que no daba palo al agua, pero no es así. Mis cosas personales las relegaba a los momentos en los que me tomaba un descanso o a otros como aquel, en el que mi jornada ya había terminado.

—¿Puedo pasar? —me preguntó.

—Claro, sí. Un momentito, porfi, y enseguida me cuentas.

—Solo era por decirte que algunos vamos ahora a tomar una tapa, por si te unes.

—Gracias, hoy no me viene bien. Me voy con Sol directa a casa.

—¿Y qué haces tan concentrada?

—Sacar una entrada de cine, que quiero ir esta tarde.

—¿Qué vas a ver?

—Qué preguntón, ¿eres médico o abogado? Aunque capaz eres de haberte sacado las dos carreras al mismo tiempo.

—Deja, deja, que con Medicina y la especialidad ya he tenido bastante. También había que dejar tiempo para disfrutar.

—¿Sí? ¿Tú sabes lo que es eso?

—Pues claro, ¿por quién me has tomado?

—Más que por quién, por qué… Por uno de esos empollones aburridos que no salían del cuarto de la residencia universitaria ni cuando había fiesta de la buena.

—No te lo has creído ni tú. Te compro lo de empollón, pero no me he perdido ni una fiesta de las buenas. Eso cuando no la he organizado yo mismo, que las mías eran legendarias.

—Como el whisky Legendario —me burlé.

—Sí, como ese del que seguro he bebido mucho más que tú, listilla.

—Pues seguro, porque a mí el whisky no me va. Igual que la App del cine, que tampoco me va. Maldita sea.

—Espera, que la abrimos en mi móvil. ¿Qué peli vas a ver? —insistió.

—"El secreto del orfebre".

—Me suena, me suena, ¿no es de Michelle Jenner?

—Sí, sí. Oye, que te han brillado los ojitos, ¿esa chica si es tu tipo?

—Exacto, me encanta.

—Y a mí Mario Casas —se la lancé como una niña pequeña con un buen rebote.

—Pues me parece genial. ¿Y si voy contigo y los dos nos quedamos contentos? Seguro que Mario Casas también es tu tipo.

—Puedes jurarlo. Mucho más que los empollones.

—Me parece sensacional. Dos entradas entonces.

—Te hago Bizum, espera.

—¿Por una entrada? No me jodas.

—No, ahora hemos firmado un tratado de paz, ¿lo recuerdas?

—Lo tengo muy presente, sí.

—Pues compraré las palomitas y las bebidas, no sea que luego vayas diciendo que te debo algo.

Se marchó junto con una sonrisa y a mí también se me dibujó otra, de esas tontas.

Cuando me reuní con Sol me lo notó enseguida.

—¿Qué te pasa a ti hoy? Que te veo muy contenta.

—Pues nada, que voy con Enzo esta tarde al cine. Dice que no le molo, pero yo creo que sí.

—¿Y él a ti?

—Él a mí ni de coña.

—¿Ni un poquito, tormento, que eres un tormento?

—Ni un poquito, lo que pasa es que me da coraje…

—Que pase de ti, porque cuando un tío lo hace, te descoloca.

—A lo mejor un poquillo.

Me fui con mi amiga hasta casa. Bruno y Alba se marchaban juntos porque ella había invitado a mi hermano a una hamburguesa en un sitio en el que ponían unas enormes que les encantaban a ambos. También me habló de ir, pero yo no soy de comer tanta carne. Y, aparte que deseaba estar con Sol, no había sido su mejor semana.

Tras el almuerzo, me eché una siestecilla. Andaba cansada. Mi trabajo en la clínica era comodísimo: de lunes a viernes y a las dos de la tarde ya me estaba marchando para casa. Y no por ser la hija del dueño, que todos lo teníamos igual. Y aun así, me estaba acostumbrando.

Mi padre siempre fue un hombre inteligente que supo tener contenta a su gente. Por muy médico que fuese, cuando comenzó con el tema de las clínicas se convirtió en un gran empresario. Y en esa faceta plasmó todo lo relacionado con la buena persona que era. Me encontraba sumamente orgullosa de cuanto había conseguido en su vida profesional, aunque más aún de sus logros en la familiar, junto a mi madre.

Igual soy empalagosa cuando insisto en que en mi familia, por mucho que hubiera sus cosillas como en cualquiera, todo iba sobre ruedas porque

ellos formaban la mejor de las parejas.

Con ese dulce pensamiento, me fui durmiendo. Y también con la ilusión de ir con Enzo al cine. Me pondría monísima y ese engreído no tendría más remedio que admitirlo. En fin, que no eran más que bobadas, pero de las que constituyen la sal de la vida. Y ya tenía ganas de que llegase la tarde. Aparte, el tráiler de la peli me había enganchado y los actores eran ideales, así que lo tendría todo para pasarlo fenomenal en ese comienzo de fin de semana.

Capítulo 12



Me coloqué unos *jeans* que estrenaba ese día, con altos botines de plataforma, una preciosa camisa de lino a rayas blancas y rosas, así como un abrigo de doble botonadura de ese último color. Un *look* casual con el que mi vi ideal en el espejo.

Soy de las que piensa que te puedes poner lo que te apetezca, pero que solo lo lucirás si llevas tu mejor sonrisa en la cara. A mí no suele faltarme, pero aquella tarde de viernes me encontraba ilusionada.

Una vez que limamos asperezas, hasta comenzaba a llevarme bien con aquel listillo tan atractivo que, según se rumoreaba, tenía revolucionado a todo el personal femenino en la clínica. Y también a algún que otro gay, como un celador llamado César que tenía una boca de esas con la que te partes. A él sí que le había escuchado suspirar al paso del bombón Enzo, como le llamaba.

Me encontré con Charo, que también salía de paseo, y con quien coincidí en la puerta.

—Niña, muy contenta vas tú. Y de guapa, no te digo nada… Menos mal que tienes que coger por la sombra sí o sí, que de sol queda ya bien poquito, por no decir ninguno.

—Tú también vas muy guapa con ese plumífero dorado, qué moderna.

—¿A que sí? Es que voy a cenar con una amiga, que yo también tengo derecho a que me pongan la comida por delante.

—Tú tienes derecho a todo, si más bonita no puedes ser.

—Tú sí que vas bonita, que pareces una *influence*r de esas… ¿Has quedado con un chico?

—Sí, pero no en plan cita, sino para ir al cine.

—Muy bien, pues que os aprovechen las palomitas. Y si está bueno, que te aproveche algo más.

—Que no, que no, que con ese no…

—Lo mismo decía mi hermana del chico con el que luego se casó. Y cuatro niños tuvieron, así que fíjate.

—Quita, quita… Oye, ¿te acerco a algún lado?

—No, gracias, que tengo ahí mi coche.

Me dirigí al cine y metí el mío en un parquin. Cuando llegué, él ya esperaba en la puerta y con las palomitas en la mano.

—Te dije que las compraba yo.

—No me digas, no me había enterado —me respondió mientras tiraba una al aire y la cogía al vuelo con la boca.

—Para mí que tú te enteras solo de lo que te da la gana. Voy a pedir la bebida, ¿qué quieres? Y deja de hacer eso con las palomitas, que me estás poniendo nerviosa.

—¿Te pongo nerviosa?

—Sí, pero no como tú fantasearías…

—¿Yo? —me preguntó señalándose a él mismo.

—Sí, sí, tú… ¿Qué quieres beber?

—Un Red Bull.

—No, no, que eres muy movido y paso. Te voy a pedir una Fanta de naranja.

—¿Cómo va a ser eso? Si te he pedido un Red Bull.

—Pues es lo que hay…

No daba crédito cuando vio que pedí un par de ellas y que había hecho caso omiso a su petición.

—Aquí tienes la tuya.

—Pero ¿esto qué es?

—Pues una Fanta de naranja, ¿no lo ves? Tan listo para unas cosas y tan memo para otras.

—Es que lo flipo contigo, palabra.

—Pues normal, como todos.

Le estaba vacilando, tenía algo que me llevaba a hacerlo. No sabría decir lo que era. Por mucho que me encantase burlarme de él, debía reconocer que no era el típico empollón, como bien decía. Tampoco el malote del que te quedas colgada hasta joderte la vida. Estaba ahí entre medias, con un aire interesante que no podía negarle.

La peli nos gustó a ambos, la disfrutamos mucho mientras compartíamos el cubo de palomitas que había comprado y que era de esos al que no le ves el fin por mucho que metas la mano una y otra vez.

Al salir, ya me iba despidiendo cuando me hizo la propuesta.

—¿Te apetece cenar algo?

—Pues hambre no tengo, la verdad, porque las palomitas me han dejado súper llena, ¿a ti no?

—Sí, pero me tomaría una cerveza con una tapa, ¿te apuntas?

—Viernes noche, la temperatura está genial… Espera que piense —volví a vacilarle—… aunque me falle la compañía, venga, voy a decir que sí.

—¿Qué compañía es la que te falla? Si se puede saber, vamos.

—Pues claro, la tuya. Las cosas no pueden ser perfectas.

—¿No? Pues a mí me parecen que son aceptables al menos.

—Estoy de acuerdo. Aceptables… Sí. Ni bien ni mal.

Nos estábamos midiendo. Se le notaba contento y yo también lo estaba.

—Se me ocurre que podríamos ir a un sitio que no está lejos, aunque no sé si a ti te gustará.

—¿Y por qué no me iba a gustar?

—Porque no es nada pijo, por eso.

—¿Y qué pasa?

—Que eres una Alvarado y que no te irán esos sitios… Aunque ponen unas tapas de calamares que están para chillarles.

—¡¡Me encantan los calamares!!

—¿Sí? Pero oye, que no esperes que te los sirvan en una terraza *chill out*, que se trata de un bar de lo más normalito.

—Y dale… Echa a andar ya antes de que tenga que darte una patada en el culo. Y no provoques —le comenté cuando vi que se ponía delante de mí.

En lugar de eso, lo que hizo fue cogerme por las piernas y subirme en su espalda. Comencé a chillar agarrada a su cuello, y él corría. Me pareció de lo más divertido. No paró hasta llegar a la puerta del bar, que estaba hasta la bandera y en el que pedimos unas cervezas sin alcohol porque cada uno tendría que coger su coche para volver a casa.

Cuando nos tocó el turno de pillar mesa, ambos nos sentamos y pedimos esos calamares con otras cañas.

—Están deliciosos, los mejores que he probado.

—Pues claro, qué te creías, listilla…

—Aquí el único listillo eres tú, no lo olvides…

—No lo olvido, claro que no. No dejas que lo haga.

—¿Y tú quién eres aparte de eso?

—¿Aparte de un listillo? Pues soy un chico común y corriente, que viene de una familia que tampoco tiene nada de particular. Cuéntame de ti…

—Pues sí que eres bueno resumiendo.

—Menos mal que te parezco bueno en algo, que ya me ibas a acomplejar…

—No lo creo. Y sí, claro que eres bueno en algo. Eres el mejor de los que hemos entrado en Pediatría, y lo sabes.

—Solo sé que me gusta más cuando estamos así.

—Te refieres a sin tirarnos los platos a la cabeza, ya… Es que lo tuyo es de traca. Mira que joderme el coche el primer día.

—Tiene delito, sí.

—Y tanto que lo tiene. Y encima eres reincidente, porque lo eres… ¿Qué me cuentas de lo del concierto?

—Pues qué te voy a contar, Luna, que eso te lo debo compensar.

—No puedes, ya no puedes.

—¿Y si te invito a otro concierto?

—¿De Rosalía?

—O de quien quieras. Lo dejo ahí, estoy dispuesto a compensarte.

—Ya, ya…

Capítulo 13



No sabría decir cómo ocurrió. Solo que estaba con él en su piso y que Enzo ya me desnudaba.

Lo que una menos imagina es lo que antes ocurre. Y eso me estaba ocurriendo a mí; que él ya me devoraba los labios con los suyos y que sus traviesos dedos se apresuraban a desvestirme, regando el camino hacia su cama con mi ropa.

—Mi turno—le comenté libidinosa.

Con la premura que requería el momento, levantó los brazos para que pudiera deshacerme del polo de manga larga a franjas azules y blancas que se podía ver debajo de su chaqueta, de la cual se deshizo antes incluso de entrar en el dormitorio.

Siempre me ha resultado de lo más morboso dejar a un hombre desnudo de cintura para arriba mientras que voy abriendo la hebilla de su cinturón. El sonido a cuero o a piel, junto con el olor que desprende, me excita cantidad.

En su caso, no se trataba solo de eso, sino de los marcados abdominales que se dejaban ver sobre su cintura y de la forma en la que su virilidad anunciaba su presencia por debajo de su bóxer tipo *Trunk,* que era el que llevaba.

En ningún momento se me pasó por la cabeza que acabaría en su cama esa noche. Si ni quisiera era su tipo, ¿cómo llegaría hasta allí? Tampoco pensé en que Enzo me pudiera poner tanto y allí estaba yo, con la más húmeda de las lubricaciones encerrada aún en mi vagina, pero deseosa de recibir la visita de eso que tan abultado me resultaba a la vida.

No soy de quedarme de brazos cruzados en el sexo. Tampoco él parecía ser precisamente manso. Sus ganas de penetrarme iban subiendo como la espuma conforme comenzaba a explorar entre mi ropa interior, metiendo sus dedos. Pronto los tuvo mojados y los sacó de mi empapado interior. Me erizó la piel el modo en el que los introdujo en su boca, lamiendo.

Si hice antes alusión a que no tenía pensamiento de acabar en sus brazos y, mucho menos sobre su colchón, es porque en caso de haberlo previsto mi ropa interior habría sido más sexy, como en todas esas ocasiones en las que me cité con un chico con el cual existían posibilidades de que ocurriese.

No fue el caso, desde luego, si bien por suerte siempre suelo ir tan cuidada por dentro como por fuera, de manera que ese conjunto de ropa interior color frambuesa (me gusta combinar mi ropa íntima con el resto de mi *outfit*) hizo sus delicias.

Quizás ese fuera el motivo de que no retirase del todo mi tanga, tan solo echándolo hacia un lado. Sucedió al comienzo, pues justo le despojaba de su bóxer, comenzando a masajear su empinado y rígido sexo, cuando tiró de mi tanga hasta dividirlo en dos.

Chorreé más en ese instante en el que comprendí que en Enzo habitaba un empotrador nato, uno de esos hombres que te hacen temblar con solo ponerte la vista encima.

Su miembro me quemaba la palma de la mano. Vibrante y palpitante, rezumaba un extremo calor, como el que se desprendía del resto de su escultural cuerpo.

Si lo miraba bien, el dueño de aquella atrayente sonrisa parecía haber sido tallado con el cincel de uno de esos escultores que sacan el cuerpo de un dios de un trozo de mármol. Con la diferencia de que el mármol suele estar frío y Enzo estaba caliente, tan caliente como me estaba poniendo a mí.

Aún tenía el sujetador puesto cuando comenzó a lamer la parte superior de mis senos, la que quedaba fuera de la copa… Al escuchar mis gimoteos se embraveció más y tiró de él. Aquel intelectual era puro fuego en la cama; un fuego que comenzaba a consumirme desde lo más íntimo de mí, haciendo llamear mis entrañas.

De la misma forma, sentí que era lava la que salía de su lengua cuando tras lamer mis senos fue bajando hasta encontrar ese erógeno centro de mi placer que se esconde entre mis labios vaginales. Al contacto con la punta de su lengua, mi cuerpo entero comenzó a vibrar y sentí como si fuese zarandeado mientras su mirada se clavaba en la mía.

Aferrada a él, mis uñas describían líneas en su morena piel, pues en comparación con la mía lo era bastante, pues soy más bien blanquita.

Terminé tiraba de su pelo mientras mis pulmones iban descargándose poco a poco del aire que habían ido acumulando y que salía de mi interior junto con esos jadeos que, incontenibles, dirigía hacia sus oídos.

Mi corazón comenzó a latir con una fuerza inusitada y eso tenía que ver con el orgasmo que estaba a punto de asaltarme. No quería que su lengua se detuviese y tampoco parecía estar en sus planes, así que continuó hasta que me llevó al clímax y mi orgasmo se desbordó en su boca.

Estaba preparada para que me penetrase cuando esa sensación de sequedad en la garganta me asaltó también. Entonces abrí un ojo y percibí oscuridad.

No entendía muy bien la situación, ¿qué había pasado? Pues ya os lo estaréis imaginando… Que lo acababa de soñar. Y todo porque, cuando tras las tapas, Enzo me acompañó hasta mi coche, me quedé con ganas de besarle en el parquin, ¿os lo podéis creer?

Esto que no salga de aquí, por favor, pero es que le vi tan mono durante toda la noche, y con esos labios carnosos y jugosos a la vez que merecían un beso o una docena de ellos…

Me levanté, pasé al baño y encontré mi tanga mojado… El sueño había sido muy real, tanto como lo fue esa atracción que sentí y que os estoy contando.

Capítulo 14



Sábado y estaba contenta porque iríamos a bailar los cinco, como el finde anterior, y allí estaría Enzo.

Mi prima iba cantando por el camino, a modo premonitorio esa seductora letra de “Tócame”…

“Tócame, mírame a los ojos y devórame
Llévame a lo oscuro y contra la pared
Nos quedamos hasta el final…”

—Cariño, ¿qué clase de letra es esa? —le preguntó mi madre.

—Tata, que yo no soy ya una niña. Es una letra calentita, ¿no la escuchas?

—Sí, sí que la escucho. Por eso te pregunto.

—Es que el baile latino es muy sensual, ¿no lo sabes?

—Alba, tiene razón, Estefanía. El tango lo es, pero con más sutileza. Lo del baile latino es más explícito…

—Muy bien explicado, Sol, yo estaba buscando las palabras exactas. Pareces un libro abierto.

Alba hablaba tanto de Sol como de mí con mucha admiración. Era muy modesta, aparte de expresiva. Mi prima charlaba por los codos y tenía una habilidad especial para estar en todos los saraos.

—Por cierto, cariño, que te tienes que pasar por mi consulta —le comentó en ese instante.

—¿Y eso por qué? Ya te veo venir. No, que los médicos tenéis las manos muy largas.

—Ya saber por qué te lo digo. Ese lunar que tienes ahí en el cuello ahora no es nada, pero te está creciendo y hay que quitarlo antes de que lo sea.

—Que no, que me vas a pinchar…

—Apenas te enterrarás…

—¿Y me lo tienes que recordar ahora que vamos a bailar? Que me desconcentras y hoy va a ir un chico que me interesa.

—¿Qué chico?

—¡¡Venga!! ¡¡Todos a la vez!! ¡¡Qué montón de cotillas!!

—Si a ti te gusta crear expectación, prima, ¿de quién se trata?

—Valle, vale. Pues es Ismael… Un chico igual que yo.

—¿Bonito por dentro y por fuera? Porque así eres tú —le hizo ver mi madre.

—Sí, y Down también. Ahora nos estamos poniendo de moda, hay uno que es muy famoso, que se llama Roscón porque nació el día de los Reyes Magos. Y su madre es una chef que sale en la tele.

—Sí, Samantha se llama…

—Esa, esa. Y los vídeos que hace con su hijo se vuelven virales. Por eso estamos de moda.

—Estáis de moda porque sois los mejores. Prima… ¿Cómo es la letra esa que estabas cantando?

—Espera, que no nos ha contado quién es Ismael —me recordó mi madre, que era como la suya.

—Es un chico que conocí en las clases de mi antiguo colegio, al que iba antes de ponerme a trabajar, ¿lo recuerdas tata?

—Claro, cómo me voy a olvidar de tu cole, mi niña…

—No, de mi cole no, de Ismael —le comentó cubriéndose la mano con la cara en señal de desesperación—. Mira, te voy a enseñar una foto, a ver si te aclaras…

—Anda, sí que me acuerdo. Era un chico muy amable y gracioso, además de educado. Mira qué guapetón está.

—Claro, ¿o es que te has creído que me voy a fijar en cualquiera?

Nos hizo reír a los cuatro. Siempre lo hacía. Alba era un ángel que un día nos cayó de ese mismo cielo hacia el que voló su madre.

Llegamos a las clases y allí estaba Enzo, quien enseguida me picó diciendo que pillaría los pasos mejor que yo. No se lo había creado ni majara.

Aludí a lo de la premonición antes porque la pegadiza letra de esa canción fue lo primera que escuché cuando, tras la clase, todos nos metimos en la rueda y me tocó bailar con Enzo.

Qué distinta mi actitud a la de la vez anterior… Las cosas habían cambiado mucho entre nosotros y eso me gustaba, Me sentía más tranquila y en paz conmigo misma. Y con Enzo me lo pasé genial bailando. La letra no era solo pegadiza, sino también cien por cien ardiente. Y la forma de llevarme me encendía.

Sol bailaba con Santi, el amigo de Enzo, a quien conocimos la vez anterior. Y Alba era la viva imagen de la felicidad en brazos de Ismael, con quien se reía mucho además, porque la había pisado un par de veces y ella, que con otro se hubiese enfadado, con él derrochaba paciencia porque se notaba que le gustaba.

Luego seguimos bailando todos con todos y, cuando se hizo una pausa, algunos fueron al baño, entre ellos los tres chicos y también mi prima, quien decía que se hacía pis de los nervios.

Me quedé charlando con Sol y, cuál no sería mi sorpresa, cuando Alba llegó al poco colorada como un tomate.

—Madre mía, madre mía la que he liado —se reía poniendo las manitas delante de su boca.

—¿Qué has hecho ahora, loquita?

—Pues que me he metido por equivocación en el servicio de los chicos y no me he dado cuenta hasta que he visto salir al tío Gerardo.

—¿Te has topado con mi padre en el baño? Te habrá dicho que tienes la cabeza a pájaros.

—No me ha dicho nada porque también había otra chica con él, que debía ser muy amiga suya porque llevaba una risita que no veas… Y esa también se había equivocado.

—¿Una amiga de mi padre? ¿Con él en el baño?

—Sí, es una pelirroja muy guapa que va a tango, una que parece una modelo, yo la conozco de vista.

Miré a Sol y ella a mí.

—¿Y hablaba con mi padre en el baño?

—Sí, sí, la tía debe estar chalada porque salía del mismo wáter con él, se ha metido hasta la cocina, vamos… Espero que el tío no tuviese la chorra fuera como Santi cuando ella entrase.

—¿Cómo dices? Espera, ¿qué líos estás haciendo?

—Que sí, que antes de darme cuenta de que me había equivocado, y antes también de ver salir al tío Gerardo con la pelirroja, he abierto la puerta de otro wáter y me he encontrado a Santi con la chorra fuera y ¿a qué no sabes quién estaba agachado delante?

Sentí que me mareaba. Mi prima lo contaba todo con una naturalidad pasmosa, pero me imaginaba lo que iba a soltar y mucho no me apetecía.

—No me digas que era Enzo quien estaba agachado delante…

—¡¡Ese!! ¡¡Justo!! Me voy, que ya está ahí Ismael.

—Espera, ¿él te ha visto? Digo Enzo…

—No, porque abrí la puerta solo un poquito y al darme cuenta de que los dos estaban muy liados, salí corriendo.

"Muy liados", "Santi con la chorra fuera", ¿de qué iba aquello? En realidad, no hay que ser un lince para saberlo…

Desde el principio, Enzo se había mostrado conciliador conmigo y, desde que acepté firmar la paz con él, también actuaba como un amigo, pero en ningún momento me dio señales de nada más…

Sí, que vino al cine conmigo y que me comentó que escogiera un concierto al que asistir juntos, pero eso último me lo debía… Y lo de las tapas no tenía tampoco la más mínima importancia.

En resumidas cuentas, que me trataba como a una amiga y punto. Y si a eso le sumaba que me había comentado más de una vez que no era su tipo… Blanco y en vasija, leche fija. ¡¡Enzo era gay!!

Sol llegó a la misma conclusión que yo. No se trataba de simples conjeturas, era obvio que no nos gustaba lo mismo… O sí, ¿qué digo? A los dos nos gustaba lo mismo; los chicos. Y a Enzo le debían gustar como para

no poder esperar a llegar a su casa y hacerle allí mismo un favorcito a su amigo.

Me sentí de lo más ridícula… Y eso no era nada al lado de lo de mi padre, que fue lo que realmente me impactó, ¿estaba en el baño a puerta cerrada con una pelirroja? De pronto, todo me cuadró. Me refiero al comentario de aquellas dos chicas, compadeciéndose de mi madre. ¿Le estaba poniendo los cuernos a la pobre? ¿Eso era posible? Lo digo porque lo tenía totalmente idealizado.

Cuando Enzo volvió del baño disimulé todo lo que pude. No quería que se me notase el agobio que sentía por lo de mi padre. Y en cuanto a él… En cuanto a él nada podía reprocharle porque no me había dado ni un tris de esperanza en ningún momento. Toda la película me la monté en mi cabeza. Y no había más.

Igual que sucedió la semana anterior, mi padre se asomó para indicarnos que iba a bailar con mi madre. Las tres nos fuimos para allá, con la curiosidad además de que Alba se llevó a Ismael de la mano.

Mientras mi prima presumía delante de él de que eran sus tíos y de que bailaban impresionantemente bien, yo solo podía buscar a la pelirroja para escrudiñar su mirada y ver si lograba sacar algo en claro. Y lo saqué…

Ella misma se dio cuenta de que la estaba observando cuando miraba a mi madre como si estuviera en celo. Debía andar por los 40 y, por tanto, era más joven que esa otra que me trajo al mundo. También resultaba muy atractiva y cuidada, y por lo que veía en sus ojos, debía estar colada por mi padre.

Dado que a ella se le veía el plumero, me dediqué a mirarle con disimulo y me quedé de una pieza al descubrir que, entre paso y paso, tampoco perdía la ocasión de buscarla con la vista.

Mi madre era una mujer enamorada que nunca receló de su marido y, por ese motivo, se la estaban dando con queso. Me pareció una bestial injusticia porque ella dedicó su vida a su familia y no se lo merecía.

Poca duda me quedaba de que estaban liados. Y más después de lo que Alba había visto, ¿tampoco pudieron esperar para verse en un lugar más privado?

Cuando el río suena, agua lleva. Eso es lo que se dice. Y eso fue lo que confirmé en aquella trágica noche en la que se me cayó un mito. Por mucha explicación que quise encontrarle, aquellas chicas sabían lo que se decían cuando las escuché hablar. A mi madre le estaban poniendo una cornamenta de lujo, y yo… Yo me sentía tan impotente que solo deseaba irme a casa y meterme en la cama a llorar.

En una noche en la que llegué hasta allí con toda la ilusión, esta se fue tornando en una pesadilla.

Cuando volví al salón de baile, Enzo se dio cuenta de que estaba bastante ida. Ya me iba conociendo aquel chico del que también había descubierto un secreto que equivaldría a que entre nosotros nunca habría nada.

En determinados momentos de la vida, todo nos sale bien y nos sentimos en racha, pero luego llegan otros en las que parece que nos han echado un mal de ojo.

Así me sentía en aquella… Iba a ser verdad eso de que Enzo me traía mal fario o quería escudarme en esa pamplina para olvidarme de que todo me iba como el culo en la que había sido la peor noche de sábado que alcanzaba a recordar.

Capítulo 15



Cada vez que me quedaba dormida esa noche, enseguida me despertaba el recuerdo de la pesadilla de mi padre y de la pelirroja.

El tema de Enzo ya procuraba apartarlo mentalmente, porque con él jamás llegaría a ninguna parte, eso era así. Y si hubiera sido de otra forma mejor, porque me había empezado a gustar, pese a que no quisiera reconocerlo. En fin, que en esos delicados momentos tenía cosas más importantes en las que pensar.

Me removía de un lado para otro de la cama y, para colmo de males, Alba se me coló en el dormitorio a media noche. Solía hacerlo en noches de fuerte tormenta (que la asustaban) y también en aquellas otras ocasiones en las que estaba nerviosa por algún motivo.

—Luna, quiero que me cuentes una cosa.

—¿Qué quieres, mi niña? Que es muy tarde y deberías estar dormida —le comenté mientras encendía la luz de la mesita de noche y la miraba con ojos achinados.

—Y tú también, y estás despierta.

—Porque me estás hablando…

—No, que ya estabas despierta de antes. Te he escuchado suspirar, ¿es porque estás enamorada?

—No, Alba, ¿por qué dices eso?

—Porque los enamorados suspiran. Así, mira —lanzó un suspirito de lo más delicado y divertido.

—¿Tú estás enamorada de Ismael? Pero si no me lo habías contado…

—Porque tengo mis secretos, ¿tú no los tienes?

—Es verdad, algunos.

—Pues si le he dicho que viniese a bailar es por eso. De vez en cuando lo veo por ahí, cuando voy a patinar o a tomar una Coca Cola, y me quedo embobada. Es más guapo…

—Sí que lo es. Y hacéis muy buena pareja.

—¿A que sí? Pues mañana hemos quedado para ir al cine. Quiero que me ayudes a ponerme guapa.

—Vale, te ayudaré a escoger ropa.

—Y me maquillas también —asintió ella solita.

—Si nunca has querido maquillarte, bebé —la abracé fuerte porque así me dirigía a ella en momentos así de bonitos, como ese que estábamos viviendo.

—Que no soy un bebé, soy una mujer… Y quiero que me maquilles.

—Ok, pues te maquillaré.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo, bombón.

—¿Tú crees que a Ismael también le pareceré un bombón?

—Eso depende… —le contesté dubitativa.

—¿De qué depende?

—De que tenga ojos en la cara. ¿Los tiene? —me burlé.

—Pues claro que los tiene. Y muy bonitos… Tú misma se los has visto, ¿a que sí?

—Sí, se los he visto y son muy bonitos. Le parecerás ideal, cariño, pero si alguna vez no fuese así, no sufras, porque no sería el mejor chico para ti y no te merecería.

—No, no, yo quiero que sea el ideal porque es el que me gusta, ¿me oyes?

—Y tú también le gustas. Lo he visto en el modo en el que te mira.

—Gracias por ser tan buena conmigo, Luna.

—Pero si yo no soy buena, soy normal.

—No, eso no es cierto. Eres la mejor…

—Tú lo que quieres es quedarte a dormir conmigo, ¿a que sí, zalamera?

—Sí, ¿puedo?

—Puedes…

Alba se movía mucho en la cama y dormir con ella me resultaba muy complicado. No obstante, aquella noche me daba lo mismo porque no iba a dormir demasiado y, al menos, ella sería feliz.

Por la mañana, me costó la misma vida levantarme a desayunar porque mi padre solía preparar los desayunos los domingos. No es que fuese precisamente a por churros, sino que se levantaba y se metía entre fogones.

Era el día que Charo tenía libre y mejor, porque ella consideraba que la cocina era su territorio y no le gustaba en absoluto que nadie se metiera en ella, de modo que era el mejor día para que él campase a sus anchas.

Nos solía preparar tortitas con distintos siropes, huevos revueltos, bacón, zumo de naranja… Y aparte lo complementaba con cruasanes calentitos, fruta… lo que viene siendo un desayuno de lo más completo.

Por esa razón, sus desayunos siempre me habían encantado. Y tomarlos todos juntos era lo mejor de lo mejor. Salvo ese día en el que no sabía cómo encararlo.

—¿Te pasa algo, Pelusa? —me preguntó él dándome un abrazo y un beso en la frente.

—No, que creo que estoy un poco floja, solo eso —disimulé delante de mi madre.

—Hija, yo creo que deberías hacerte unos análisis. Ahora que eres médica deberías saber mejor que nadie que es importante que te cuides. Si no andas fina…

—No te preocupes, mamá, que estoy bien.

—Tu madre tiene razón, Pelusa…

—Déjalo, papá —le dije en tono cortante porque la flojera me la había provocado él y, de momento, no podía espetárselo en toda la cara.

Hago hincapié en el "de momento" porque no soy de las personas capaces de guardar un secreto así sin estallar. Soy de las que tiene que echar fuera lo que lleve en su interior, si bien se da la circunstancia de que se trataba de un asunto más que delicado. Y tomé conciencia de que debía manejarlo con cuidado o no solo me estallaría a mí en toda la cara, sino que también perjudicaría a los demás.

Desayuné rápido con la intención de quitarme de en medio enseguida. Me costaba respirar el mismo aire que él. No tenía ni la más mínima idea de

cómo gestionar la situación y el nudo que se me formó en el estómago me dio a entender que no me resultaría nada sencillo.

Mientras me vestía, las lágrimas luchaban por salir de mis ojos. En cuestión de unas horas, sentía que mi mundo había cambiado. En mi vida nunca tuve grandes problemas, y cuando me enfrenté a alguno que a mí me lo pareciese, siempre estaban ahí mis padres, juntos, formando una pareja sólida e indestructible a la que acudir. ¿Por qué tenía que haberla pifiado así él? ¿No le valía con mi madre? Si era la mujer más guapa, dulce y entregada del mundo, ¿qué mierda estaba buscando en la pelirroja?

Capítulo 16



Lunes y las tres íbamos en mi coche camino del trabajo. Alba no paraba de contarnos cómo había sido su cita de la tarde anterior, a la que asistió guapísima, vestida y maquillada como si fuese una muñequita.

—Sol, ¿también te parecí guapa cuando me viste salir?

—Me pareciste preciosa, ¿y qué te dijo Ismael?

—Que soy la chica más guapa de todas, la que le gusta. Hoy vamos a ir a tomar un helado, por la tarde, claro.

—Sí, que ahora toca trabajar, ¿él no trabaja?

—Claro que trabaja. Yo no me fijaría en un nini…

Su comentario nos arrancó las carcajadas a ambas. A veces, a mi prima le costaba encajar que nos riésemos tanto de algo que hubiera dicho.

—¿Por qué os reís?

—Por nada, cariño, que haces muy bien. El chico que te quiera debe ser trabajador. Si no, no te merece.

—Eso ya lo sé, porque yo lo valgo, como la del anunció del champú.

—No, tú vales mucho más.

—Porque soy guapa, ¿a que sí?

Nunca le habían importado tanto esos temas a Alba hasta que le gustó el primer chico de verdad.

Llegamos al hospital y me crucé con Carla.

—Oye, Luna, ¿te pasa algo? —me preguntó, parándose.

—No, ¿por qué lo dices?

—Porque traes una de esas caras que se nos ponen cuando vamos a enfrentarnos al último examen de carrera, por ejemplo.

—Ya, que te da cagalera. No, Carla, estoy bien. Muchas gracias por preocuparte.

—Pues quién lo diría… Oye, que tengo fama de hueso duro, pero que no lo soy tanto.

—Ni yo lo he pensado, eres buena jefa.

—Me alegra saberlo, más que nada porque algún día tú serás la mía —repuso sonriéndome—. De todos modos, si te hace falta cualquier cosa, ya sabes dónde estoy.

Para no variar, escuché nada más sentarme que Enzo estaba en su despacho, pues hablaba por teléfono. Y él también debió escuchar que cerré mi puerta, pues enseguida vino a saludarme.

—Buenos días por la mañana, Luna…

—Para quien los tenga, Enzo —le respondí.

—Uff… Hay alguien que viene hoy con el colmillo retorcido, ¿qué te pasa?

—¿A mí? A mí no me pasa nada.

Le tenía delante y algo se me removía. Joder… Si al menos la noche del sábado me hubiera salido redonda con él, pero no… A quien le salió redonda fue a Santi. Joder, joder…

—Eso no te lo crees ni tú. Venga, cuenta, que te traigo un café.

—Enzo que no…

—Que sí, boba, que…

—¡¡Que no, joder!! —le chillé en ese momento.

Ni siquiera me respondió. Le sobraba estilo para no entrar al trapo. Volvió sobre sus pasos, cerró la puerta y lo dejó estar.

Comencé a pasar consulta y lo típico… El día que menos lo necesitas viene la porculera de turno. Una madre de lo más tiquismiquis que ya me había traído varias veces a su hija en los últimos días.

—Victoria, ya te comenté que el brote de piel atópica no se le pasaría de un día para otro, que debes esperar a que el tratamiento le haga efecto.

—Pero le pica, Luna, le pica… Y se rasca por las noches, que temo que le quede marca a mi niña.

—Le pica, pero seguro que mucho menos. Y en breve habrá remitido. Lo que no puedo hacer es quitárselo de un día para otro, ¿le has puesto las

manoplas para dormir como te dije? Así evitarás cualquier tipo de marca…

—Sí, sí que se las he puesto, pero no entiendo eso que dices de que no puedes quitarle el picor, ¿por qué?

—Mujer, porque no puedo hacer magia —le contesté en tono cordial, pese a todo.

—Oye, cuidadito con lo que dices, ¿eh? A mí no me vengas con tonterías que muy pronto tiro de la manta y doy las quejas donde las tenga que dar. Vamos, que voy al mismísimo director, que tú eres muy joven y no sé quién te has creído que eres aquí. Cuidado con las tonterías de la niñata… Ten mucho cuidado, que no sabes quién soy yo —me advirtió levantándose furiosa.

Ya no pude más. Sabéis que no soy de la condición de hacerme señalar como "hija de"; sin embargo, todo tiene un límite y esa mujer lo estaba sobrepasando.

—Ve donde quieras. Corre… El director de la clínica se llama Eloy. Y estaría encantada de poderle explicar los humos que te gastas con nosotros, los médicos. Pero, si prefieres ir tú antes, dile que a quien estás poniendo a caldo es a Luna Alvarado, la hija del dueño de la clínica.

—Sí, hombre, eso te lo acabas de sacar de la manga…

—Abajo está la foto de mi padre. Si te fijas, comprobarás el parecido.

—Bueno, mujer, igual es mejor que nos serenemos, porque a mí me gustaría seguir viniendo a esta clínica. Es muy prestigiosa y…

—Y nadie te dice que no vengas, pero que sea la última vez que me faltas al respeto, Victoria.

—Entiendo, entiendo…

A media mañana, Enzo estaba en la cafetería. Me gustaba que mostrara personalidad. No era de esas personas que vienen a chuparte el culo cuando no te lo mereces. Y yo ese día no me lo merecía.

—Oye, que disculpa por lo de antes. Estoy un tanto irascible, ¿amigos?

—Amigos —estrechó la mano que le ofrecí en nueva señal de paz—. Escuché que pusiste antes en su sitio a una madre también…

—Me tocó el kiwi…

—Y eres Luna Alvarado —me recordó por lo bajini.

—Cuidadito con irte de la lengua que ya has visto que el horno no está para bollos.

—Lo he visto, lo he visto.

—Venga, me voy para el despacho.

—¿Quieres que salgamos un poco al exterior? Hace un día estupendo.

—No lo veo demasiado estupendo, pero si tú lo dices —le respondí encogiéndome de hombros.

—Vamos, anda —me dirigió hacia la calle echándome su brazo por encima del hombro. ¡¡Qué bien olía!! ¿Por qué tenía que ser tan atractivo y tan gay a la vez?

Capítulo 17



Me estaba costando echar la semana fuera. Mi padre se había dado cuenta de que no estaba bien, aunque no pensaba decirle ni "por ahí te pudras".

A mi madre era a quien me costaba mirar a la cara sin sentirme culpable. Se suponía que ella siempre me apoyaba en todo y yo sabía lo que el sinvergüenza de mi padre le estaba haciendo.

Si estuviera en su lugar, querría saberlo y no convertirme en el hazmerreír de la gente al ser la última en enterarme, eso tan típico.

Pero no sabía cómo abordarlo. Lo hablaba con Sol tomándome un café aquella mañana fuera de la clínica, en un bar cercano, pues la cafetería de nuestro trabajo no me parecía el mejor lugar para hacerlo.

—Se supone que tengo que hablar ya y que se forme la de San Quintín. No son paranoias mías como otras veces que he exagerado las cosas.

—No, esta vez no estás paranoica. Ni yo quisiera estar en tu lugar, cariño. Si lo estoy pasando mal con lo de Jacobo y no he tenido que callármelo.

—¿Él va bien?

—Por la cuenta que le trae, o le corto las orejas. ¿Y tú qué vas a hacer?

—Yo creo que se lo voy a contar a mi madre este fin de semana. Me he dado el ultimátum a mí misma.

—Ya…

—Si, en algún momento tengo que hacerlo. Y no sé cómo, la voy a destrozar…

—Tú no has hecho nada malo, todo lo contrario.

—Ya, lo ha hecho mi padre, lo sé. La ha hecho bien gorda. Es que no quiero que la pobre vuelva el sábado al baile y la gente se compadezca de ella…

—Lo sé, lo sé. Se te debe quedar una carita al saber que el resto ya lo sabía… Tu madre no se lo merece.

—No, ya he pensado lo que haré. El sábado por la mañana me la llevaré a desayunar. No es plan de hablar con ella en casa, que igual le da un ataque de nervios o al saber, y no le gustará que la vean así ni Charo ni Laura (que era nuestra nueva chica de servicio).

—Haces bien…

El viernes por la noche, quedé para cenar con Sol. Se acercaba el momento y estaba cada vez más nerviosa.

—No bebas más, Lunita, o mañana hablarás con tu madre hipando. Te vas a poner piripi perdida.

—Es que no puedo, Sol, que la voy a hacer polvo. Y tampoco quiero que sea una cornuda, que ella no se lo merece. ¿Por qué? ¿Por qué?

—Cariño, porque las cosas no son perfectas. Te habías hecho a la idea de que vivías en un mundo ideal y va a ser que no.

Estaba destrozada y bebí más de la cuenta. Por supuesto que fue mi amiga quien condujo de vuelta. Y cuando estábamos llegando, se produjo un hecho de esos fortuitos que son ya el remate de los tomates.

—¿Ese no es el coche de tu padre? —me preguntó ella por uno que vimos a cierta distancia, en dirección contraria a la nuestra.

—¡¡La madre que me parió!!

—No, no… Esa está en tu casa, fijo. Porque a quien lleva al lado es a la pelirroja.

—¿Qué dices?

—Que sí, que sí, que tú andas mareadilla, pero yo no he bebido.

—Síguelos, Sol, síguelos…

—¿Cómo los voy a seguir? ¿Para qué?

—¡¡Que los sigas, coño!! Menudo volantazo el que di, mi amiga lo flipó.

—So loca, que soy yo quien conduce, ¿o es que no te has dado cuenta?

—Pues demuestra que sabes hacerlo, ¡¡que los sigas!!

Se había dado la circunstancia de que les dije a mis padres que no volvería a dormir aquella noche, sino que me quedaría con Sol en su casa. Pese a ser vecinas, de vez en cuando nos quedábamos la una en casa de la otra. Y me dio por ahí. Me parecía que me ahogaba bajo el mismo techo que él.

Ambos lo sabían y él, en lugar de quedarse con mi madre aprovechó para salir con la pelirroja.

Comenzamos a seguirles y la cosa tuvo miga porque a mí ya no me quedaban dudas, pero después de ver lo que vi, muchas menos…

La tipa no vivía lejos de nosotros, sino en una urbanización cercana (de ahí que coincidiéramos en el baile) y no sé de dónde vendrían, pero al bajarse del coche se dieron un beso de tornillo de lo más apasionado. Pensé que se estaban despidiendo, pero no, él entró con ella en la casa y se encendieron las luces.

Las tripas se me revolvieron y Sol, que aparcó el coche con los faros apagados cerca, tuvo que aguantarme para que no saliese del coche y formase la zapatiesta de siglo.

—Te juro que voy a potar, es que poto. No aguanto más… No voy a esperar a mañana. Ahora mismo me voy a casa y se lo voy contando a mi madre. Estoy segura de que entre las dos le haremos la maleta y, cuando vuelva, le echaremos. Esto no se queda así.

—Vale, cariño, está bien…

—Es que no tiene sentido que espere a mañana. Me da un asco pensar que luego llegue y se meta en la cama con ella… Que mi madre estará en la inopia, seguro que le ha contado una milonga; que iba a cenar con un amigo o vete a saber.

—Que sí, que sí, que tienes toda la razón… Te acompaño, Lunita. No te voy a dejar sola en esto.

—No, no, sabes que mi madre es muy suya y se ofendería si esto se habla delante de nadie más, aunque seas tú.

—Es verdad, es algo muy personal. Pero que cualquier cosa me llamas, ¿eh?

—Vale, vale.

Llegué maldiciendo y llorando hasta casa. Allí aparcó Luna y, tras darme un fuerte abrazo se marchó. Entré con la intención de cambiar nuestro mundo para siempre.

Capítulo 18



Entré en casa y, sorprendida, mi madre se levantó de la cama. Al fin y al cabo, no me esperaba.

Al verme llorar, se asustó mucho y me abrazó.

—Luna, cariño, ¿qué te ha pasado? Creí que no vendrías esta noche. Qué susto…

—¿Te he asustado, mami?

—Sí, hija, es que no esperaba a nadie… Porque resulta que tu hermano…

—Ya, que está de finde y Alba en la sierra con los *scouts*, lo sé (era otra de sus múltiples aficiones).

De todos modos, algo me chirrió porque, en cualquier caso, debería estar esperando a mi padre, que para esto estaba fuera, y digo yo que no tendría la desfachatez de no volver en toda la noche. Lo pensaba cuando escuché un ruido procedente del dormitorio de ambos y me quedé un tanto asombrada.

—Mamá, ¿qué ha sido eso?

—¿De qué me hablas, hija?

La noté azorada y la miré con toda la extrañeza, porque además llevaba puesto un salto de cama muy sexy que tapaba con la bata que se colocó.

—Mamá, de ese ruido que se ha escuchado en tu dormitorio.

—Yo no he escuchado nada, Luna.

—Pues yo sí, parece como si alguien se hubiese golpeado.

—Ah, pues habrá sido tu padre. ¿Te vas a acostar ya? Ven que te acompaño, que para mí que has bebido demasiado.

—Mamá, ¿qué está pasando aquí? ¿Dices que papá está en vuestro dormitorio?

—Claro, cariño, dónde va a estar. Venga, vamos…

—¡¡Y una mierda!! —chillé.

Mi madre trató de pararme, pero no le fue posible. Entré en él y la cara se me desencajó al ver una sombra que corría hacia el baño como si la estuviese persiguiendo el diablo. No le dio tiempo a cerrar cuando me colé en él, y tan solo se pudo tapar sus partes con una toalla.

—Buenas noches —murmuró aquel hombre, de lo más avergonzado.

—¿Buenas noches? ¿Tú quién cojones eres?

—Es Gonzalo, hija. Déjalo, por favor, no es él quien debe darte explicaciones.

—No, desde luego que no.

—Estefanía, me visto y me voy —le comentó aquel apuesto hombre que lo hizo a toda velocidad y salió de casa mientras a mí el corazón me iba a mil.

Para colmo, estaba achispada y eso lo complicaba todo.

—Luna, por favor, siéntate aquí conmigo —me pidió mi madre.

—No me voy a sentar, ¿de qué va esto? ¿Es que os habéis vuelto locos? ¿Los dos?

—No me digas que también sabes lo de tu padre…

—O sea, que estás enterada y esto lo has hecho por venganza…

—No, Luna, no se trata de ninguna venganza.

—Mamá, ¿de qué me hablas? No entiendo nada, palabra que no.

—Lo sé hija, no es algo muy habitual lo que está sucediendo aquí.

—¿Que os pongáis los cuernos los dos? Pues no. Muy habitual no es, paso de ser hipócrita. ¿De qué va todo esto?

—Hija, de que tu padre y yo hace un tiempo que no estamos bien…

—Eso no puede ser, es imposible. Estáis como siempre, vais juntos a los sitios y…

—Hace un tiempo que sabemos que arrastramos problemas, Luna, lo siento.

—¿Todo en lo que creo es una mentira? ¿Es eso lo que me estás diciendo?

—No, no… Tu padre y yo nos hemos querido muchísimo, lo sabes muy bien. Nos hemos amado con el corazón y nos seguimos queriendo mucho, solo que de otra manera…

—Sí, sí, se nota. Él tirándose a la pelirroja del baile y tú a ese tipo.

—Te refieres a Liz. Cuánto lo siento, mi niña, ¿desde cuándo lo sabes?

—¿Y tú? ¿Desde cuándo lo sabes? ¿Quién le puso antes los cuernos al otro?

—No son cuernos, es algo consentido. Esta noche no estaríais ninguno de los tres y por eso…

—Por eso él se ha metido en la cama de ella y tú te has traído a Gonzalo. Cojonudo. ¿Hasta cuándo va a durar la farsa?

—No es fácil romper una familia… No tenemos claras las cosas, tan solo sabemos que nos asfixiamos si no abrimos horizontes porque hace mucho que el deseo cesó entre nosotros.

—No es verdad, cuando os veo bailando tango o cuando me fijo en esos gestos que os hacéis…

—Ves lo que quieres ver. Ves cariño y compenetración entre dos personas que se quieren, se admiran y se respetan. Pero no hay deseo. Y ambos somos muy jóvenes. Nos hemos dado un tiempo para que cada uno piense por su parte y experimente, aunque sigamos viviendo bajo el mismo techo.

—Esto es de locos, es de locos… Y que sepas, que la gente del baile lo sabe, que se lo escuché decir a dos chicas, y que se compadecen de ti.

—Me da igual lo que piense nadie. Tu padre y yo buscaremos nuestra felicidad y haremos las cosas a nuestra manera.

—¿Y por qué no os separasteis y punto?

—Porque las cosas no son tan fáciles y porque tú volvías a casa, a tu hogar… Ambos sabemos lo familiar que eres y el palo que te supondría. Y luego están Bruno y Alba.

—Y mejor mentirnos a todos.

—Los padres no somos perfectos, Luna.

—Eso ya lo veo, mamá. No quiero oír nada más, ¡¡me marcho de casa!!

—No, hija, no puedes hacer eso.

—¿Que no puedo hacerlo? Cogeré todo lo que me quepa en el coche y ya vendré a por el resto.

—Luna, por favor.

—Mamá, me dais asco. Él y tú… los dos.

Se echó a llorar y no me compadecí en lo más mínimo. Mi corazón se acababa de endurecer como una piedra. El dolor que sentía era tremendo y me costaba creer que se hubiesen reído de ese modo de todos nosotros.

Soy caprichosa, siempre lo he sido, y cuando algo me sale mal no hay quien me aguante.

Escuché que mi madre telefoneaba a mi padre, quien se plantó allí enseguida.

—Pelusa, ¿qué estás haciendo? No puedes irte de casa.

—Tengo un trabajo y soy mayorcita, salvo que me lo vayas a quitar, claro…

—Jamás en la vida haría eso, cariño mío. Jamás…

—Pues mejor, porque necesitaré el dinero para mantenerme.

—Tienes que escucharnos, tienes que…

—No tengo que hacer nada de eso. Y ahora, apártate, farsante, que me largo.

Capítulo 19



Me senté en el coche. Mi padre intentó por activa y por pasiva detenerme, pero no le fue posible. Sabía que había bebido y, si me pongo en sus zapatos, sentiría un miedo tremendo.

Apenas anduve al volante unos metros hasta que entendí que así no podía conducir, que eso no tenía ni pies ni cabeza. Siempre he sido muy responsable con el tema del alcohol y era la primera vez que arrancaba un vehículo con él corriendo por mis venas. Así que paré a las pocas calles.

Me eché a llorar y le envié un WhatsApp a Sol, porque estaba sola y no sabía dónde ir.

Lo hice a través de un audio en el que no podía parar de llorar y me respondió con un mensaje escrito pidiéndome ubicación y diciéndome que no me moviese, que no tardaría apenas nada.

En realidad, tardó algo más de lo que pensaba. Tenía una explicación: cuando dieron con los nudillos en mi ventana no era ella, era Enzo.

—¿Qué estás haciendo aquí? ¿Sol te ha llamado? ¿Por qué?

—Me has avisado tú, no ella…

—Eso no es verdad. Mira…

Abrí mi móvil y negué con la cabeza. Tenía razón… Él me había enviado una chorrada durante la cena que ni miré. Y pensé que la última persona con la que hablé fue con Sol, cuando me dijo que estaba lista para que la recogiese e ir a cenar. Así que me equivoqué de chat.

—Esto es una pesadilla…

—Pues menos mal que somos amigos, que si me lo llegas a enviar cuando te pasabas el día en modo furia asesina conmigo…

—Lo siento, siento haberte despertado. Tú estarías con Santi y yo…

—¿Con Santi? No, no, a Santi le veré mañana en el baile.

—Ok, ok, me da igual. Bueno, ¿y ahora qué?

—En el audio decías que te ibas de tu casa. No sé qué habrá pasado, pero te vienes a la mía.

—¿A la tuya? Eso no tiene sentido…

—Tendrá más sentido que el hecho de que te quedes toda la noche dentro de tu coche. Además, que lo llevas como un mercadillo.

—No, como un mercadillo no…

—Perdona, que debo haber ofendido tus pijos oídos. Seguro que no has pisado un mercadillo en tu vida.

—No soy tan pija, ¿eh?

—No, ni tampoco tan cabezota. Por eso te vas a venir a mi casa. Así te la enseño…

—Si yo ya he estado allí, tonto —le dije sin atinar demasiado.

—¿Cómo que has estado? No, nunca te he llevado.

—Que sí, que estuve en un sueño…

—¿Sí? ¿En qué tipo de sueño? Si se puede saber…

—No, no se puede saber.

—¿En un sueño caliente?

—Caliente te voy a dejar el pico como te dé un besazo en él.

Lo solté y me mordí el labio, pero literal… Se me había ido la cabeza. Entre el alcohol y los problemas, le estaba dejando claro que me gustaba a ese amigo ¡¡que era gay!!

Más bochorno no podía sentir. No puedo decir que se riera de mí y eso lo agradecí bastante.

—Venga, que nos vamos…

—No, no, que no paro de decir tonterías. Me quedo aquí.

—Sí, como si una pija como tú pudiese dormir en un coche. Que no, que nos vamos…

—Y dale, qué pesado eres tú, ¿no?

—No lo sabes bien. Venga, pasa al asiento del copiloto. Dejaremos mi coche aquí y conduciré el tuyo.

—No, que vas por la vida acarajotado y mi coche es ahora lo único que tengo. Me he marchado de casa y eso me ha convertido oficialmente en una pija venida a menos.

—Que no, que nunca he tenido un accidente con el coche. Solo el golpe que le di al tuyo…

—Mira qué suerte tengo. Las cosas exclusivas las dejas para mí.

—Porque te lo mereces.

Mientras me lo decía, me daba con la yema del dedo índice de su mano derecha en la punta de la nariz. Ganas me dieron de mordérselo y hasta de morderlo entero, pero dada su condición sexual no habría hecho más que el ridículo más estrepitoso.

Una vez en su casa, fue de lo más amable. No tenía demasiado que ver con esa otra con la que yo había soñado y que me resultaba más fría, como el típico piso de soltero a quien no le importa demasiado la decoración.

Por el contrario, me encontré con un coqueto apartamento en el que había creado ambiente. Tan solo tenía un dormitorio, eso sí, de manera que me tocaría dormir en el sofá.

Andaba medio llorosa y con un par de bolsas de viaje entre las manos. Él cogió otro montón y el resto las dejó en mi coche, en el interior de su garaje, pues para eso el suyo se quedó cerca de mi casa.

—¿Quieres darte una ducha o algo?

—¿Huelo mal? —le preguntó mientras me llevaba la nariz al alerón.

—Para nada… Hueles muy bien.

Se acercó bastante a mí al decirlo y me dio un abrazo para luego darme también un beso en la frente.

—Ese es un beso de abuelo —repuse.

—Es un beso de cariño. Y ahora, señorita, te vas a la cama…

—¿El sofá se abre?

—Sí, es sofá cama. Y aceptablemente cómodo, no te preocupes por eso.

—No, si no me preocupa. Total, para lo que voy a dormir…

—No, no, si quien se queda en él soy yo. Tira para el dormitorio.

—No, no puedo aceptarlo.

—Claro que puedes porque estás en mi casa, eres mi invitada y aquí las normas las pongo yo.

—Pero solo porque estoy fatal y un poco borrachita. Mañana comenzaré a buscar piso…

—Pues busca, busca… no creas que la cosa está fácil. Aunque lo mismo tienes más ahorros que dinero hay en un banco.

—Qué va. Siempre he funcionado con la tarjeta de mi padre y ahora, mira lo que hago con ella… ¡¡No quiero saber nada!!

—¿Quieres estarte quieta? Y suelta la tarjeta, que no eres un Rottweiler y te vas a joder un diente. Cualquiera te soporta mellada…

—No, no, quita. Dame unas tijeras…

—Deja eso, mujer, ¿tu padre te ha dicho que te cierra el grifo?

—No, ni falta que me hace. Él no existe ya para mí. Y mi madre tampoco.

—Ya me contarás lo que te apetezca, ¿ok? Pero ahora trata de descansar.

—Vale, vale… A lo mejor sí que me entra un poquito de sueño.

—Tienes más que una camada de gatitos, sí. Duerme la mona. Que tengas buenas noches, Luna.

—Las he tenido mejores. Oye, Enzo, que a mí no me importa que te metas en la cama conmigo, que lo sepas…

—Pero a mí sí.

—Ya, porque no soy tu tipo. Ahora lo sé muy bien…

Capítulo 20



Enzo

Tumbado en el sofá, no me podía dormir. Luna me había llamado la atención desde el primer día… Ese genio suyo de fierecilla me volvía rematadamente loco.

Cielos, qué revolución interior sentí cuando escuché su audio dirigido a Sol. Luna estaba sola y mal, y yo… Yo me vestí a toda velocidad para ir a por ella.

La amaba en silencio… No me considero un hombre enamoradizo y cuando amo, amo de verdad… Aquella pija tenía descontrolados todos mis sentidos. Y saberla mal me dolía en el alma.

Luego llego y me dice que ya ha estado conmigo en mi casa, en sueños… ¿Le gustaba? ¿Yo le gustaba o estaba demasiado borracha para discernir mi recuerdo del de otro?

Desde el principio le dije que no era mi tipo… Conociéndola como la conocía, si tenía alguna posibilidad con aquella caprichosilla sería dándole a entender que no me interesaba para nada. Y quizás así despertase su interés por mí.

Poco a poco, las posturas se fueron acercando entre nosotros… Tenerla en las clases de baile cerca era el sumun, mi oportunidad para posar mis manos sobre su magnífico cuerpo y hacerme a la idea de que era mía durante los minutos que sonaban esas sugerentes letras que siempre me recordaban a ella.

Y de pronto la tenía bajo mi techo, respirando ambos el mismo aire… Por supuesto que me hubiese metido en la cama con ella. No con intención de tener sexo (Luna no estaba para eso), sino con la de abrazarla y mostrarle mi cercanía y mi apoyo. Pero no… La respetaba demasiado y quería que, cuando menos, estuviese totalmente sobria para acercarme.

Me partió el alma verla tan triste aquella noche. Lo que hubiese pasado en su casa debió ser bien gordo para que alguien como ella, que adoraba a los suyos, metiese las cosas en su coche y se marchase de allí a la carrera.

Ojalá que aceptase mi hospitalidad durante el tiempo que pasara hasta que las cosas se arreglasen con sus padres, aunque puestos a pedir, yo me la quedaría para siempre.

Sus padres… ¿Cómo estarían ellos? Cielo santo, deberían andar muy preocupados. Aún no tenía hijos, aunque no me hacía falta tenerlos para meterme en su piel.

Le escribí a Sol y le comenté la situación. Quizás estuviese dormida, pero no… Parecía estar como expectante y me contestó enseguida. Me preguntó por Luna de inmediato y comprendí que el motivo de su desvelo tenía que ver con su amiga. Le aseguré que estaba bien y conmigo, que se encargase de decírselo a sus padres. Me dio las gracias con la promesa de hacerlo así y me quedé más tranquilo.

Llevaba unos días rara… A decir verdad, no había vuelo a ser la misma desde el sábado anterior. Esa noche llegó al baile muy contenta y no se marchó con la misma sonrisa. Desde entonces se la notaba irritada, y eso que mientras bailamos estuve todo lo cerca que pude de ella. Hasta pensé que podría haberla molestado.

Solo había seguido los consejos de Santi, que era un tío que controlaba bastante en los temas de chicas. Para vernos a los en el baño, menudo cuadro, él diciéndome que el “no” ya lo tenía mientras que trataba de tirar de la condenada cremallera de sus pantalones vaqueros, la cual se había atrancado y no había manera… El caso es que era tan buena gente y que le vi tan apurado, que no dudé en ayudarle.

Vaya, que se trató de una noche muy completa, pero en la que algo se rompió en el interior de Luna, ¿habría discutido con sus padres en ese rato que me ausenté?

No tenía ni idea de lo que había sucedido. Lo que podía afirmar era que la sonrisa se le había apagado. Y bastante. Hasta llegar a aquella noche en la que una petición de auxilio por su parte me llevó hasta ella.

Luna, la chica que me robaba el sueño, estaba en mi cama. A ella mi apartamento debía parecerle un chiste, acostumbrada como estaba a vivir en una casa que era de esas que salen en los programas de televisión, de ensueño, rodeada de servicio.

Para mí, mi apartamento era ideal. Y, aunque no era grande, al encontrarse en una buena zona de la capital me costaba un dineral, cosa que no me importaba porque tu casa es el reflejo de cómo eres. Y la mía reflejaba serenidad.

Soy bastante tranquilo. No con ello quiero decir que vaya por la vida en plan huevón ni mucho menos. Siempre he sido de marcarme objetivos y dejarme la piel hasta lograrlos. A lo que me refiero es a que tiendo al equilibrio y Luna representaba ese punto más loquillo que me hacía vibrar, vivir de un modo más arrojado y derrochando ganas de compartir cosas con ella.

Ojalá que me permitiese acercarme, compartir con ella y demostrarle, poco a poco, que estaba por sus huesos. El momento de su vida por el que atravesaba no debía ser fácil, así que andaría con pies de plomo. Mis pasos serían cortos, pero seguros, y le haría saber que en absoluto estaba sola.

Capítulo 21



Me desperté con un agradable olor a café. Había dormido durante toda la noche debido al efecto del alcohol y, en un primer segundo, no reconocí el dormitorio en el que me desperté ni cómo llegué hasta allí.

Estaba sola y eso me tranquilizó. Nunca fui de acostarme con un desconocido de una noche. Esas cosas me generan mucha incertidumbre.

Enseguida caí en la cuenta de lo que pasó la noche anterior, esa que, si fuese un título de una peli sería "La noche en que todo cambió". Enzo vino a mi rescate y me ofreció hasta su cama. Cuánto me había equivocado en su día. Era un amigo de verdad, un chico que no actuaba por interés, ya que no le gustaban las mujeres.

Me desperecé y me di cuenta de que me había acostado vestida, aunque sin mis botines. Algo es algo…

Me levanté y me lo encontré en la cocina.

—Buenos días, Bella Durmiente.

—Buenos días, Daviz Muñoz, que estás hecho un chef.

—Solo preparo unas tostadas…

—Pues huelen que alimentan.

—¿Sí? Pasa al baño si te apetece y voy poniendo la mesa en la terraza.

—¿Tienes terraza?

—Sí, una pequeñita, ahora la verás.

Cuando salí del baño ya había puesto la mesa, muy cuca. Tenía algunas plantas en esa misma terraza que no era grande, pero sí una monada.

—Me sorprende lo bonita que tienes la casa —le comenté.

—¿Qué esperabas? ¿El típico picadero? No soy así.

—Ya lo veo, ya… Oye, tengo muy confuso todo lo que pasó anoche, porque entre el berrinche y una cosa y otra, para mí que debí decir alguna tontería. No me hagas caso.

—¿Respecto a qué? Si no te eché ni cuenta…

—Pues mejor —suspiré aliviada—. Oye, te debo una explicación…

—Solo quiero saber si estás bien. El resto concierne a tu familia y no tienes que contármelo, salvo que te apetezca.

—Te agradezco la discreción, porque no me apetece hablar de ello.

—En el fondo, siento alivio, pensé que podría haber hecho algo que te molestase…

—Porque he estado muy estúpida estos días, ¿a que sí? Puedes decirlo sin miedo, que no me ofende.

—No diría estúpida, aunque bien no estabas. ¿Qué pensamiento tienes?

—A mi casa no pienso volver, eso desde luego. Tendré que buscar algo.

—Date unos días, deja que la mente repose…

—Ni que fuese la masa de la pizza —le sonreí.

—En serio, no se deben tomar decisiones en caliente, y tú lo estás…

No lo sabía él bien. Y tampoco en el sentido en el que estaba caliente yo.

—Pero tampoco puedes estar durmiendo en el sofá. Te dolerá todo…

—No, te lo digo muy en serio. Prefiero que te quedes, no tomes decisiones precipitadas.

—Ya, no quiero causarte problemas… Además, que igual llama la Policía a tu puerta en algún momento —le sonreí.

—¿Y eso por qué?

—Porque mis padres deben estar buscándome. Y ya sabes, los delincuentes suelen estar en el círculo de sus víctimas en muchas ocasiones.

—¿Tú eres la víctima? No me lo creo…

—¿Lo eres tú? Ay, pobrecito él. Oye, están buenas las tostadas —le comenté mientras mordisqueaba una—. Y la mermelada, ¿de qué es?

—De higo.

—Anda, de higo… Hasta ahí estoy yo —solté riéndome.

—Me gusta verte reír.

—Gracias.

—Aunque lo que debo decirte igual no te hace ya tanta gracia.

—Ya empezamos. Suéltalo…

—Tus padres saben que estás conmigo.

—¿Han asomado el morro por aquí?

—No. Le escribí anoche a Sol y se lo comenté, para que se quedasen tranquilos.

—¿Y por qué hiciste eso?

—Porque, por muy enfadada que estés, siguen siendo tus padres. Y porque no me gustaría estar en su pellejo y no saber nada de ti.

—Ok, ok, qué tío más plasta… En el fondo has hecho bien. Capaces serían de ir a comisaría o al saber… Y todo para tratar de seguir jugando a la familia perfecta. No quiero hablar de ello.

—Y no tienes por qué hacerlo. Había pensado en acercarme hoy al mercado a comprar algo de pescado que hacer a la plancha, ¿te apetece?

—¿Ir al mercado a comprar?

—No me digas que eso no lo has hecho nunca.

—Bueno, cuando estudiaba fuera, había un supermercado cerca de la residencia universitaria que…

—No hablo del supermercado donde los niños pijos comprabais los caprichos, sino de un mercado de verdad.

—Yo es que los sábados los he dedicado más a ir de *shopping*, la verdad.

—Ya, a que la tarjeta echase humo.

—Por cierto, ¿me la cargué anoche? Tengo un vago recuerdo…

—Sí, como si no la llevases también en el móvil…

—Anda, es verdad. Dime que el móvil no lo estrellé contra la pared.

—¿Tu último iPhone? No, lo puse a buen recaudo.

—Eres un cielo —le dije mientras me levantaba a darle un beso en la mejilla—. Ay, si no fueras tan… No sé qué te haría.

—¿Tan qué…?

—Tan cafre, tan cafre —disimulé porque no era plan de contarle cómo me enteré de que era gay, Cuando le apeteciese, que me lo contase.

Me marché con él al mercado. En contra de todo pronóstico, me encantó la experiencia. Además, los puestos estaban muy adornados y me llamó la atención especialmente la fruta, expuesta con sus llamativos colores. En

algunos de ellos contaban con una especie de vasitos de plástico en los que la vendían ya cortada. Cogí un par de ellos para degustar antes de volver a casa y me costó tela que me dejase pagarlos

—Es que estás en mi casa y no vas a pagar la comida.

—Ahora estamos en la calle… Aparte de que eso sería muy discutible. He ocupado tu cama, no es justo que ni siquiera compartamos los gastos de lo que me lleve a la boca…

Había sonado regular y su risilla así me lo indicó.

—Que no vas a pagar nada, Luna.

—Oye, que hablaba de la comida, ¿vale?

Capítulo 22



Puedes vivir en un lugar, incluso que hayas comprado, y no considerarlo tu casa. A mí no me había ocurrido nunca, pero cabe la posibilidad. Y luego puedes caer en uno durante unos días, como era el caso, y sentir que se trataba de tu hogar.

Aquel fin de semana el tiempo no acompañó a partir de la tarde del sábado, durante la que vimos pelis, jugamos al FIFA en la Play (lo hice de siempre con mi hermano) y pedimos pizza por la noche. El plan perfecto. Solo habría faltado que le gustase a Enzo y ya habría sido de diez, porque cuando por fin me fui a la cama, le eché de menos y mi mente fantaseó.

El domingo lo pasamos igualmente a base de planes caseros. Me sentía muy bien con ese chico que no solo me gustaba, sino que me había acogido en su hogar con el mismo gusto.

El lunes por la mañana, cada uno se dirigió en su coche al trabajo. Yo pasé a por Sol y a por Alba, a las que abracé.

Mi madre salió a la puerta de casa y, en cuanto la vi, arranqué, dejándola con la palabra en la boca.

Alba estaba atónita.

—¿Qué pasa, Luna? ¿Estás enfadada con la tía Estefanía? Me ha dicho que sí y he visto que te has llevado ropa y maquillaje.

—Sí, mi niña. He discutido con el tío y con la tía.

—Pero, ¿por qué? Es que no me cuentan nada.

—Ya te enterarás, Alba, no puedo decirte más. Los mayores a veces discutimos entre nosotros.

—Lo dices como si yo no fuera mayor. No me trates como a un bebé —me exigió.

—No, no lo pretendía…

—Pues yo no me he enfadado con la tía ni con el tío. Son muy buenos.

—Cariño, la gente puede ser muy buena y, aun así, tener sus diferencias con los demás —le explicó Sol, echándome una mano.

Cuando llegué a la clínica me esperaba Bruno, quien me pidió tomar un café conmigo antes que nada.

—Dime que no te mandan ellos.

—¿Mamá y papá? ¿Tengo yo pinta de correveidile?

—Supongo que no… Seguro que no te han explicado y me han dejado por una histérica y por una…

—Se han explicado perfectamente, Luna.

—No me lo creo. No creo que te hayan contado la verdad.

—¿Te dicen algo los nombres de Liz y de Gonzalo?

—Pues sí que te lo han contado. ¿Y tú qué vas a hacer? ¿Te largas ya mismo de casa?

—¿Yo? ¿Por qué?

—Qué pachorra la tuya, Bruno. Porque se han estado riendo de nosotros. Y, si no llego a descubrirlo, hubieran seguido.

—De mí no se ha reído nadie.

—¿Ah, no? Qué huevos tienes, hermano. Vas a la tuya y solo a la tuya. Las cosas no son así.

—Vaya, ¿y cómo son? Es su vida, Luna. Ellos no se meten en tu vida privada ni tampoco en la mía. Ni siquiera en la de Alba… Tampoco eres nadie para querer cortarles las alas.

—Lo que hay que oír, Bruno, ¡¡que están con otras personas!!

—Pues que lo disfruten… Entiendo que te duela porque siempre has sido de presumir de familia perfecta, pero no lo somos. ¡¡Ninguna lo es!! Espabila…

—¿Qué dices?

—¿Tú no has visto la peli esa de Belén Rueda y Coronado? La pija de ella parecía tener una vida idílica y las cosas se le torcieron, hermana, y ella tan contenta al final.

—Tú fumas porros igual que Jacobo.

—¿Qué dices de Jacobo?

—¿No lo sabes? Si es que no te enteras de nada. Menuda me la han formado. Hasta en terapia está…

—Si él no puede ni oler ninguna sustancia de ese tipo, por lo de su diagnóstico.

—Pues por eso estaba hecho un gallito de pelea. Creí que era su testosterona, igual que la tuya, que te sale por todos los poros. Pero no, había algo más.

—Fíjate que lo siento. Si lo hubiera sabido, me habría mostrado más paciente con él.

—Sí, sí, porque los huevos te llegan hasta el suelo, ya lo estoy viendo, así que también podías haberte mostrado más paciente con él. Eso no habría estado mal.

Sentí mucha rabia al ver que Bruno no se ponía de mi lado. En las cosas importantes de la vida siempre estuvimos de acuerdo y de pronto parecíamos emprender caminos separados.

Por si no hubiese tenido bastante, mi padre se coló en la clínica al final de la mañana. Y entró en mi despacho.

—Eso, encima de que te advertí que no quiero que los demás sepan todavía que soy tu hija… ¿Cómo se te ocurre?

—Me da igual, Luna.

—¿Hoy no soy Pelusa?

—No, porque para ti tampoco soy tu padre, al parecer.

—Y ahora viene el numerito victimita, ¿se puede saber qué he hecho que te ofendiese tanto?

—¿Ponerte al volante borracha?

—Paré enseguida, me di cuenta. No te aferres a eso para liármela, que a quien se le debería caer la cara de vergüenza es a ti… ¿Sabes que Alba te vio con tu pelirroja? En el baño, durante el descanso del baile…

—¿Alba me vio? ¿Por eso lo sabías?

—Sí, se ve que la señorita no podía esperar y se metió contigo.

—Fue un arrebato, ya lo siento.

—Vaya arrebatos, la pitopausia no te afecta, por lo que veo.

—Luna, no voy a consentirte que me hables así. Lo siento, pero te estás pasando de la raya.

—Me da igual… La habéis cagado, mamá y tú la habéis cagado. No teníais derecho a mentirnos.

—No es así. Simplemente no os contamos, por protegeros, hasta que tomásemos una decisión.

—Ya, por protegernos. Más bien será por vergüenza, si es que os queda algo de eso.

—¡¡Luna, ya está bien!!

—Eso digo yo, ¿por qué no te vas? Y tranquilo, que tu tarjeta no la vuelvo a tocar… De hecho, la he reventado.

—No te he pedido nada al respecto.

—Lo sé, es que no quiero nada tuyo. Y ahora, si no te importa, sal con disimulo.

Quien se quedó reventada tras la conversación fui yo. Soy mucho de tirar hacia delante, de sacar pecho, pero a la hora de la verdad tengo mis fisuras como cualquiera, no soy tan fuerte.

Capítulo 23



El jueves por la noche salí a tomar unas cañas con Enzo. Me había acompañado durante toda la semana. Ni siquiera fue a bailar el sábado anterior, y eso que Santi lo haría.

Me preguntaba qué relación habría entre ellos. Novios no debían ser, pues ya digo que ni siquiera habían quedado en todos esos días en los que Enzo hizo cuanto estuvo en su mano para que me sintiese mejor. Igual solo se enrollaban, eran follamigos…

Al volver a casa, me puso la mano por encima del hombro y me sonrió.

Habíamos salido a un bar cercano, así que fuimos paseando.

—Te lo voy a contar porque creo que ya ha llegado el momento.

—Haz lo que te apetezca, sin presiones.

—Ya, pero resulta que te vas a lesionar el cuello en el sofá y ni siquiera conoces el motivo.

No soy de airear los trapos sucios de la familia ni mucho menos. Pero con él sentía una complicidad increíble. Además, que Enzo no parecía un chafardero y que se merecía una explicación.

—Mis padres tienen relaciones con otras personas, cada uno por su lado, y me enteré de una manera fortuita. Prefiero no contarte cómo.

—¿Los dos se están engañando?

—No, no se engañan porque ambos lo saben.

—¿Tienen pareja abierta?

—No, tampoco es eso. Están en crisis y, antes de dar ningún paso, por lo visto han decidido tratar de experimentar.

—Y a ti te ha dolido.

—Mazo, porque son mis padres…

—Y los creías muy enamorados.

—Mucho. Se me ha caído la jodida venda, pero además de la peor manera.

—La primera vez que tuve conciencia de que mi padre engañaba a mi madre, contaba con siete años. Y me encontré el pastel en medio del salón. Mi madre había salido y yo jugaba en la calle con un amiguito. Me harté de llamar al telefonillo porque mi madre estaba trabajando y mi padre no me abría. Cuando un vecino salió, entré en el bloque. Llamé al timbre de nuestra puerta justo en el momento en que una vecina salía besuqueándose con mi padre.

—Ay, pobre, si no eras más que un crío…

—Pues sí. Y me lo callé, sufriéndolo. No lo hablé con mi madre hasta años después, cuando un día la vi desesperada. Sospechaba los motivos: mi padre la engañaba con unas y con otras.

—¿Y qué pasó?

—La relación ya estaba sentenciada. Para ella, que trató de protegerme siempre, fue determinante que yo lo supiera, que lo hubiera presenciado con mis infantiles ojos. Así que lo dejó, por fin.

—Pero si me dijiste que tu familia no tiene nada de particular.

—Y no lo tiene.

—¿Te parece poco? Ni siquiera mencionaste que tus padres estuviesen separados.

—¿Tú en qué mundo vives, Luna? ¿Sabes cuántos padres están separados en España? ¿Y en el resto del mundo?

—Pero los míos no…

—Los tuyos, al menos, han sido honestos entre ellos y no se han ido engañando por detrás. Con eso me hubiese conformado en su día. Creo que deberías echarte a un lado y no juzgarles. Mi padre se portó como un energúmeno y procuro que eso no me haga daño.

—¿Tú por qué tienes que ser tan juicioso?

—¿Y tú por qué tienes que ser tan caprichosa?

—Vale, lo soy… Pero en este caso es que, además, tengo razón.

—Claro que sí, ¿y cuándo no la tienes?

—A mí no me hagas cosquillas, que no respondo. Me ponen muy nerviosa…

—¿Sí? Pues corre…

Eché a correr a carcajadas y él detrás de mí, casi tropiezo con una señora que venía de frente con muy malas pulgas y que prácticamente blasfemó al verme correr hacia ella atropelladamente. Si no la arrollé, fue porque Enzo me cogió al vuelo.

En el aire, y con su apetitosa boca tan cerca de la mía, no pude evitar darle un pico. Enajenación mental transitoria deben llamarlo, porque sabiendo que sus gustos iban en otra dirección…

—Lo siento, lo siento, lo siento… no quería hacer eso —me excusé de inmediato.

—No pasa nada.

—Que sí, que sí, que ha sido una cagada, y que no he debido…

—Luna, que está todo bien, solo ha sido un piquito.

—Eso es, un piquito entre colegas porque te portas genial conmigo. De veras que no busco nada más.

—Tienes los cachetes que te van a explotar, tranquila.

—Vale, vale.

En cuanto llegué a su casa, me di una ducha y, en contra de lo que habíamos hecho otras veces, no me senté con él en el sofá.

Me llamó para que lo hiciera y ni caso, tan azorada como me encontraba por lo del piquito. Me acosté.

Fue ya por la mañana, antes de salir hacia la clínica, cuando le noté distinto.

¿De qué iba aquello? ¿No tenía derecho a irme a la cama a la hora que me viniese en gana? Pues tampoco le puse yo muy buena cara, para qué decir otra cosa.

Eso de que me quieran obligar a hacer cosas no va conmigo. Y si a Enzo le sentó tan mal que no le acompañase en su ratito de tele, que se comprase un mono.

Seguía yendo cada mañana a por Sol y a por Alba, con quienes también quedaba por las tardes. Mi prima me echaba mucho de menos en casa y, aunque me hubiese encantado que fuese de otra manera, no podía volver.

Tendría que irme planteando qué hacer porque igual era hora de comenzar a buscar un alquiler. Y más si Enzo comenzaba a ponerse quisquilloso con detalles como el de la noche anterior.

No éramos una pareja ni lo seríamos nunca. Por ese motivo, no tenía que cabrearse si me apetecía irme a la cama antes que él. Es que ni aunque fuese su pareja tenía derecho a hacer algo así.

Estaba rayada y con ganas de mandar a la mierda a alguien cuando vi avanzar a mi padre por un pasillo. ¿Otra vez allí? Esperaba que no me buscase a mí y esa tranquilidad sí que me quedó, porque mi puerta no la tocó en toda la mañana.

Capítulo 24



Al mediodía, salía para casa cuando noté miradas que no me encajaban. La gente posaba sus ojos en mí y cuchicheaban unos con otros.

Estuve por preguntarle a más que uno qué pasaba y entonces me encontré con Bruno.

—Te juro que no sé cómo se han enterado, pero está en boca de todos.

—¿A qué te refieres? Es que el personal me mira raro. ¿Saben que soy tu hermana y, por tanto, la hija de Gerardo Alvarado?

—Sí, eso también lo saben… Pero me refería a lo de que nuestros padres están como el culo entre ellos.

Una quemazón interna comenzó a asfixiarme. La única persona en toda la clínica, aparte de mi hermano y de mí, que sabía eso, era Enzo. Y justo ocurría al día siguiente de notarle así de rarito, mosqueada conmigo.

Soy impulsiva y, aparte, que estaba más claro que el agua. ¿Con qué clase de traicionero estaba compartiendo apartamento?

Irrumpí en su despacho perdiendo los estribos. Si hubiese echado espuma por la boca, no habría dado más miedo.

—Tú, ¿a ti qué cojones te pasa? —le pregunté de la peor manera.

—¿De qué me hablas, Luna?

—Lo sabes muy bien… Que te has ido de la lengua, reconócelo. Y no solo con lo mío, sino que te conté lo de mis padres en total confianza, y solo te ha faltado publicarlo en tus redes, hay que ser maldito.

—Luna, no tengo ni puta idea de qué me estás hablando.

—¡¡Que estás muy rarito desde anoche!! Y ahora esto… Manda huevos. Esto no se queda así, como Luna Alvarado que me llamo que no. Ya lo sabe

todo el mundo, ¿no? Pues les voy a dar un motivo para que digan que soy una enchufada, porque te vas a largar de esta clínica, te lo prometo.

—Luna, ¿qué dices?

—Lo que oyes, so hipócrita, que te conté lo de mis padres en confianza. Que hayas largado que soy hija de Gerardo Alvarado, malo, pero que encima…

—¡¡Luna ya!! ¡¡Jamás hubiera dicho nada de eso!!

—¿Lo vas a negar? Te jodió anoche que no me sentase contigo en el sofá, te lo noté al salir de la ducha. Se te descompuso la cara cuando te dije que me acostaba, ¿a ti qué te pasa? ¡¡Si encima eres gay!!

—¿Yo gay? ¿De qué me hablas?

—¿Eso también lo vas a negar? Que lo vio mi niña con sus propios ojos.

—¿De qué niña me hablas?

—De Alba… En el cuarto de baño, cuando te metiste con Santi, que le estabas limpiando el sable, cabronazo.

—¿Ya te has quedado a gusto?

—No, por supuesto que no. Te vas a acordar de mí, te prometo que…

No pude terminar de decirlo porque se vino hacia mí y me comió la boca. Como suena. Aunque lo que de verdad sonó fue el bofetón que se llevó.

—Y ahora, si quieres, vienes a por otro, ¿cómo se te ocurre?

—¿Y a ti? Lo que vio Alba… Madre mía, ¡¡que a Santi se le quedó pillada la cremallera del puto pantalón y no había manera!! A quien tengo ganas de besar, desde el primer día, es a ti.

—¿A mí? ¿Y por eso me pusiste la cara hasta los pies anoche? No entiendo nada…

—Anoche estaba contentísimo después de que me dieras el pico. Te disculpaste de inmediato y ahora entiendo el motivo, pero tu arrebato me mostró que te gusto, que no tienes que estar borracha para confesarlo…

—Ay, mi madre…

—No, la tuya no… La mía fue la que me llamó mientras estabas en la ducha y me comentó que se había notado un bultito en el pecho. Y qué quieres que te diga, hasta que no sepa si se trata de algo serio o no, pues sí, el rostro como que se me desencajó…

—Lo estoy flipando mucho, demasiado…

—Lo que ha pasado hoy debe tener otra explicación, porque te prometo que yo no le he contado nada a nadie. Y no solo porque me cortarías las pelotas, sino porque no se me ocurriría hacerte daño.

Comenzó a besarme y me faltaba el aire. En cada beso se me iba un suspiro. Y fue entonces cuando escuchamos que Alba llamaba a la puerta de mi despacho.

—Luna, abre… O no abras, te lo digo desde aquí fuera… Me vas a matar, es que me vas a matar…

—La voy a matar, sí. Espera, que ahora vuelvo y seguimos donde lo hemos dejado.

—Te acompaño mejor por si tengo que hacer de mediador. Creo que ya sabemos quién se ha ido de la lengua.

—Pero si Alba no sabe lo de mis padres.

—Pues a ver qué te cuenta…

Salí y me la encontré como cuando era peque y llegó a nuestra casa con diez años. Siempre que la liaba, daba graciosos saltitos porque decía hacerse pis de los nervios. Y ese día saltaba como si le hubiesen dado corriente.

—Alba, ¿qué ha pasado?

—Yo no empecé, fue Maribel, mi compañera.

—Empezar, ¿qué?

—Es que ella había subido a comentarle a una madre que su niño no paraba de llorar y que nos estaba volviendo locos. La madre vino con gripe y el peque también estaba destemplado.

—Vaya por Dios.

—Sí, y comenzó a decir que, mientras buscaba a la madre, vio al tío Gerardo con una pelirroja, que una celadora también los vio, que pasaban a un despacho y que ella le dio un besazo.

—Vaya liada…

—Yo le dije que no, que eso no podía ser, que solo eran amigos y que lo sabía porque los vi metidos a solas en un baño. Y entonces Maribel se rio y me dijo que era una ingenua. A mí me cabreó mucho y entonces le contesté que se lo iba a decir a mi prima. Y ella me contestó que ya podía coger el

teléfono. Y yo le aseguré que no me hacía falta llamar a nadie; que mi primera eras tú. Ella decía que no podías ser la hija del dueño y yo que sí…

La que se había armado era tremenda. No pude más que buscar a mi padre y lo encontré. Salía con la pelirroja de la sala de rayos X. Guardaba las formas con ella, aunque se le notaba que estaba muy enamorado.

—Tú ven aquí —le cogí por un brazo.

—Es tu hija, ¿no? —le preguntó ella.

—Mira qué lista… Normal, si debes serlo mucho. Tú sabías muy bien a quién te ligabas. A por un pobre no has ido… Tú a lo grande, a que te mantengan. ¿Le has puesto ya un piso, papá?

—Hija, calla, por lo que más quieras…

—No, no me callo. Esta fulana lo que busca es tu dinero, ¿o es que no te das cuenta?

—Discúlpate, Luna, por favor…

—Llamándome Luna otra vez. Mira, Liz, que sé que te llamas así—me dirigí a ella—. Mi padre solía llamarme Pelusa, pero eso fue en otro momento, antes de que le hicieras perder la cabeza por ti con malas artes, cuando todavía éramos una familia.

—Luna, por favor, yo no busco el dinero en tu padre.

—¿Tú qué vas a decir? Estaría bonito.

—Luna, para ya, por favor.

—Enzo, en esto no se te ocurra meterte, que no va contigo. Y da gracias de que no vaya. A ver, tú, lagarta —me dirigí de nuevo a ella.

—Luna, ¿recuerdas cuando compramos nuestra casa? —me preguntó mi padre.

—Sí, ¿qué pasa? ¿También se la quiere quedar esta o qué?

—No, ¿recuerdas que se la compramos a una promotora?

—Sí, que no sabía ni lo que era eso.

—Y yo te dije que, al frente de ella estaba un señor, igual que hoy dirijo mis clínicas, ¿cierto?

—Cierto.

—Pues Liz es la única heredera de ese señor, que se hizo con una fortuna millonaria.

—Y la perdió, claro, por eso ahora busca aprovecharse de ti.

—No, no la perdió. Liz se hizo con ella hace unos años, al fallecer su padre.

Quise que la tierra me tragase por ese comentario, aunque seguía sin entender qué les llevó allí.

—Vale, está forrada también, ¿y? ¿Tenías que presumir de novia aquí? ¿Para que la has traído?

—Porque se está haciendo unas pruebas rutinarias y he querido que fuera aquí, ¿tengo que pedirte permiso sobre quién puede o no venir a mi clínica?

—Pues al menos, ¡¡no deberías morrearte con ella!! ¡¡Que os han visto!!

—Eso ha sido cosa mía. No pude evitar besar a Gerardo antes. Lo siento, Luna, siento si te ha causado un daño, no era mi intención. Es lo único que lamento porque no estoy dispuesta a pedirte perdón por querer a tu padre —me dijo ella.

—Eso no es querer, es vicio.

—Te equivocas. Quiero a Gerardo y he derrochado paciencia esperando a que tomase una decisión. Nunca creí que haría eso con ningún hombre y mira, al final la vida te sorprende.

—Sí que te sorprende, sí…

—Luna, me voy a ir a vivir con Liz, por eso no he tenido inconveniente en traerla hoy aquí.

—¿Cómo has dicho, papá? Estás muy trastornado. Será rica, no te digo que no, pero también manipuladora. Mamá es quien siempre te ha querido. Lo de ese tipo no es más que una tontería para ella.

—¿No crees que eso se lo deberías preguntar?

—No, no. Lo que tenéis que hacer los dos es…

—Luna, nunca te he dicho lo que debes hacer con tu vida. Te he educado en libertad para enseñarte a elegir en esa misma libertad a la que yo tampoco voy a renunciar.

—Papá, no hablas en serio. No me puedo creer que hasta aquí haya llegado mi familia.

—No tiene por qué ser así. Es solo cuestión del enfoque —intervino ella.

—¿Tú eres psicóloga ahora o algo? Porque mi madre sí que lo es, ¿sabes? ¿Mi padre te lo ha contado?

—Sí, tu padre me ha hablado mucho de ella. No solo me ha contado eso, sino que también ha sido la mejor mujer que ha podido tener a su lado estos años.

Me sorprendió, y mucho, que le hablara de ella en esos términos dado que lo iban a dejar,

—Papá, pues si tú mismo lo reconoces, no hagas esa tontería. Proponle a mamá iros de viaje, los dos solos… Estoy segura de que podréis arreglar las cosas.

—Es que no hay nada que arreglar porque todo está bien entre nosotros, Luna. Tan solo falta pasión. Y cada uno la está buscando por su lado. Es hora de separarnos y de permitirnos una segunda y maravillosa oportunidad.

—¡¡Has perdido la cabeza!! —le chillé.

Me marché de allí pataleando y Enzo me siguió.

—¿Tú lo has escuchado? ¿Has escuchado lo que ha dicho?

—Sí, no querías que te mintiesen, Luna. Pues no lo van a hacer. Se separan, es el fin de una etapa para tu familia, pero no el fin de la vida. Esa mujer, Liz, me ha parecido muy juiciosa…

—Pero ¿tú de qué parte estás?

—Yo estoy de parte del amor.

—¿Del amor que tiene que ver con Cupido?

—Sí, sí, del angelote en pañales…

—Ese no rige, te lo digo yo.

—Tienes que calmarte. Te invito a tomar algo.

—No, no, a mí se me ha cerrado el estómago. Y tengo que llevar a las chicas a su casa.

—Se han ido ya. Sol se ha llevado a Alba y se han marchado con Bruno.

—Han hecho bien porque no soy buena compañía en este momento.

—Ni mala. Me gusta que te muestres sin filtros, tal como te sientes…

—No te funciona la cabeza a ti. No tienes ni idea de lo chocante que puedo llegar a ser cuando me rayo con algo. Y hoy estoy increíblemente rayada.

—Tú tampoco la tienes de lo persuasivo que puedo llegar a ser, ¿y si nos vamos y nos damos un homenaje tú y yo?

Comenzó a besarme y en cada uno de esos besos iba saliendo la ira de mí, como si se la llevase cual si fuera una chupona.

Cada uno había llegado hasta allí en su coche y me puse al volante del mío. De camino a su casa, iba pensando en que, desde el principio, mi especialidad era la de meter la pata con él, a quien le montaba unos pollos de categoría mientras que mostraba infinita paciencia conmigo. El ángel, aunque por fortuna sin pañales, parecía ser él.

Capítulo 25



Por fin había llegado el momento… Entramos en su casa absolutamente envueltos por la pasión. Sus labios se bebían a sorbos profundos los suspiros que salían de los míos.

En mi mente se repetía una y otra vez su nombre así como esas impresionantes ganas que tenía de él… Me derretía pensado en que íbamos a resolver esa tensión sexual que hasta ese momento había permanecido intacta, sin que ninguno de los diese un paso más… Hasta que llegó la hora de que fuese resuelta, de que el uno comenzase a probar el sabor del otro con la absoluta certeza de que ambos quedaríamos encadenados a dicho sabor.

Mi ropa voló por los aires antes incluso de que fuese consciente de ello y antes también de que mi turno para hacer lo mismo llegase, pues su juego de manos era increíblemente resuelto y avanzaba en ese sentido sin que apenas me diese tiempo a mover un dedo.

Con tantas veces como le había acusado de ser demasiado tranquilo para ciertas cosas, no podría decir lo mismo de él como amante, puesto que Enzo me estaba demostrado una parte tan absolutamente pasional que no podía sino estar azorada y sorprendida por esas artes que derrochaba en los juegos de cama.

Tan lubricada como estaba, con una humedad que ya rezumaba de mi interior, vi cómo esta se acrecentaba gracias a su traviesa lengua, dispuesta a explorarme tanto por fuera como por dentro.

Mis labios vaginales, perfectamente depilados, los sintió muy suaves al contacto con esa lengua que los lamía como si se tratase del más preciado

de los manjares; de uno que llevase mucho tiempo deseando probar.

Las palpitaciones de mi corazón iban subiendo de un modo tan súbito como desorbitado. Hasta la fecha nunca me había latido tan fuerte, si bien había de reconocer que el alboroto de mis sentidos era total y que mi sangre volaba por mis venas, más que transitar por ellas.

Mis manos apretaban con increíble fuerza sus brazos. Enzo estaba bueno, muy bueno… Sus musculosos brazos parecían haber sido creados precisamente para eso; para ser apretados por mí, que me aferraba a ellos temerosa de escurrirme y de que pudiese ponerse el punto final a ese placer inconmensurable que me estaba produciendo con una lengua que lograba que, al contacto con mi piel, saltaran chispas.

De mis labios vaginales, que habían sido lamidos de un modo brutal, erizando cada uno de los centímetros de mi piel, pasó a su interior, el cual encontró rosado, palpitante, impaciente…

Su lengua se enroscaba en mi clítoris y yo sentía como si miles de diminutas punzadas, a modo de descargas eléctricas placenteras, se dispersaran a lo largo de esa zona tan erógena y sensible que él puso a funcionar como si nunca, como si nada, como si nadie…

Su mirada reflejaba lujuria, la misma que debía salir de mis pupilas. Estaba tan entregada que tan solo podría seguir aferrándome a esos brazos suyos, fuertes como el acero mientras me imaginaba cómo sería ese otro miembro de su cuerpo tan erecto, rígido y duro que se dejaba adivinar por debajo de sus pantalones.

No llevaba cinturón en aquellos *jeans* a cuyo botón accedí. Enseguida liberé su cintura y con ambas manos, mientras él seguía entregado a regalarme el más impresionante de los placeres linguales, llegó hasta el suelo.

Nunca había presenciado una erección tan…. ¡¡Tan bestial!! Tuve que frotarme los ojos antes de echarle mano, como para asegurarme de que aquello que estaba ocurriendo era real y, además, estaba dirigido a mí.

Mis senos fueron los destinatarios de las siguientes caricias por su parte. Aún los tenía cubiertos por mi sujetador, que era la única prenda que me separaba de la total desnudez.

Mis braguitas brasileñas habían salido danzando con anterioridad y, a juzgar por el modo en el que las escuché crujir, dudaba que volvieran a servirme.

Obviamente no era esa mi preocupación. Es más, no había preocupación alguna en mi cabeza en una noche en la que solo la ocupaba la lujuria.

Eché mano a ese miembro suyo que encontré caliente y palpitante, aparte de extremadamente rígido, duro e hinchado por la evidente erección.

Comencé a masajearlo mientras esos últimos toques por parte de su lengua me confirmaron lo que ya tenía claro que me iba a pasar… No tardé ni un par de segundos más en explotar en su boca y a él se le dibujó la más morbosa y satisfecha de las sonrisas en su más que atractivo rostro.

Fue un orgasmo intenso, uno que además podría calificar de largo, como si hubiese llegado con la intención de perpetuarse mientras esa vez ya grité su nombre, pues debía liberarlo como para agradecer que me hubiese llevado a ese punto… A un punto de no retorno porque algo me decía que, tras aquella noche con Enzo, nada volvería a ser igual ni en mi sexo ni en mi vida.

Mis piernas le rodeaban y le atraían hacia mí. Podía crearme la ficción que deseara, incluso esa que me decía que yo también estaba al mando, que lo estábamos haciendo entre ambos… Sin embargo, la realidad me aclaraba que era él y solo él quien manejaba aquella nave cuyo destino no era otro que el de llevarme al abismo del placer.

Mis jadeos eran constantes y se enlazaban con un gemido por su parte en el momento en el que, sin poder más, me agaché y me fui introduciendo ese grueso miembro suyo en la boca.

Entre mis labios encontró un confort que le atrajo, entregado, hacia mi interior. No por eso estaba decidido a dejarse llevar y punto, no… Él quería hacerme partícipe de aquello, que recibiese el mismo placer que daba y para eso, mientras yo iba engullendo su lengua al compás de mis lamidas, sus manos se situaron sobre mis senos, los cuales liberó también del encierro de su sujetador.

Esas manos ardían igualmente al contacto con mi piel mientras mi lengua se iba enroscando en su miembro conforme este avanzaba posiciones

en mi boca. En el momento en el que hizo tope, seguí enroscándola en él y un bronco rugido salió de su interior.

Aquel falo, aquel miembro que estaba haciendo que mi boca hirviese con él dentro, se me antojó como el más delicioso de los manjares que fui engullendo con ansia. Primero me deleité con su glande, ese que parecía una punta de flecha… La misma flecha que atravesaba mi boca, igual que otras lanzadas por Enzo hicieron blanco en mi corazón.

Tras el glande, recorrí con ansia el tronco hasta llegar a la base, a esos testículos que igualmente masajeé. Para entonces, su lengua masajeaba también esos pezones míos… Unos pezones que, duros como auténticas piedras, no solo saboreaba, sino que mordía, causándome un placer difícil de describir. Y más cuando comenzó a tirar de ellos como si se tratase de la más placentera de las torturas, una que me colocó al borde de la fiebre.

La intensidad de las palpitaciones de su pene conforme lo iba degustando me hicieron ver que, de no parar, el alivio podría llegarle en mi boca, algo a lo que no estaba dispuesto, puesto que salió de ella sin previo aviso.

En ese instante, clavó sus dedos en mis caderas. Dada su corpulencia, me manejaba como si fuese una muñequita entre sus manos y eso me llevaba a enloquecer y no solo a repetir su nombre como si de un mantra se tratase, sino también a gritarlo.

Con un movimiento súbito y que rezumaba seguridad, me levantó y colocó su miembro en la puerta de mi vagina, a la que no llamó, sino en la que directamente se coló con su estoque preparado… Y no lo hizo de un modo suave, pues mis ojos y mis palabras no le pedían suavidad precisamente.

Enzo era consciente de que necesitaba que me demostrase hasta dónde podía llegar su virilidad y estaba más que decidido a complacerme.

De golpe, ya le tenía dentro de mí haciendo tope. Mi vagina tendía a cerrarse para acogerle con mayor intimidad y también para que sus movimientos en mi interior fueran acompañados de una fricción bestial que llevase a que saltaran nuevas chispas.

Entre gritos por mi parte, los cuales ya me resultaban absolutamente inevitables, su lengua de fuego se negaba a dejar de recorrer cada palmo de

mi erizada piel mientras sus estocadas iban en aumento.

Aferrada a su cuello, mis piernas envolvían su cintura y mis manos se iban también hacia esos abdominales suyos, perfectamente marcados, que incitaban a quedarte a vivir en ellos.

El dormitorio al completo ardía entre las llamas de la pasión al tiempo que su miembro chapoteaba en mi interior, sumergido en una lujuria en forma de lubricación en la cual, estoy segura, hubiera aceptado quedar atrapado para siempre.

No puede evitar que mis uñas dejaran en su piel el rastro de la pasión mientras que él seguía devorando mis labios con esos suyos, tan gruesos y aterciopelados que deseaba morder, si bien mis dientes no acertaban a atraparlos…

Era Enzo quien me tenía atrapada a mí. Y desde el comienzo. Eran sus manos, que comenzaron a darme las más sensuales de las nalgadas, unas que me pusieron en órbita mientras su lengua jugaba a poseer mi boca y mis senos, todo ello a la par de que su miembro me enseñara por qué, a partir de entonces, solo podría desearle a él.

Una estocada más por su parte y me corrí… Me corrí y entonces le empapé aún más, en mi interior, mientras me tumbó (en ese momento estaba de pie conmigo abrazada a él) para descubrir cuál era mi sabor.

Si antes me había derretido, creí que no podría recuperarme de aquellas lamidas que me recorrían en busca de un sabor que parecía seducirle al máximo por la forma en la que me miraba… por la forma en la que me decía que en ese sabor era también en el que deseaba quedarse a vivir.

A partir de ese instante, a partir de mi primera explosión, buscó más… Lo hizo con su lengua, con sus manos, con su miembro… Pero lo más importante de todo es que lo hizo también con su alma.

Cuando llegó el momento de que se desatara por completo y a él también le llegase la deseada explosión, ya había caído rendida a los encantos del amante, pero también del hombre que, con tanta generosidad, me lo había entregado todo en la cama, igual que fuera de ella.

Quizás fuese ese el regalo más preciado que me hiciese Enzo; el de empezar a apreciar las cosas. La caprichosilla que fui siempre creía tener

derecho a todo y sin más… Sé que puede sonar absurdo, pero cuando mi mundo se comenzó a derrumbar, cuando el destino me enseñó que podría ser al menos tan caprichoso como yo, fue cuando entendí que mi vida no sería perfecta, pero sí mejor, mucho mejor, con personas como Enzo a mi lado.

Eso me lo enseñó su mirada enamorada y también la forma en la que me abrazó tras hacerme el amor, pues eso fue lo que Enzo me hizo. Y yo me abracé a él con deseo y también con gratitud, una gratitud que estrenaba a su lado.

Capítulo 26



Arrancó así nuestra nueva vida. Fue el domingo por la noche cuando me lo pidió…

No habíamos hablado de nada al respecto. Él me dejaba a mi aire, tratando de que me fuese haciendo a la situación.

Me encontraba impresionantemente bien a su lado y en su casa. Sí, su apartamento nada tendría que ver con esa casa lujosísima en la que me había criado rodeada de todas las comodidades, pero era innegable que allí se encontraba él y que eso provocaba que fuese el único lugar en el que quisiera vivir.

Aquella noche estábamos en el sofá… Durante el día había llovido de un modo atronador, por lo que pasamos un maravilloso y casero día en el que estuvimos cocinando juntos, porque a su lado sentía ganas de hacer cosas que, a priori, nunca me habían atraído.

El día anterior también me lo pasé colocando algunas más de mis pertenencias en los armarios… Y digo algunas porque todas no nos cabían. Enzo se ofreció a recoger las que me quedaban en casa de mis padres y sus risas eran tremendas al tener que dar varios viajes.

—Dos coches completos y todavía quedan más por traer —me dijo.

—Gracias, gracias, gracias… Hay muchas que necesito y las echaba de menos.

—Por ver esa carita de felicidad, lo que haga falta, amor.

—¿Me has dicho amor?

—Sí, lo he dicho. Y amenazo con repetirlo… Muuuuchaaaasss veces.

—Pues sí que es una amenaza —reí.

Estaba encantada de la vida. No sabía muy bien cómo me iría a partir de entonces, si tendría que ir buscando piso o qué rumbo tomaría mi existencia. Lo único que tenía claro era que, con Enzo a mi lado, todo iría mejor.

Pues bien, como digo, la noche siguiente, la del domingo, ambos estábamos en el sofá y se avecinaba charla de las importantes. Se lo noté por la forma de mirarme, ya le iba conociendo.

—¿Y bien? —le pregunté entreabriendo los labios aun a riesgo de que comenzara a besarme y diéramos por finalizada la conversación. Incluso cabe la posibilidad de que lo hiciera para eso, inconscientemente.

—Pues bien… Hemos traído parte de tus cosas y…

—Has traído —le corregí—, y te doy las gracias por ello.

—No ha sido nada. Y lo cierto, como te digo, es que aquí no cabemos —rio.

—Ya, ya lo sé… Estoy ocupando tu espacio, tu mundo y hasta tu tiempo al completo. Te tengo de chico de los recados. Es que yo no quería ir por mi casa, que allí estaría mi madre y…

—Ese es otro tema que deberás afrontar. Tu madre te necesita, me dio el recado de que quiere verte.

—Y yo también quiero la familia que tenía y va a ser que no. Así que ya se puede ir olvidando de una feliz visita por parte de su hija, cuyos sentimientos le han importado un bledo.

—Qué obstinada eres…

—Sí, puedes decirlo: tengo la cabeza como una piedra. Es lo que hay. En resumidas cuentas, respecto a lo otro te digo que no te preocupes, que iré buscando piso, ¿vale? Entiendo que he invadido tu espacio y que no tenemos dónde meter cosas.

—Me parece correcto —me contestó.

No puedo decir que su respuesta me agradase del todo, pues igual esperaba otra de sus labios. No obstante, debía entender que aún era muy pronto para que se plantease una convivencia conmigo.

—Pues entonces, tranquilo, que esta misma semana iré a una inmobiliaria.

—Perfecto, debe tener al menos dos dormitorios y mucha luz, porfi, necesito un piso con mucha luz. Este la tiene. Y, a poder ser, una pequeña terracita también.

—Espera, pero si el piso es para mí…

—¿Para ti? ¿De qué me estás hablando, pequeña? Ya no te dejaré ir, te lo aseguro —mientras me lo decía entrelazó sus dedos con los míos.

—Es que creí que…

—¿Que te estaba echando? ¿Ese es el concepto que tienes de mí? Nunca, ¿Me oyes? Nunca te echaría de mi vida. Ya no la concibo sin ti.

—Entonces, ¿quieres que vivamos juntos?

—Si lo piensas, juntos ya vivimos. Y no puedo sentirme más contento por ello. Ahora solo nos falta encontrar un lugar mayor porque tú tienes ropa y zapatos para diez vidas, y aquí no cabemos. Tendríamos que convertir este salón en un vestidor…

—Eso es cierto, pero te encanta tu apartamento y lo tienes ideal.

—Sí, aunque no deja de ser un hogar de paso, porque es de alquiler. Ahora quiero crear uno nuevo contigo, a la medida de nuestras necesidades, un hogar que ambos sintamos como nuestro, aunque de momento también sea de alquiler.

—¿Estás seguro de que es eso lo que quieres?

—Estoy totalmente seguro, preciosa —me aclaró mientras me besaba.

Me lo había pedido; me había pedido formalmente que viviese con él. Y no podía sentirme más feliz. Para algunos sería una locura, por las prisas, pero el amor no entiende de plazos y, cuando el corazón te late tan fuerte con alguien como a mí me latía con Enzo, sabes que ahí es.

Esa noche volvimos de nuevo a la cama con renovada pasión. A ella había que sumarle una ilusión nueva. La tarde siguiente iría a la inmobiliaria a mirar pisos, claro que sí, pero no lo haría sola, sino que lo haría con él… En cuanto lo supe, en cuanto supe que su intención era la de convivir conmigo, hasta comencé a visualizar ese piso. La decoración me encantaba y ya me veía en él, poniéndolo a nuestro gusto.

Una mudanza… Se nos venía una mudanza con todo el jaleo que supone, pero también con la tremenda ilusión que le pondríamos a crear entre los dos un espacio común, a nuestra medida, al que llegar cada día tras

la jornada de trabajo… Un lugar en el que reír, en el que soñar, en el que vivir y en el que amarnos como lo veníamos haciendo hasta el momento. Porque eso haríamos; amarnos mucho.

Capítulo 27



La siguiente tarde ya estábamos en la inmobiliaria. Teníamos idea de que el nuevo piso se ubicase en la misma zona que el apartamento de Enzo, así que nos dirigimos a una situada allí.

—Los alquileres están por un ojo de la cara, pero vais a tener suerte —nos dijo Laura, la chica que nos atendió—. Justo esta mañana nos acaba de entrar un piso con tres dormitorios. Eso encarece el precio, pero no está desorbitado del todo y cuenta con muchas posibilidades.

Ya lo estaba viendo en mi cabecita. Queríamos al menos dos, pero si podían ser tres, haría un vestidor en el tercero.

Solo contaba con mi sueldo, sí, porque a mi padre no le pediría ni agua. Pero unido al de Enzo, la cifra era buena, de modo que me daría para mandarlo a hacer.

—Quiero verlo —le dije sin dudar.

Él me sonrió porque ni le había consultado. Ya me iba conociendo y, por lo visto, le gustaba también con mis fallos, que no eran pocos.

—Pues tengo las llaves, podemos ir ahora mismo.

Aún había luz natural y eso me complacía para poder comprobar sobre el terreno cuánta recibía.

Cuando llegamos al lugar, nos quedamos anonadados porque se trataba de un piso que estaba en el edificio de enfrente al del apartamento.

—Pero si está al ladito —le comenté.

—Es que cuando uno empieza a pensar en positivo, todo sale bien.

—¿Es bonito o no es bonito mi chico? —le pregunté a Laura, quien me contestó con una diplomática sonrisa. Por supuesto que lo era, por mucho

que ella prefiriese no mojarse, que hay mucha loca suelta y podría tratarse de una trampa, supuse que pensó.

No solo era bonito Enzo, sino también el piso.

—Lo que necesita, eso sí, es una manita de pintura porque los antiguos inquilinos se acaban de ir y no se la han dado. Miradlo como una ventaja: así podréis ponerlo del tono que lo deseéis. El casero no es muy exigente y, si no elegís tonos estridentes, podréis dejarlo tal cual esté el día que os vayáis.

—Tranquila, que de rosa fucsia no pienso pintar ninguna pared.

—Lo dice de un modo metafórico, porque esta pija, pintar, pintar, no cree que vaya a pintar ninguna. Hasta que yo se lo proponga —le comentó él.

—Hombre, una habla en primera persona, pero esas son cosas que se encargan, ¿no?

Enzo miró a Laura y ambos sonrieron.

—Bueno, yo solo he tenido un piso, en el que estoy, pero lo pinto junto con mi chica.

—Qué apañaditas las dos —repuse.

—Sí, sí, ni que necesitásemos a un hombre para eso. Y menos a un pintor de brocha gorda. Qué va, nosotras con nuestras manitas lo hacemos todo.

—Oye, y estos muebles que hay, ¿se los pueden llevar? Porque están regular y Enzo tiene unos monísimos, aparte de que podemos añadir otros. Aquí ya estoy viendo una vitrina.

Visualizaba y lo disfrutaba… Y él de verme así de decidida. Tan solo unas semanas atrás no me hubiera planteado ni borracha independizarme. Y de pronto lo estaba haciendo, ¡¡y con Enzo!!

A veces ocurren cosas increíbles en la vida. Y a mí me estaban sucediendo. El motivo que me llevó a aquella repentina decisión me seguía doliendo… Nunca esperé salir de casa de mis padres como lo había hecho, pero ya que se dio la circunstancia, al menos con él todo sería mucho más agradable que sola. E ilusionante porque andaba desbordada como consecuencia de esa ilusión que había llegado a mi vida, zarandeándola desde sus cimientos.

A todo esto, a Enzo le estaba viniendo muy bien compartir esa ilusión conmigo porque su madre se había sometido a una biopsia y estábamos esperando el resultado. Y tener la mente distraída era lo mejor para ello.

La mujer, María, era un encanto. La había conocido el día que vino a la clínica. Charlaba muchísimo, era para juntarla con mi prima Alba, y le dio un repaso a toda la genealogía de Enzo, contándome de dónde venía él.

Se la veía una de esas personas contentas de sus raíces y agradecida a la vida, aunque no tuviese suerte con el que fue su marido. Por cierto, que con ella se me dio una anécdota, ya que me hizo sentir celillos por primera vez. Y eso que no lo hizo de un modo premeditado, me consta.

Resultó que Enzo fue a darle el encuentro antes que yo y me comentó que me uniera a ellos un poco más tarde. Deseaba darle la sorpresa de presentarme, aunque en ese momento aún no le habíamos puesto etiqueta a lo nuestro.

Avanzaba hacia ellos cuando María, que así se llama, de la forma más ingenua, le comentó que Lola había vuelto a Madrid.

Ya estaba casi al lado y vi cómo las mejillas se le teñían de rojo y trataba de parar la conversación.

—Mira, mamá, te presento a la chica más guapa de toda la clínica —le dijo.

Ella, que debía conocer muy bien a su hijo y que observó el entusiasmo con el que se lo dijo, guardó silencio al respecto, si bien yo le pregunté en cuanto se marchó por la tal Lola.

—¿No me digas que te has puesto celosa? —me preguntó.

—Y tú, ¿no me digas que te has puesto colorado?

—No quiero tonterías entre nosotros, Luna. Lola es mi antigua novia, mantuvimos una relación de unos años durante la carrera y luego se marchó a Oviedo. Parece ser que ha vuelto ahora, pero si mi madre no me lo dice ni me entero. De vez en cuando habla con su madre, Paz, pues se hicieron amigas en aquellos años.

—Vale, vale, ¿y tú tienes relación con ella? Con Lola, digo.

—Ya te he dicho que no, porque no quedamos demasiado bien. Lola me engañó con otro, pero no quise indisponer a nadie contra ella. Alegué que ya no nos queríamos y lo dejé pasar… No soy de hablar mal de la gente.

—O sea, que tu madre no sabe que te engañó.

—Ni siquiera la suya lo sabe.

—Eres demasiado bueno, Enzo…

—El daño ya estaba hecho. ¿Para qué ir a hacer más sangre?

—Otro no lo hubiera dudado.

—No soy otro. Soy el que soy, para bien y para mal.

—¿Y tú…?

—¿No creerás que me ha removido su vuelta? Con Lola corté para los restos, bonita.

—Vale, pues mejor así.

Y en esos términos acabó la conversación a la que dieron pie esos celillos, los primeros que sentí en mi vida. Ocurrió unos días antes de que me confirmase que era la chica con la que deseaba compartir la suya, pidiéndome que me fuese a vivir con él.

Capítulo 28



Ya teníamos las llaves del piso en la mano. Y unos días por delante para ponerlo a nuestro gusto.

Enzo me dejaba hacer en todo, si bien también participaba en la decoración, puesto que su buen gusto quedó demostrado en el apartamento. No obstante, yo llevaba la voz cantante porque soy así y porque él disfrutaba cediéndome ese papel.

Así, encargué el vestidor igual que algunos otros muebles para complementar. Lo que no esperaba fue que, aquel fin de semana, cuando estábamos terminando de tomar medidas, me dijera que me pusiera algo de ropa vieja y sacara del maletero de su coche los botes de pintura del tono marfil que habíamos escogido.

—Perdona, ¿cómo ropa vieja? Si yo no tengo de eso.

—Vale, qué ocurrencia la mía. Pues entonces, una que se pueda manchar.

—¿Manchar un poquito? ¿Como con un surco sudor y se echa a lavar?

—No, me temo que la ropa manchada de pintura queda inservible.

—Es una broma, ¿verdad? Ya he estado mirando para contactar con un pintor… Nos lo podemos permitir, palabra.

—Ya lo sé, pero hay cosas que uno debe experimentar en su vida, Luna. Satisfacen mucho, aunque solo sea por una vez.

—A mí, no, de verdad… A mí me satisface ir de compras, una buena mariscada, observar en la web un cambio de temporada de una de mis firmas favoritas…

—Hazme caso, te va a gustar…

Hasta un gorro de piscina me puse, horrorizada ante la posibilidad de que mi cuidada melena pudiese resultar teñida por el marfil de la pintura.

Él se moría de la risa cuando me vio aparecer con él.

—¿Qué pasa? ¿Estoy fea?

—Luna, tú no puedes estar fea ni con un traje extravehicular.

—¿Qué es eso?

—Con un traje EVA…

—¿Eva? El traje de Eva es un desnudo integral, qué cuco eres… Lo que pretendes es picarme para que me lo quite todo y echemos un pinchito aquí mismo. Accedo y luego llamamos a un pintor que se ocupe.

—No, EVA son las siglas en inglés del traje de astronauta.

—Mira qué puesto está él en todo. Como eres tan cerebrito, igual querías ser astronauta también de crío, ¿no?

—No, sabía que deseaba ser médico desde pequeñín. Y tú… tú estás guapísima también con ese gorrito.

—Sí, ideal de la muerte, a ver, dame la brocha y terminamos antes. Y me refiero a la de pintar, que me estás cabreando y la libido me la has tirado al suelo.

—No lo creo. Y no vamos a pintar con brocha, sino con rodillo…

—¿Con qué…?

En ese momento ni caía en lo que era un rodillo. Al sacar un par de las bolsas, recordé haberlos visto en las pelis o en casa, cuando venían a pintar. Pero cuando realmente me enteré fue cuando llevaba un rato dale que te pego…

—Me duelen los brazos. Mal empezamos, esto es maltrato…

—¿Y si ponemos música y una cervecita fresquita?

—Mejor, mucho mejor… Y si ya terminas tú solo, también…

Se reía con todo lo que le decía. Sé bien que si se empeñó en que lo hiciera con él fue con la intención de que me sintiera orgullosa. No nos llevó uno, sino los dos días…

De los techos, que fue lo más trabajoso por la postura, sí que se encargó en exclusividad. En cuanto a las paredes, lo hicimos a medias. Lo que también hicimos, en diversos momentos, fueron paradas tanto para comer y

beber, como para bailar y hasta para comenzar a estrenar alguna estancia que ya estuviese pintada.

En aquel piso pensábamos derrochar mucha pasión y, como muestra, comenzamos a hacerlo ya en aquel primer fin de semana en el que trabajamos y nos divertimos a partes iguales.

El domingo por la noche estaba tan rendida como contenta. Él tenía razón en que me encantó el resultado.

Descansábamos en el apartamento, que ya dejaríamos libre en unos días, dándonos una ducha reparadora. Tras ella, llegó un masaje de pies por su parte que comenzó resultándome de lo más reconfortante, si bien se tornó muy pronto en erótico.

Pusimos con un gran polvo el cierre dorado a un fin de semana que, pese a mis reticenticas iniciales, disfruté muchísimo a su lado. Había de reconocer que todo lo que Enzo me proponía me terminaba resultando de lo más gratificante.

El siguiente fin de semana, cuando el nuevo piso ya estuviese ventilado, nos harían la mudanza y nos trasladaríamos a él. Quedaban por delante unos días agitados hasta que todo volviera a la normalidad, si bien la ilusión que sentíamos le restaba estrés a la situación.

Mientras, aprovechábamos cada minuto libre para hacer el amor. El frenesí se desataba entre ambos cada vez que teníamos ocasión, dando rienda suelta a esa pasión desbordante que sentíamos 24/7.

Una parte de mi vida me estaba haciendo de lo más feliz. La otra estaba en pausa, no queriendo pensar en los desagradables acontecimientos familiares que me envolvían.

Me di cuenta en aquellos días de que no estaba acostumbrada a encarar ningún problema que tuviese que ver con mi familia y eso me dejaba fuera de combate, por lo que trataba de olvidarme de todo lo que no se circunscribiera a Enzo, a nuestro piso y a esa relación que me tenía en una nube.

Capítulo 29



Cuando más tranquila crees estar, llega la vida y te da un zasca de los buenos.

Ocurrió en la noche del miércoles. Los padres de Sol habían salido y ella me llamó horrorizada.

—Luna, tengo miedo, estoy aterrorizada y encerrada en mi dormitorio.

—¿Qué dices, cariño? ¿Qué te pasa?

—Que mis padres han salido y Jacobo está como loco.

—¿Como loco? ¿A qué te refieres?

—Para mí que ha vuelto a fumar de eso y que, como lleva un tiempo sin hacerlo, se ha puesto hasta el culo. Le ha sentado fatal, Luna, ¡¡tengo miedo!!

Había puesto el manos libres para que Enzo lo escuchase también. Y él le habló.

—¿Se ha vuelto violento, Sol?

—Sí, a mí no me ha hecho nada, pero no para de romper cosas. No quiero llamar a la Policía porque será un escándalo, se lo llevarán y no sé qué hacer.

Mi amiga comenzó a llorar a moco tendido. El alma se me cayó a los pies y él me miró.

—Sol, vamos de inmediato. Quédate en tu dormitorio y no salgas.

Ya estábamos subidos en el coche y con la máxima de las preocupaciones en el rostro. Resultó que mi padre ya no vivía en mi casa y que Bruno había salido a cenar, por lo que ninguno de ellos pudo socorrerla.

Enzo y yo estuvimos de acuerdo en lo que le había sucedido a Jacobo. Él, que comenzó de nuevo a tomar su medicación, la mezcló con lo que fumó y sufrió un brote psicótico.

Tanto mi chico como yo, antes de hacer la especialidad, habíamos visto alguno en urgencias generales. También Sol, pero cuando te toca de una manera tan directa no sabes cómo actuar. Y menos si sientes miedo de terminar herida en el intento de tranquilizar a quien lo sufre.

Ese tipo de brotes psicóticos incluyen delirios y alucinaciones. La persona que los experimenta puede sentir que su integridad física está en juego, tratando de defenderse de un peligro que solo se encuentra en su perturbada mente. También cabe la posibilidad de que oiga voces que la inciten a llevar a cabo alguna verdadera locura, como hacer daño a quienes la rodean.

Fuera como fuese, y por lo que nos había descrito Sol, el panorama que nos encontraríamos no sería bonito. En el momento en el que llegamos, Jacobo acaba de partir una ventana, lo que llamó la atención de mi madre, de Alba y de mi abuela, quien también salió despavorida de su casa.

Ya he comentado en alguna ocasión que mi abuela era todo un personaje y se presentó armada con una pistola, la cual vi nada más bajar del coche.

—Por el amor del cielo, abuela, ¿eso qué es? —le pregunté.

—Es más falsa que Judas, de esas de *paintball*, Luna, pero de lejos no se nota…

—Por favor, guarda eso antes de que los ánimos se caldeen más.

—Es que han asaltado la casa de Sol, acaban de partir una ventana y…

—Ha sido desde dentro, abuela. Es Jacobo, que no está bien.

—¿Jacobo? ¿Qué le pasa? —quien formuló la pregunta fue mi madre.

—Alba, dile que no me hablo con ella.

—Díselo tú, que estás a su lado.

A todo esto, Enzo se fue hacia la ventana rota, en el piso de abajo, y se encontró allí con la escena de que a Jacobo le estaba sangrando el brazo.

Sol miró por la ventana de su dormitorio, en el piso superior, y le indiqué que Enzo iba avanzando, con gestos.

—¡¡Va más chulo que un ocho!! —le gritó Alba, en su total inocencia, aunque muy asustada.

—¿Quién? ¿Quién viene? —preguntaba Jacobo, fuera de sí.

—Tranquilo, por favor. Tú no me conoces, pero soy Enzo, el novio de Luna, de tu vecina Luna.

—¡¡Luna no tiene novio!!

—Sí, sí que lo tengo. Soy yo, Jacobo —le dije asomándome por la ventana.

—No, Luna, este no es tu novio. Seguro que es un agente del CNI al que has traído para que me espíe.

—¿Eso cómo va a ser, Jacobo? No hay ningún motivo para que nadie te espíe por nada.

—Eso les digo yo a las voces, pero insisten en que sí, en que me quieren llevar para interrogarme… Y no lo voy a permitir.

A todo esto, ya habíamos llamado a una ambulancia porque la situación se estaba tornando muy peligrosa. De hecho, Jacobo salió corriendo y volvió hacia la ventana con un cuchillo, amenazando con quitarle la vida a Enzo.

El peligro no era solo ese sino que, si su delirio iba a más, también terminase por hacérselo él mismo.

Me retiré de la ventana y le envié un WhatsApp a Sol para que bajase y saliese por la puerta de la cocina hasta el patio trasero, de modo que diese la vuelta a la casa y llegase hasta nosotros con la llave.

Mi amiga lo hizo con la mayor celeridad porque el asunto se estaba tornando horrible y, ni corto ni perezoso, Enzo abrió la cerradura con sigilo mientras que nosotras nos dedicamos a distraer a Jacobo.

—¿Y tú de dónde vienes? ¿Te han enviado también a espiarme? —le preguntaba él a Sol mientras que amenazaba con autolesionarse, pues en ese momento dirigió el cuchillo hacia su cuerpo.

Nunca había apretado tanto los dientes como lo hice en aquel día en el que sufrí lo más grande, en el que me invadió un miedo que hasta entonces jamás experimenté.

Enzo logró hacerse con Jacobo desde atrás mientras que este soltó el cuchillo. Aterrorizado, y sin saber cuáles eran sus intenciones al inmovilizarlo, lo que hizo fue darle un impresionante bocado en el brazo,

uno que, de habérmelo dado a mí, hubiese soltado un tremendo alarido, y que mi novio soportó con estoicismo.

Aun a riesgo de que pudiera volver a agredirlo en el suelo, lo redujo. Jacobo estaba hecho un salvaje total y el peligro era inminente mientras que Enzo trataba de evitar males mayores. Y lo mejor fue que lo logró. Cuando llegaron los sanitarios y le administraron un calmante, pudimos respirar más tranquilos.

La situación se había vuelto muy complicada en casa de mi amiga y me daba mucha lástima.

Al salir, acababa de llegar también mi hermano Bruno, y Alba se abrazó a él. Mi niña lo había pasado fatal, y eso que la abuela y mi madre trataron de apartarla de allí varias veces, pero con nulo resultado.

Ya nos íbamos con Sol hacia el hospital, detrás de la ambulancia, cuando mi madre me tomó por la muñeca.

—Tenemos que hablar, cariño —me pidió a modo de ruego.

—No pienso hablar nada contigo, mamá, lo siento mucho. La vía de negociación está muerta.

—No me digas eso, Luna, te lo ruego.

—No quiero saber nada de vosotros.

—Tu padre también está muy afectado con todo lo que está sucediendo, hija.

—Pues para estar tan afectado no para de pasearse con su pelirroja por todas partes. Hasta en la clínica, donde los vieron morreándose.

—Estoy al tanto de todo, Luna.

—¿Estás al tanto y ni te inmutas? De verdad que me parece que habéis perdido la cabeza, los dos.

—Luna, hija, escúchame. Nosotros nos vamos a separar, es lógico que siga con su vida…

—Lo habéis hecho todo fatal, no me hables de lógica, hazme el favor.

Capítulo 30



Al día siguiente, recibimos una buena noticia.

La noche había sido toledana. Jacobo se quedó ingresado y a Enzo tuvieron que atenderle en enfermería a consecuencia del mordisco que recibió por parte de la mandíbula de ese chico que no estaba en sus cabales cuando lo hizo.

Lo mejor, a media mañana, llegó de la mano de los resultados de las pruebas de la madre de Enzo; el bulto era benigno y no había nada que temer.

El alivio por esa parte fue total. Tanto que ese día almorzamos con ella y le contamos todos nuestros planes al respecto de la relación, invitándola a que nos visitase en el piso cuando estuviésemos instalados.

Se la notaba muy contenta y Enzo descubrió en mi rostro cierta penilla, dado que echaba de menos poder compartir también algo así con los míos. Él ya me iba conociendo muy bien.

María era mujer buena y sencilla. Igual le chocaba un poco que una chica tan rica como yo (como le parecía) entrase a formar parte de su familia, aunque me esmeré en contarle que ya podría pasar por cualquier médica más de la clínica, puesto que las relaciones con mi familia estaban rotas.

—No digas eso, se te nota el cariño que les tienes y lo triste que eso te pone. Todo tiene solución en la vida, ya lo verás…

Yo no lo tenía nada de claro y ni siquiera quería pensar en ello. Todo lo que tuviera que ver con los míos me hacía daño. Estaba muy volcada en el tema del piso.

Llegó el fin de semana y con él, la mudanza. Por fin nos íbamos a vivir a un lugar en el que contásemos con más espacio. En el apartamento estábamos demasiado apretados.

Nos habíamos compenetrado a la perfección y el domingo ya lo teníamos todo colocado. Se trataba de la primera vez que contaba con mi propia casa y, además, con el aliciente de que la disfrutaría al lado de una pareja que me había conquistado por completo.

El piso era monísimo y contaba con una distribución excelente, ya que desde la entrada se accedía al hall, de donde se abrían tres puertas: una a la cocina, otra al salón comedor en dos niveles (muy amplio y totalmente independiente) y una tercera que daba paso a las zonas privadas, donde se encontraban los dos dormitorios simples (que compartían baño en el pasillo) y la zona tipo suite, compuesta por el dormitorio principal y su propio baño, de lo más coqueto.

La mayoría de las estancias tenían un buen tamaño y se veían inundadas por luz a raudales, que era lo que más nos importaba a ambos.

Aparte, del salón comedor se accedía a una terraza mayor que la del apartamento, donde también colocaríamos una mesa con sillas para disfrutar tanto en pareja como con nuestros amigos cuando los invitásemos.

En uno de los dormitorios simples, el que estaba más cerca al principal, fue donde situamos el vestidor, el cual dejaba toda la ropa y complementos a la vista, como siempre lo tuve. Una cucada que Enzo me dejó disfrutar a mí solita, dado que él colocó todas sus pertenencias en el gran armario empotrado que había en el dormitorio principal.

A la hora de la cena me encontraba serena y feliz, observando el resultado. Y él me tomó por detrás, acariciándome.

—¿Estás contenta, preciosa?

—Estoy contentísima —le comenté mientras me daba la vuelta y besaba sus labios.

—Me alegra, porque ese es el objetivo de mi vida, ¿lo sabes?

—Digamos que lo intuyo…

—Digamos que eres muy lista e intuyes muchas cosas tú…

—Puede ser, puede ser, no te digo que no.

—Yo sí que no te diré nunca que no a nada; a nada que te haga feliz. Te empiezo a querer tanto…

—Yo también te voy queriendo un poquillo —le vacilé.

—Un poquillo nada más, ¿no?

—Sí, eso es, solo un poquillo.

Ya me estaba tumbando en el sofá y sus manos se iban hacia esas partes íntimas mías que estaban deseando notar su varonil roce. Me encantaban sus dedos largos y fuertes, los cuales hacían verdaderas maravillas en mi interior.

La intimidad con él era brutal… la química que derrochábamos se dejaba sentir a cada momento y todo nos parecía pocos para disfrutarlos juntos.

Esa nueva etapa a su lado venía cargada de felicidad… Y felicidad era la que chispeaba en mis ojos y también en los suyos. El contacto visual entre ambos así me lo decía y no hacía más que intensificar esa felicidad.

Capítulo 31



En los siguientes días, Alba y Sol vinieron a ver el piso.

Enzo era de lo más cuidadoso en ese sentido (igual que en todos, salvo en la cama, donde le pedía que dejase su cuidado a un lado) y nos dejó a solas para que celebrásemos una merienda de chicas.

A las dos les gustó mucho el piso, pero, sobre todo, los detalles tan cucos como esos marcos con fotografías de ambos en distintos lugares y situaciones. No llevaba mucho tiempo con mi novio y sentía como si ya hubiésemos compartido millones de momentos.

—Ay, qué ganas tengo de verme en uno de estos con mi Ismael —decía Alba.

—Pronto, cariño. Tu trabajo va muy bien. Y ya verás cómo a Ismael también le apetece.

—Claro que sí, si los dos estamos de acuerdo. Nosotros no necesitamos tanto espacio porque hemos decidido que no queremos niños.

—¿Y eso por qué, Alba?

—Porque con trabajar y eso ya es bastante. Y con los niños que cuido a diario, pues me quito el gusanillo y luego se los entrego a sus padres, que los aguanten ellos. Que yo lo que quiero es viajar con Ismael, que para eso trabajamos los dos.

—Oye, que todavía no nos has comentado en qué trabaja tu novio.

—¿No? Es creador de contenido, así que tiene su propio canal, que está subiendo mucho. Y en nuestra casa necesitaremos una zona de *streaming*…

—¿Y eso qué es, cariño?

—Uff, una cosa complicada relacionada con… A ver si me acuerdo, que me lo aprendí de memoria para presumir de novio. Sí, es un tipo de tecnología multimedia para enviar contenidos de vídeo y de audio a un dispositivo que se conecta a Internet y que…

—A nosotras eso nos suena a chino, primita. Pero lo importante es, ¿tu novio gana dinerito con eso?

—Claro, cantidad. Así que pronto me iré a vivir con él.

—Se ve que a mí es a la única a la que Cupido ha dado de lado —nos comentó Sol—, pero mejor, la verdad, porque ahora tengo que centrarme en el zopenco de mi hermano y no estoy para ligues.

—¿Cómo va Jacobo?

—Le hemos ingresado en un centro de día, de esos de ayuda para las adicciones, y esperemos que funcione. A él ya sabíamos que estas historias podían hacerle especial daño.

—Sí, menos mal que todo quedó en un susto.

—Y menos mal que Enzo es un santo porque vaya mordisco que se llevó. Otro en su lugar habría pedido que le administrasen la vacuna de la rabia a mi hermano.

—Le hizo daño, sí…

—Oye, chicas, hablando de rabia.

—¿Qué pasa, cariño? —le pregunté a mi prima.

—Es que a mí me da un poco que yo no sé muchas cosas de… Ya me entendéis.

—¿De sexo, Alba?

—Eso, de sexo. Y claro, a lo mejor Ismael sí que sabe y me quedo cortada cuando llegue el momento porque nos vamos a ir un fin de semana a Sierra Nevada, me lo ha prometido.

—Si a ti no te gusta esquiar, Alba.

—Ni a él tampoco, pero hicimos eso de poner el dedo al azar sobre el mapa y nos tocó allí. Y como Granada es muy bonita, pues estupendo. La visitaremos también.

—Alba, ¿tú ya has hecho algo con él? —le pregunté para ponerme en situación.

—Sí, un montón de cosas.

—Pero eso no concuerda con lo que acabas de decir antes…

—Es que nos hemos dado un montón de besos, pero de ahí no hemos pasado.

Era tan inocente, que todo lo soltaba de un modo que sacaba la sonrisa. Mi niña no podía ser más linda y yo deseaba que fuese muy feliz con Ismael sí es que ese era el chico que le convenía.

—Pues a ver, Sol, ¿por dónde empezamos?

—Esto se avisa, guapitas de cara, que me hubiese traído un muñeco hinchable para explicarle mejor.

—¿Tú tienes uno de esos? Pues sí que estás desesperada. Si quieres, le pregunto a Ismael si tiene un amigo libre.

—Que no, cariño, digo que lo hubiera comprado, ¿cómo voy a tener yo eso?

—Y yo qué sé, a mí no me lieis, sé que las chicas tienen juguetes. Me lo han dicho mis amigas, que algunas los tienen. Y no son juguetes de niñas, sino de adultas, hay unos que son como penes, pero de plástico —nos comentó poniendo su mano delante de su boca.

—Eso es un consolador. Y nos vendría bien uno para explicarte —le comentó Sol.

—Pero no tenemos, así que vais a tener que esforzaros más.

—Sí que tenemos. Ahora traigo uno y te lo enseñamos, prima…

—¿Y tú para que quieres un pene de plástico teniendo a Enzo? Eso sí que no lo entiendo, ¿le pones los cuernos con el juguete?

—No, cariño, ya los tenía de antes y ahora me sirven también para jugar en pareja.

—¿En pareja? ¿Con los juguetes? Eso no lo sabía…

Esa tarde fue increíblemente instructiva, sobre todo para mi prima. Para Sol y para mí resultó un tanto surrealista, mientras le enseñábamos a colocar un condón y demás, todo con el consolador encima de la mesa.

Lo más desternillante del caso fue que Enzo llegó en ese preciso instante y mi prima se puso bizca y todo.

—Luna lo está haciendo porque Sol no sabe y le ha pedido ayuda —soltó por su mentirosilla boca y ambas estallamos en carcajadas.

Obvio que él comprendió la situación perfectamente y nos siguió el rollo.

—Esta Sol… A ver si te buscas un novio y practicas.

—Eso le he dicho yo, que está más verde que una pera y que mi prima y yo no se lo podemos estar enseñando siempre todo.

Tenía múltiples salidas Alba, quien era de lo más perspicaz. Sol resoplaba porque le había tocado a ella, qué se iba a hacer. Ambas se quedaron con nosotros a cenar. Me gustaba tenerlas allí y volver a experimentar esa sensación de estar con los míos que tanto echaba de menos tras la separación de mis padres, que ya era un hecho. Al menos poder reunir a parte de mi familia (Sol lo era para mí), a esa parte que no me había hecho ningún daño.

Capítulo 32



Se aproximaba mi cumpleaños y eso me hacía sufrir. El comienzo de la primavera siempre me resultó una fecha muy especial precisamente porque marcaba eso: que yo cumplía un añito más.

Salvo cuando estudié fuera, siempre lo celebré con mis padres y he de comentar al respecto que ellos tiraron la casa por la ventana, de modo que convirtieron cada una de mis vueltecitas al sol en todo un acontecimiento social y familiar.

Aquel año hubiera sido objeto de una especial celebración porque había que añadirle la alegría de mi vuelta a casa y la de que había comenzado a trabajar… Y, sin embargo, no habría tal celebración.

Mi padre apareció esa mañana por mi despacho con cara de circunstancias. Era obvio que no estaba contento con mi actitud. Ni que me importase, como si me faltasen motivos para censurar la suya.

—Buenos días, Luna —me comentó tras tocar con los nudillos en la puerta y yo darle permiso para pasar.

Antes de que abriese me figuré que se trataba de la mamá o del papá de algún paciente pequeñajo, pero no, era el mío propio, ese que puso la semillita para que yo llegase al mundo.

—Vaya, eres tú —murmuré incómoda.

—Yo también me alegro de verte, hija.

—No seas irónico conmigo, no te pega nada.

—Tampoco te pega a ti ser cruel conmigo y has descubierto un filón; se te da estupendamente.

—El cruel eres tú…

—¿Cruel contigo? ¿Bromeas? Te mantengo la tarjeta, sigues trabajando aquí y…

—La tarjeta la destrocé y no voy a pedir ningún duplicado. Ese dinerito te lo puedes ahorrar para caprichos de tu novia.

—Creí que te había quedado bien claro que mi novia no necesita que nadie le pague los caprichos.

—Luego reconoces que es tu novia.

—Se te da sensacional lo de voltear la tortilla. Menuda abogada que ha perdido el país.

—¿A qué has venido, papá? No me apetece hablar contigo, creí que eso también te había quedado claro.

—Luna, tu madre está sufriendo mucho con esta situación…

—¿Mi madre? ¿Y a ti qué te importa mi madre? Puedo soportar muchas cosas en la vida, pero la hipocresía es una de las que llevo peor.

—No soportas tantas, Luna, no tantas como crees.

—¿Me estás llamando blandengue?

—Estoy diciendo que no afrontas nuestra separación con madurez. Y sí, por mucho que te moleste, me afecta lo que piense tu madre, ¿me oyes? Te dije que la quería, que siempre le guardaré un gran cariño.

—Prometiste tantas cosas… También un día, ante un sacerdote, prometiste que estarías con ella hasta que la muerte os separase, y mira.

—¿Qué parte de que estamos mejor separados es la que no entiendes, hija?

—Ninguna, no quiero entender ninguna. No me interesa lo más mínimo tu discurso. ¿A qué más has venido?

—A decirte que tu madre y yo estaríamos encantados de celebrar tu cumpleaños en casa, como todos los años.

—¿En qué casa? Yo ya tengo una casa.

—Lo sé. Sé que vives con Enzo y me parece una maravillosa elección por tu parte. Ese chico ha demostrado tener la cabeza sobre los hombros desde el primer día.

—Más juicio que otros tiene, desde luego que sí.

—Tu madre y yo tenemos claro que nos gustaría que ciertas tradiciones no se pierdan, Luna. Y tus cumpleaños siempre han sido especialmente

alegres en casa, o al menos así lo recuerdo. ¿Qué te parece si lo organizamos, como estaba previsto, y acudimos todos?

—¿Todos? ¿También Liz y Gonzalo? ¿En qué momento mi madre y tú os volvisteis unos depravados?

—¿Unos depravados? Cielos, lo que hay que oír, Luna… Os criamos para que tuvieseis una mente abierta, ¿en qué hemos fallado contigo? Bruno y Alba aceptan la situación. Tu prima ya la conoce a la perfección y no ve ningún problema en ella.

—Desde su inocente perspectiva no existe, claro.

—¿Y desde la tuya? ¿Dónde está el problema, Luna?

—Está en que no os puedo ni ver. No sé cómo podéis hablar con tanta parsimonia del tema que más me duele. Me joroba cantidad. No lo entiendo, de verdad que no. Sal de mi despacho, por favor…

—Luna, no puedes echarme.

—Ya, porque eres el dueño de la clínica. Pues entonces, toma asiento, que en breve tendré pacientes que atender —le dije tratando de que esas lágrimas que pretendían salir de mis ojos no se escapasen.

—No lo digo por eso, sino porque soy tu padre, Luna, tu padre.

—Muy bien, ¿y ahora me vas a contar algo que no sepa? Ya me imaginaba que no, más de lo mismo. Papá, no me veréis el pelo en mi cumpleaños ni en el siguiente ni en el otro. El día que decidisteis romper nuestra familia, cortasteis también los lazos que nos unen.

—No lo puedes estar diciendo en serio, Luna.

—¿Observas alguna mueca graciosa en mi rostro? No, ¿verdad? Porque no la hay. Pues nada, que Dios reparta suerte. Más de uno la va a necesitar…

Se marchó viendo que estaba cerrada en banda por completo. En cuanto cerró la puerta, me eché a llorar. Esa coraza detrás de la que me escondía no era fuerte en absoluto, sino mucho más débil de lo que parecía. De hecho, parecía estar hecha de mantequilla que, al contacto con mi cuerpo que ardía de rabia, se derretía.

También me derretí yo un par de días después, cuando recibí el regalo de Enzo para el fin de semana de mi cumpleaños: un viaje a Estambul, un destino que me fascinaba y que estaba deseando conocer.

Nos las ingeniamos para poder sacar un par de días más y nos colamos allí cuatro. Su idea fue la mejor ya que yo no iba a dar mi brazo a torcer y, al menos, así estaría lejos de Madrid y, en cierto modo, del sufrimiento que me generaba el distanciamiento con mi familia.

Todos me felicitaron por mensaje, al decirles que estaba fuera. Los únicos que no abrí fueron los de mis padres. El de mi abuela Carmina dio mucho de sí, también he de decirlo. Primero me felicitaba por audio, aunque eso no le llevó más de unos segundos. El resto, hasta los casi diez minutos que duraba, se los pasó poniéndome de vuelta y media por mi manera de ver las cosas. Era una mujer para temer y, entre otras perlas, me soltó que ya le estaba tocando la moral más de la cuenta.

Capítulo 33



Viajamos a Estambul en la mañana del viernes y volveríamos el lunes por la noche.

El alojamiento fue realmente precioso. Enzo se había encargado de reservar y pagar todo como su regalo de cumpleaños que era. Me encantó su cercanía a la maravillosa Santa Sofía, la Mezquita Azul, cuyos alrededores estaban abarrotados de visitantes deseosos de descubrir con sus propios ojos tan emblemático lugar sagrado.

Recorrerlos con él de la mano era todo un lujo. Enzo se mostraba protector y dispuesto en todo momento a satisfacer hasta el más mínimo de mis deseos. Si el exterior de Santa Sofía invita a la contemplación y te atrapa por su belleza, ¿qué decir de su interior? En él me sentí atrapada en el más positivo de los sentidos… Sus 21.000 azulejos en tonos azules crean un efecto que hipnotiza y a ellos hay que sumar el espectáculo visual de las 250 vidrieras con incrustaciones de piedras de fabricación veneciana que la convierten igualmente en uno de los monumentos imperdibles de la capital.

Aparte de sus impresionantes monumentos, me quedé cautivada por las profundas historias y por las asombrosas leyendas turcas.

Conocida como “La ciudad de las siete colinas”, así se consideran a las altas ubicaciones que rodean el conocido como “Cuerno de Oro”.

Por cierto, que se me dio la circunstancia de que, para entrar en la Mezquita Azul, el código de vestimenta para las mujeres incluye, aparte de taparse rodillas y hombros, llevar el pelo cubierto con un pañuelo. Yo no portaba ninguno y, aunque puedes pedir alguno allí mismo, él decidió recorrer las calles en busca de uno. Lo eligió en rosa para mí, en

combinación con mi sobrecamisa y mis pantalones beige de “exploradora” como los llamaba graciosamente.

En cuanto me cubrí el pelo con el pañuelo, no paró de ensalzar mi belleza. Me abrumaba con tanto halago, siempre estaba pendiente de mí, todo le parecía poco para hacerme y decirme. No es porque fuese el mío, pero de veras que me daba la sensación de que se trataba del novio perfecto, de una persona que no me defraudaría jamás.

—Y ahora mira hacia el otro lado —me pedía mientras me disparaba con la cámara de su móvil.

—¿Cuántas fotos me has hecho ya?

—Pocas, todavía pocas…

Parecía coleccionarlas y tenía mano para la fotografía.

Realmente, me hizo un *book* con todas ellas. Me hacía sentir bellísima, como si fuese una modelo. Las comparaba, irradiaba felicidad.

Por la noche, después de habernos aseado en el hotel, ya nos habían comentado que la oferta turística nocturna era variada en la capital y, una vez arreglados, nos decidimos a comprobarlo por nosotros mismos.

Nadie se equivocó al respecto. Estambul es colorida, frenética y cosmopolita, y esa noche me esperaba una nueva sorpresa por su parte que me dejó con la baba caída.

Cuando llegamos a embarcar, me fui haciendo a la idea de que, dado que aún no habíamos cenado, aquel crucero con música por el Bósforo incluiría la ansiada cena.

Andar de un lado para otro por las ciudades que visitaba de siempre despertó mi apetito. Aquella noche me ocurrió y eso que debo reconocer que estaba en una de esas temporadas en las que el enamoramiento te lleva a no tener demasiado apetito. Hasta había perdido peso en las últimas semanas.

Me fascinó la vista desde aquel crucero nocturno por el Estrecho del Bósforo, el cual conecta Europa con Asia. Desde él, tuvimos la oportunidad de contemplar el Puente del Bósforo o el Palacio Beylerbeyi, entre otras maravillas.

Mientras, degustamos un rico menú tunecino que incluía aperitivos como el yogur espeso con ajo y eneldo, así como variedades de carne o

pescado debidamente condimentadas con las famosas especias que caracterizan la gastronomía turca.

A bordo de aquel crucero me sorprendió mi cumpleaños, que comenzaba a las doce de la noche. Sus labios besaban los míos y sus dedos se enroscaban en mi pelo, juguetones, mientras Enzo me deseaba el más feliz y especial de los cumpleaños.

Lo sería, porque todo a su lado lo era. Enzo tenía la habilidad de hacer de cada uno de mis días una ocasión especial. Y si había algo que festejar, no digamos más.

El resto del crucero se lo pasó abrazado a mí. La vista era espléndida y el juego de luces sobrecogedor, pero lo que realmente llenaba mi alma hasta hacerla rebosar de dicha eran esos besos y abrazos que me regaló durante todo el espléndido itinerario.

Se me hicieron cortas. Me refiero a sus horas de duración, las cuales se me pasaron volando. Me imaginaba que sucedería con aquellos cuatro días, que se me escurrirían entre las manos como si tratase de mantener líquido en ellas, escapándose entre las grietas de mis dedos. Era imposible que no me ocurriese así al lado de Enzo, quien estaba dando sentido a mi vida.

La locura que comencé de su mano, esa que llegó a mi vida de la forma más rocambolesca posible, se estaba tornando en lo más bonito de mi joven existencia, en una aventura que deseaba beberme sorbo a sorbo con él.

Si emocionantes eran nuestros días, no digamos ya nuestras noches. Y me imaginaba que allí, lejos de las obligaciones, las veladas de amor se prolongarían hasta altas horas de la madrugada.

Capítulo 34



No me equivoqué en mi percepción sobre esas noches en las que me invadió la más fogosa de las pasiones turcas.

Tras bajar del crucero, nos marchamos a nuestro alojamiento, donde nuevamente nos dimos una ducha.

Al salir de ella, me encontré a Enzo con tan solo una toalla enroscada en su cintura, cubriendo esas partes nobles que cabía la posibilidad de que no tardaran demasiado en evidenciarse bajo ella.

Sus manos ya estaban embadurnadas del aceite para masaje que pretendía darme en una camilla que hasta entonces no había visto y me dejó patidifusa.

—No, no es una ilusión óptica. He pedido si me podían subir una del spa mientras te duchabas…

—¿Y eso? No lo esperaba.

—Es que si lo esperases todo en la vida, perdería mucha gracia, ¿no opinas igual?

—Claro, claro que opino igual, por supuesto…

Estaba ruborizada por completo. Con Enzo siempre me pasaba; él iba siempre varios pasos por delante respecto a lo que pudiera pensar o a las expectativas que me hiciese de una determinada situación.

El olor a lavanda inundó de inmediato mis sentidos. Esa era la fragancia del aceite corporal con el que se había hecho.

—Lavanda, buena elección.

—¿Has dicho elección o erección? —bromeó.

—Espero que las dos cosas…

—Yo también lo espero; espero satisfacerte como te mereces.

Me hizo colocarme bocabajo en la camilla. El hueco para la cara me permitía sentirme más cómoda. Las propiedades calmantes de la lavanda fueron cumpliendo su papel tan pronto posó sus fuertes dedos en mí.

Se le daban genial los masajes. Hasta entonces, me había dado alguno en los pies, que ciertamente me resultó casi orgásmico, pero aún no conocía las bondades de sus manos masajeando el resto de mi cuerpo (salvo cuando estábamos haciéndolo y me acariciaban al completo).

En esa ocasión, había más sensualidad que sexualidad en sí, al tratarse de un masaje y no de un asalto de cama. No obstante, no sería creíble que aquello no acabase con él dentro de mí. El masaje era el preludio de una noche incendiaria, de una noche en la que era previsible que se encendieran fuegos artificiales sobre nuestra cama.

Sus dedos comenzaron a recorrerme y me estremecía de cabeza a pies. Su fuerza me ponía muchísimo y pronto noté cómo la humedad se desprendía de mi sexo para ir a empapar la sábana de papel que cubría la camilla.

Su idea había sido excelente, de diez. Cada poro de mi piel parecía dilatarse al contacto con esos dedos suyos que los iban abriendo. También mi boca se entreabría, involuntariamente, como si de ese modo fuese a ser atrapada por la suya para recibir los más sugerentes sus besos.

La forma en la que fue bajando hasta llegar a la parte alta de mi trasero me excitó al máximo. Y cuando posó esas grandes manos sobre mis nalgas, noté que la boca se me secaba y eché mano de una botella de agua fría que él mismo dejó a mi alcance.

—Y ahora, vuelve a tumbarte.

Su tono contenía prácticamente una orden. Nunca le hubiese visto en ese plan, no cuando le conocí, si bien Enzo me sorprendía cada vez más dentro y fuera de la cama.

Me tumbé y le dejé hacer. Sus manos amasaban mis nalgas y entonces, de nuevo se las embadurnó con el aceite. No imaginé lo que planeaba hacer hasta que uno de sus traviesos dedos comenzó a merodear por la entrada de mi trasero.

—Respira hondo —me pidió mientras me iba abriendo por ahí para él.

No lo esperaba y mi corazón comenzó a palpitar rápido, muy rápido. Tan rápido que noté que galopaba en mi interior. También comenzó a moverse con mayor celeridad ese dedo suyo que jugaba en mi interior. Y entonces, llamó a un segundo y a un tercero.

Mi experiencia anal era nula. Nunca me había sentido atraída por ese tipo de sexo y, cuando algún noviete me lo sugirió, pasé olímpicamente de ello. No obstante, la forma en la que los dedos de Enzo lograban ensanchar la entrada de esa cavidad provocaba que desaparecieran mis temores y aumentase mi curiosidad.

Le tomé por la muñeca, en uno de esos movimientos, e hice que se agachase. Él me ofreció su boca y se la devoré mientras seguía explorándome milímetro a milímetro, ensanchando no solo aquella compuerta trasera de mi cuerpo, sino también mis expectativas.

Me pidió entonces que metiese una de mis manos en busca de mi vulva. No lo esperaba. Lo hice sin vacilar. No en vano, yo misma me sorprendí al comprobar el nivel de excitación que había alcanzado cuando metí la mano en busca del clítoris y comprendí que Enzo sabía lo que hacía, al encontrarlo hinchado y tremendamente sensible.

Al poco, me hizo darme la vuelta. Entonces se lavó las manos y vino aplicándoles más aceite. Con él masajeó mis senos, incidiendo en mis pezones y en ello estaba cuando yo misma llamé a aquel primer orgasmo, con mis dedos arrugados por la lubricación.

En ese instante, como si mi vagina fuese una vasija, se agachó para beber de ella sin dejar en ningún momento de toquetear esos pezones, duros como piedras, que igualmente ardían al contacto con sus fuertes manos.

Me tomó entonces en sus brazos antes de llevarme a la cama. Comenzaba una noche en la que los tocamientos volverían a entrelazarse con las más profundas e intensas de las penetraciones, las cuales me harían gemir hasta límites insospechados por mí mientras que mi cuerpo serpenteaba sobre una cama que se había convertido en un templo del placer.

Cuando mucho rato después, dimos por terminada la sesión sexual nocturna, me abracé a su cuello, deseosa de otro tipo de caricias, esas ya más sutiles, que invitasen al sueño.

Me las dio porque parecía leer mi mente incluso en la penumbra de la noche, y así me dormí en sus brazos mientras un “te quiero” era depositado en ese oído mío que anhelaba escuchar ese tipo de frases que conectaban con lo que ya sentía hacia él.

Capítulo 35



El domingo por la noche, tras haber disfrutado hasta la extenuación de la capital turca, nos enfrentábamos a nuestra última noche allí.

Habíamos hecho turismo, reído, comido, bebido, paseado y, sobre todo, nos habíamos amado en aquel mágico lugar.

En la tarde del lunes volveríamos a Madrid, de modo que dado que la noche anterior habíamos disfrutado de un espectáculo nocturno de baile, de lo más animado, en esa última optamos por otro tipo de plan que nos seducía a ambos. Así, nos decantamos por visitar un baño turco de esos que tanta fama acumulan como forma de relajación.

El que nosotros escogimos era una verdadera preciosidad, de nombre Aga Hamami, el más antiguo de toda Estambul, considerado como el mejor de los baños turcos de Taksim. Consta de tres plantas y de un enorme tragaluz con redondos marcos. Gracias a él, obtiene luz solar desde que amanece hasta que anochece.

Una vez en él, no solo disfrutamos de sus baños, sino también de ese servicio adicional de masaje y exfoliación que nos brindaron y que no dudamos en contratar.

Gracias a todo ello, de allí salimos más que relajados y con muchísimas ganas de llegar al hotel y terminar entre ambos con ese festival de los sentidos que había comenzado en el relajante recinto acuático.

Esa noche, comprobé lo que era la verdadera pasión turca mientras que Enzo me hacía el amor desde atrás y yo atesoraba en mi retina las incomparables vistas a la ciudad, pegada a la cristalera de la terraza.

Sus embestidas eran feroces mientras sus manos y las mías se entrelazan. Yo le pedía más y más, y él… Él terminó por llevarme hasta la cama, donde me tumbó bocabajo.

En ese momento supe que una novedosa variedad se abría en nuestro repertorio sexual. Y no solo porque sacase un aceite dilatador con el que ensanchó otra vez la entrada de mi ano, sino porque esa vez me llevó él mismo al orgasmo mientras, al mismo tiempo, llevaba mi clítoris a la más placentera de las expresiones.

Me dio entonces la vuelta en la cama para que mirase hacia la terraza y volviera a obtener esas vistas sin igual al mismo tiempo que, por primera vez, su miembro me exploraba por esa cavidad que, hasta aquella noche, estuvo intacta.

Noté cómo mi piel se perlaba de una sutil capa de sudor y cómo mi corazón se desbocaba conforme sus dedos volvían a internarse en mí. Me contraje entera en el momento en el que noté que su glande sustituiría a esos dedos a la hora de avanzar en mi abrasador interior.

Me quemaba interiormente, me quemaba presa de esas llamas que salían de su cuerpo para prender la mecha en el mío. Y entonces noté cómo se colocaba y cómo me pedía que le avisara si algo iba mal.

Bien sabía él que no, que nada iría mal porque Enzo era extraordinariamente hábil en el sexo y sabía cómo hacer las cosas. Conforme avanzaba dentro de mí, conforme me iba dilatando analmente, con sus manos iba tratando de relajarme gracias a esos tocamientos en mis zonas más erógenas.

Me llevó al orgasmo, me llevó a desparramarme con él dentro mientras me poseía por la más oculta de mis cavidades corporales. Y mientras, seguía embistiéndome de esa forma que derrochaba fogosidad por cada poro de su encendida piel.

Esa última noche Estambul me supo a placer prohibido, a erotismo en su máximo nivel y a la más ardiente de las sugerencias.

Sería una noche para no olvidar, como todo lo que me había sucedido allí. Con una nueva y última visita al Gran Bazar, que realizaríamos por la mañana, daríamos por concluido nuestro primer y emocionante viaje en común.

Estambul había sido el inicio, el punto de partida de una serie de viajes que anhelaba hacer con él. A lo largo de mi corta vida, tuve la oportunidad de moverme mucho y de estudiar en el extranjero.

Las posibilidades económicas de mi familia me llevaron a disfrutar de una vida en la que no puedo negar que hubo cantidad de alicientes, eso desde luego, aunque ninguno como ese que me estaba proporcionando aquella ciudad en su compañía… Porque no era el lugar, y eso que el encanto de la capital turca es absolutamente indiscutible, sino que en mi caso era la compañía.

En Enzo había encontrado, y casi de la noche a la mañana, algo que nunca busqué porque no sabía que existiese: un hombre que me complementase a la perfección y que me demostrase que el amor era el más preciado de los bienes, sobre todo si te trata de un amor como el que Enzo me brindaba… Un amor que crecía en el día a día, un amor de esos que te acarician el corazón, un amor en el que alguien antepone a su pareja al resto… Un amor que no es egoísta, un amor que suma y nunca resta. En definitiva, un amor a la altura de mis caprichos, porque seguía siendo esa chica mimada con la él hacía gala de una santa paciencia.

Sus murmullos en mi oído era la melodía con la que deseaba dormirme cada noche. Y luego, tal y como le dijo Salva Reina a Kira Miró al recoger su Goya “ojalá despertar todas las mañanas contigo”.

Eso era a lo que yo aspiraba, no solo a despertar con él, sino a ser digna de su amor y que él también desease levantarse conmigo todas las mañanas, cada uno de los días de mi vida. Porque en Estambul, y a poco de comenzar a convivir con él, ya podía jurar que no había nada que me motivase tanto como pensar que Enzo y yo seguiríamos juntos en la senda de la vida.

En muy poco tiempo, mi mundo dio un giro de 180 grados… Un giro que comenzaba y terminaba en él, en el hombre que me estaba demostrando día a día que era el amor de su vida y que deseaba ser el de la mía.

Capítulo 36



El lunes volvimos a amanecer de lo más acaramelados. Estambul me fascinaba, pero la idea de despertarme en brazos de Enzo no lo hacía menos.

Notaba su cariño en todo momento, así como las muchas ganas que tenía de hacer de aquel viaje uno inolvidable. Y estaba a punto de conseguirlo, porque por muy acostumbrada que yo estuviese a viajar no cambiaría por nada aquellos días que pasé allí con él.

—Buenos días, preciosa —me dijo abriendo uno de sus ojos.

—No quiero volver a casa, todavía no…

—¿Y quién te ha dicho que tengamos que volver todavía, caprichosilla?

—¿No tenemos que hacerlo? —le pregunté poniendo los ojos como platos y sentándome en la cama de golpe.

—Todavía no… Hasta esta tarde —se burló.

—No quiero, no quiero…

—Creo que no habrá más remedio o el dueño de la clínica podría decidir nuestro despido.

—Ni me lo menciones…

—Algún día tendrás que dar tu brazo a torcer. Tus padres solo…

—Si quieres que lo nuestro prospere, me haces el favor y no digas ni mu.

Al pedírselo, puse mis dedos sobre sus labios y ya desaté a la fiera.

Enzo era todo pasión conmigo, así que comenzamos a rodar sobre la cama y terminamos por caer al suelo. Una vez allí, me cubrió con su propio

cuerpo y comenzó a besarme de un modo tan arrollador y envolvente que noté que el calor me invadía sin remedio.

Sus dedos ya avanzaban hacia mi zona íntima. Habíamos dormido desnudos, como siempre, por lo que no había ningún centímetro de tela que retirar… Solo estábamos él y yo. Ah, y también su floreciente erección.

Estaba más que acostumbrada a que Enzo me proporcionase placer en dosis muy, muy generosas. Y yo también deseaba trasmitirle mi entrega. Para ello, impedí que se incorporase. Mis dedos recorrían su torso hasta llegar a su miembro, el cual me esperaba tan rígido como candente.

No dudé en tomarlo y masajearlo mientras que pasaba la lengua por su escroto. La piel se le erizaba y sus jadeos incontenidos apuntaban en el mismo sentido.

—Lo haces de escándalo, Luna, lo haces de escándalo —murmuraba.

Me gustaba sentirle así de encendido, así de proclive a indicarme que yo también colmaba sus ansias sexuales, para lo cual me incliné sobre él.

Las manos de Enzo no sabían estarse quietas, por lo que ya alcanzaban mis senos, amasándolos y provocándome intensos jadeos a la vez. Aproveché uno de ellos para llevarme su miembro a la boca, introduciéndolo en mí y comenzando a paladearlo desde la base a la punta.

El verdadero escándalo era ver su atractivo rostro, contemplarlo mientras yo lo iba degustando como si fuese un pirulí. Ardiente, parecía derretirse en mi boca y mi lengua estaba por la labor de seguir encendiéndolo más y más.

Esa misma lengua traviesa se deslizaba por el tronco y luego, al llegar a la punta de su afilada flecha (esa que luego entraría en mí) comencé a darle toquecitos como semejantes a estocadas, mientras él volteaba los ojos y de su garganta salía un sugerente gruñido.

Me volvía loca llevarle a esos extremos, demostrarle cuánto podría tragar por él. En ese punto, ya comenzaba a succionar de su punta y él se agarraba, desde el suelo, a las sábanas que sobresalían del colchón. Fue tanto su énfasis que la sábana cayó y terminó por envolvernos. No me inmuté por ello, allí dentro parecíamos tener mayor intimidad incluso.

Mi garganta hacía maravillas, llevándole hasta su entrada y produciéndole un gran placer. Me costó alguna tos a la que él reaccionó

tratando de salir, evitando siempre dañarme.

"Ni lo sueñes" pensé. Estaba dispuesta a darle mucho y así lo hice. Seguí degustándole. Me había propuesto saborearle hasta el fin y, aunque sabía que él también deseaba penetrarme, antes haría de las mías, valiéndome de que en poco minutos sus soldaditos estarían de nuevo prestos para la batalla.

Así fue, pues a Enzo le sucedió en mi boca, tras lo cual apenas tomó un poco de aire y se vino arriba de nuevo… Su capacidad de reacción era asombrosa. Retiró la sábana y me puso directamente a cabalgar sobre él mientras, al mismo tiempo, disfrutábamos de aquella impresionante vista de Estambul que no nos resultaría tan fácil de olvidar.

Cabalgué sobre él insinuante. Notaba el efecto que producía en él, cómo la piel se le perlaba de sudor, cómo sus ojos y los míos no estaban en absoluto dispuestos a perder un contacto visual que nos daba vida.

Cuando por fin terminamos, caí sobre él. Le había saboreado en aquella mañana en la que, por otra parte, ya estábamos deseosos de desayunar.

Nos duchamos juntos y eso provocó que, pese al apetito que ambos teníamos, el desayuno tuviese que esperar. Era inevitable, nuestros cuerpos actuaban como un imán y aquel inicio tan ardiente de lo que estábamos viviendo nos llevaba a no querer separarnos ni un minuto el uno del otro.

El desayuno se llevó a cabo también entre miradas cómplices de lo más insinuantes. Enzo bromeaba con que en Estambul debían esparcir algún tipo de afrodisíaco cuando realmente éramos él y yo los que provocábamos ese efecto en el otro.

El equipaje lo dejamos preparado antes de salir de la habitación, depositándolo en la consigna. Queríamos disfrutar de nuestras últimas horas de turismo y yo sentía la extraña sensación de querer parar el tiempo. Se me hacía cuesta arriba enfrentarme a la vuelta a la realidad.

—Es que aquí me parece que estuviese como en una burbuja que no puede ser atravesada por los problemas.

—Bonita, que sepas que la única manera de solucionar los problemas es encararlos. No te valdrá de nada esquivarlos —me aconsejó.

Sabía que tenía razón, pero mientras no regresásemos a casa, me hacía la ilusión de que mi familia seguía intacta, de que nada había cambiado.

Capítulo 37



A menudo, tendemos a hacer una montaña de un grano de arena. Ahora que lo veo con la vista retrospectiva, lo tengo más claro. Y esa mañana recibí una lección al respecto.

Estábamos en el Gran Bazar. Quería elegir un regalo bonito tanto para Alba como para Sol, como recuerdo de mi viaje. Ellas me citarían en cuanto volviese para darme uno de cumpleaños. Y en ese momento las sorprendería.

—¿Qué te parece este conjunto de pendientes y gargantilla? —le decía a Enzo.

—Discreto y elegante, pero ¿para las dos el mismo?

—No, empanado —me burlé —, ¿no ves que el dibujo es distinto?

Había que fijarse un poco para darse cuenta. Aquellos bonitos conjuntos en plata vieja se diferenciaban, pero no a la vista de un despistado como él. O eso creía yo, que Enzo andaba un poco en babia.

Le decía al dueño que me los pusiera, los dos, cuando le vi abalanzarse sobre un crío que estaba allí y que debía tener siete u ocho años. Sin más, de pronto levantó su enorme mano con la intención de dejarla caer con fuerza sobre la criatura, que trataba de salir a la carrera, algo que impedía el bruto aquel quien con la otra mano ya le sujetaba por sus ropas, que se notaban muy pobres.

De no haber sido por la intervención de Enzo, le habría dado una buena zurra. Y yo seguía sin entender nada de lo que le hubiera pasado. De todos modos, la cosa estaba calentita y Enzo tuvo que enseñarle también los

puños para que el crío saliese corriendo, pues hasta ese momento no lo soltó.

No llegaron a las manos, pero la tensión se mascó en el ambiente. Los conjuntos se quedaron allí, no los compré después de aquello, por supuesto que no.

—¿Qué es lo que ha pasado ahí? No he entendido nada —le pregunté temblorosa.

—El crío estaba tratando de robar algo. Yo no le quitaba ojo de encima. Y ese tipo tampoco. Suerte que estábamos nosotros delante.

Sentí una gran pena al respecto, ¿por qué saldría a robar un crío de tan corta edad? Pues estaba claro que por necesidad.

Tanto Enzo como yo somos pediatras y eso hace que nuestra relación con los niños sea diaria. En nuestro país y en nuestra cultura, lo normal es que los críos crezcan entre algodones, hasta el punto de que más de un mocosillo un tanto consentido me había sacado ya de quicio en la consulta. Y luego, a poco que viajes a otros lugares, te encuentras con realidades muy distintas y crudas.

Un rato después, yo trataba de hacer un reseteo mental y de olvidar la lamentable escena, escogiendo un par de nuevos conjuntos para mis chicas, cuando vimos al mismo crío, que se acercaba con algo en la mano y que lo introducía en la bolsa que llevaba colgada en el brazo una mujer que parecía ser su madre, dada la complicidad entre ambos pero, sobre todo, el parecido físico.

Soy impulsiva, y por el bien del crío, me fui hacia ella. Supuse que alertarla sobre lo que hacía su hijo le costaría una reprimenda, pero que eso sería mucho mejor a que le volviesen a pescar tratando de birlar algo y tuviera que afrontar las consecuencias.

No es difícil entenderte en inglés en Estambul, así que lo intenté. Y lo conseguí, porque tan pronto como entré en contacto con ella, haciéndole ver que su pequeño actuaba como un ladronzuelo, su risa irónica me dejó bien claro que ya lo sabía.

—Vámonos de aquí, ¿no ves lo que está sucediendo? —me preguntó Enzo.

—Pero que es ella… Ella envía a robar al niño. Mírala, con la cara de pánfila que tiene.

—Ya lo veo. Esta sinvergüenza no tiene ni por dónde cogerla.

—Esto no se queda así, te lo prometo que no.

A mí me estaba subiendo hasta la fiebre del calor que sentía. A la mujer no se la veía nadar en oro, pero utilizar a su propio hijo para conseguir dinero me pareció uno de los actos más viles que se pueden cometer.

Por si aquello fuese poco, aún tuvimos que asistir al lamentable espectáculo de que se burlase de nosotros, diciéndonos que si no queríamos que el crío robase se lo mantuviésemos nosotros, a ese y a tres más que tenía.

No quiero dar una imagen de Estambul que no se corresponda con la realidad. Como turistas, nos habían tratado de un modo exquisito y nos llevábamos el mejor recuerdo. Además, nos sorprendió mucho el hecho de que bastantes de los comerciantes chapurreasen castellano, dados los muchos turistas de nuestro país que los visitan, pero aquel tipo que estuvo a punto de pegarle al crío, así como la madre de este, eran dos impresentables.

Antes de marcharnos de aquel lugar, lo pusimos en conocimiento de unos guardias que merodeaban por allí. En cuanto la mujer fue consciente de ello, cogió al niño y se fueron corriendo.

Me sentí más privilegiada que nunca por el sitio en el que había nacido. Y, si hacía de tripas corazón, también por los padres que me tocaron en suerte, que siempre me protegieron al máximo. Pese a ello, no se me pasaba el enorme disgusto que sentía y que me llevaba a no haber querido ni siquiera responder a las felicitaciones de cumpleaños que me dejaron en el móvil.

En el avión de vuelta, y sobre el hombro de Enzo, pensaba en todo y en nada, trataba de dejar la mente en blanco y me decía a mí misma que debía centrarme en mi trabajo y en mi relación, parcelas de las que estaba obteniendo las mayores satisfacciones.

Volver a casa con él, pese a los pensamientos que me atormentaban, fue una gozada y no podía imaginarme en mejor compañía. Enzo me conocía muy bien, tanto que a veces me sorprendía, dándome la sensación de que

llevásemos mucho más tiempo juntos. Y eso pese a que el ardiente momento que estábamos viviendo nos situaba en nuestros principios.

Capítulo 38



El martes por la mañana arrancó nuestra semana laboral. Había pasado de molestarme a encantarme esa sensación de que Enzo estuviese al otro lado de la pared, en el despacho contiguo.

A primera hora, se acercaron a saludarme tanto Alba como Sol. Las muy brujillas me hablaron enseguida de quedar esa tarde como si ni siquiera se hubiesen acordado de que no me habían entregado mi regalo de cumple. A Sol se le daba muy bien disimular, a Alba bastante peor. Ella era demasiado transparente e inocente, y la picardía no la conocía ni le interesaba conocerla.

Quedamos por la tarde para merendar y se marcharon. Y entonces irrumpió en mi puerta un matrimonio a voces. A la madre la conocía, se llamaba Paula y era la madre de una niña del mismo nombre. El padre se llamaba Simón, por lo que me dijo al presentarse, y venía hecho una furia.

Yo me sentía de la más confusa, porque lo curioso del caso era que no venían con la niña, sino ellos dos solos, y peleando.

—Es que no sé qué hacemos aquí, no lo sé —le decía ella, como compungida y asustada.

A él le veía con muchos bríos, con demasiados, así que le pedí que se calmase. No quería pensar que se tratase de un abuso de superioridad por su parte, de uno que no toleraría y mucho menos en mi presencia. Para algo vivimos en una sociedad donde nos han enseñado a pies juntillas dónde están los límites.

—Lo sabes muy bien, que estás muy loca. Y ahora se lo vas a contar todo a la pediatra —le contestó él de las peores maneras.

—Un momento, ¿qué está pasando? A su esposa no se le ocurra hablarse así, con esa violencia.

—No soy un hombre violento, créame, es que estoy desesperado. Si ya me lo estaba advirtiendo mi madre.

—¿Tu madre? ¿Y ella qué tiene que decir sobre esto? Me estáis coaccionado, lo hacéis entre tu familia y tú, ¿no te das cuenta?

—¿Por qué dices eso, Paula? Voy a llamar ahora mismo al de seguridad —le comenté.

—¡¡No se te ocurra hacerlo!! —me ordenó Simón agarrándome la mano.

Aún no me había dado tiempo a pestañear cuando ya tenía a mi novio en la puerta. Vi que venía con sendos cafés (supuse que uno era para mí) y debió escuchar los gritos desde el pasillo. Seguramente, de haber estado en su despacho, hasta habría acudido antes.

—¡¡Suéltala inmediatamente!! —le chilló mientras se abalanzaba sobre él y los cafés salían volando. Vi las tapas soltarse y suerte que no nos quemó el caliente contenido a ninguno.

—Lo siento, lo siento, no pretendía…

Enzo lo cogió por la pechera, encarándose con él.

—Pues para no pretenderlo, bien que la tenías agarrada. Llamo a seguridad de inmediato.

—Sí, por favor, y que se lo lleven —me pidió Paula.

—Eso es lo que te interesa, ¿verdad? Y que así no llegue a oídos de quien tiene que llegar lo que estás haciendo con la niña.

—¿A qué te refieres, Simón?

De pronto capté la desesperación en los ojos de un hombre que no me pareció un maltratador, sino alguien que tenía que soltar algo grave.

—A que es ella quien está enfermando a la niña, doctora, ¡¡ella!!

—¿Cómo puedes decir eso? ¡¡Te lo estás inventando!!

—¿A qué se refiere, Luna? —me preguntó Enzo.

—Tienen una hija de tres años que no levanta cabeza. Ordené unas pruebas el otro día porque ha sufrido dos neumonías en poco tiempo. Apuntábamos a problemas de…

—El único problema de mi Paula es esta loca —apuntó Simón—. Ella baña a la niña con agua fría cuando está malita. Me extrañaba mucho el

cambio de horarios, yo ya estaba con la mosca detrás de la oreja, doctora, porque había observado otras cosas. Y mi madre también.

—Son dos malditos mentirosos —me soltó Paula apretando los dientes.

—Aquí la única que miente eres tú. Me extrañó cuando me dijiste que a la niña no le estaba haciendo bien su baño al final de la tarde. Querías hacerlo cuando no estuviese en casa, cuando yo no pudiese verlo: por la mañana.

—¿Es eso verdad, Paula? ¿La bañas con agua fría?

—Qué va… qué va. Se lo está inventando todo, ¿cómo le voy a hacer eso a mi pequeñina? Si yo estoy loca con ella, Luna. Tú misma lo has visto, me encanta cuidarla.

—¡¡Esa es la única verdad!! Tiene tanto afán por hacer ver que la cuida como nadie, que es una súper madre, que ella misma la enferma para seguir poniéndose medallas. El otro día leí que eso existe, que es un síndrome…

—Sí, el de Munchausen por poder —murmuré.

—Ese, ese con el nombre tan raro. Pues ella lo tiene. Os juro que la he pillado. Hice como que me iba a trabajar esta mañana y esperé en la calle hasta que supuse que la bañaría. Paula había quedado un rato después con su madre y no sacaría a la cría sin bañar. Entré en casa y la sorprendí. Es un maltrato, no digáis que no, no podéis mirar para otro lado. La voy a denunciar…

—¿Es eso verdad, Paula?

—Bueno, hoy sí, solo hoy —murmuró atemorizada—, pero porque he tenido un problema con el calentador.

—El único problema que ella tiene está en su cabeza, os lo juro —nos decía él.

—Llama ahora mismo a la Policía —me indicó Enzo —. Y tú, Simón, vente conmigo, necesitas calmarte.

Paula cayó a plomo en la silla en ese instante.

—No soy una mala madre, a mí me gusta cuidar a mi Paula —repetía.

El día que decidí hacerme médico, supe que viviría momentos duros. Ese fue uno de ellos. Era obvio que la cabeza de Paula no funcionaba y que no supe detectar cuál era el origen del mal que acechaba a su hija. No hubiera sido fácil hacerlo. Su apariencia era la de una madre normal y

corriente que no dudaba en acudir a mi consulta con la niña cada vez que lo necesitaba. Lo que yo no sabía era que, además, lo disfrutaba.

Capítulo 39



El lunes siguiente, Alba llegó pletórica a trabajar.

—Chicas, chicas, tenemos que vernos para almorzar, ¿podéis? —nos preguntó súper entusiasmada.

—Sí, claro, se lo comentaré a Enzo.

—No, que es un almuerzo de chicas. Las tres solas —me advirtió.

—Claro, cielo. Me refiero a que le diré que no almorzamos juntos hoy.

—Ah, vale, porque tú vives con él ya. Eres una suertuda —me comentó mientras alzaba la ceja.

Toqué en su puerta y se lo comenté. Se estaba poniendo la bata blanca en ese momento. No podía parecerme más guapo con ella.

No tuve la precaución de cerrar la puerta, por lo que más molesta me sentí cuando le estaba besando y, al volverme, me encontré con que era mi padre quien acaba de entrar en su consulta.

—¿Se puede saber qué haces aquí? —le pregunté de malos modos.

—Pelusa, venía a hablar con Enzo, discúlpame. He debido llamar, pero vi la puerta abierta.

—¿Y eso de que vuelvas a llamarme Pelusa a qué viene? ¿Es por disimular delante de mi novio? Él está al tanto de la frialdad de nuestra relación, no te preocupes.

—Cariño, yo no pretendía…

—Tú no pretendías pero ya vuelves a la carga. Seguro que, como no puedes conmigo, ahora planeas comerle el tarro a él para que me convenza de vuestras bondades, de las de todos. Pues va a ser que no… Si has venido

para tratar de que se ponga de su parte has pinchado en hueso duro, porque él está en mi bando.

—Luna, es tu padre, no creo que sea una cuestión de bandos, ¿no te parece? —me preguntó mi novio con paciencia.

—¿Que no? Pues a mí me parece que sí. Y yo tengo muy claro en cuál estoy, ¿tú no? —arremetí contra él.

—No ha sido buena idea venir, lo último que quisiera es veros enfrentados a los dos por mi culpa —comentó mi padre antes de salir.

—Gerardo, no estoy de acuerdo. Pienso que es importante que os comuniquéis y…

—Gracias, Enzo, pero no puedo con más polémicas. Luna está intratable y no deseo causaros problemas. Que tengáis buen día…

—Eso, y tú también. Que tengas un día precioso con tu Liz —le dije con sorna.

Mis palabras le acompañaron hasta el pasillo, porque las pronuncié alto para que así fuera.

—Es hora de acabar con esto. Gerardo está demostrando mucha paciencia contigo —me recordó.

—No te metas en lo que no te llaman. Esto es una cuestión de mi familia —le contesté con malas pulgas.

—¿Y yo no soy nadie en tu vida? —me reprochó.

—No he querido decir eso, solo que si estás conmigo…

—¿No puedo escucharle a él? Lo siento, pero no cuentes para eso conmigo. Luna. Te quiero con todo mi corazón y no por eso pienso ser un títere en tus manos.

Me quedé perpleja porque no esperaba su respuesta. Sin duda, Enzo tenía mucha personalidad y no, no lo era. Tampoco es que buscase uno, no aposta al menos, aunque puede ser que mi caprichoso carácter, en el fondo, sí que lo hiciese.

No me sentí bien el resto del día. Desde que estuvimos en Estambul, comencé a ver ciertas cosas de otra manera, a valorar más lo que mi familia me había proporcionado, pero lejos de acercarme a sus miembros gracias a tomar conciencia de ello, me encontraba peor por haberla perdido.

No era dueña de mis actos. Mi corazón me pedía que corriese en busca de una reconciliación que mi cerebro no ordenaba cuando llegaba el momento y tenía a mi padre delante.

Supongo que esa fue la razón de que apareciese como un alma en pena por ese almuerzo y de que las chicas me lo notasen.

Alba nos había citado para contarnos que ese fin de semana se había estrenado con Ismael. Para ella, que estaba experimentado el mundo con una mayor calma que otras chicas, se trataba del gran notición de su vida. Y no estuve a la altura a la hora de escucharla.

—Luna, ¿tú no te alegras o qué? —me preguntó mientras que Sol trataba de hacerlo por las dos, para compensar la falta de atención por mi parte.

—Claro que sí, cariño. Por supuesto que me alegro. Simplemente es que…

—Es que apenas me estás escuchando de, otra manera, me hubieras reprendido por no usar protección, como he contado…

—¿Lo hiciste sin protección? —le contesté de inmediato, enfadada y alzando una ceja.

—¡¡Pues claro que la usé!! ¿Lo ves, Sol? Ha caído en la trampa, no me estaba escuchando.

—Qué cuca eres. Perdón, es cierto que estaba un poco distraída. Es que el tío Gerardo, a falta de poder hablar conmigo, esta mañana fue a buscar a Enzo. Y eso me parece ya el colmo del descaro. A él que lo deje en paz.

—El tío Gerardo es que no lo está pasando bien. Lo sé porque lo vi ayer cuando fue a hablar con la tía Estefanía. Ella le dio un abrazo y le dijo que siempre estaría a su lado, y luego lo besó.

—¿Lo besó? ¿Dónde?

—En el salón, en el salón de casa —me contestó con inocencia—. La abuela Carmina estaba por allí y me llevó a la cocina para darme chocolate. ¿Cree que no me doy cuenta cuando hace esas cosas? Fue para que no lo viera, porque estaban los dos muy juntitos. Y quería que los dejase solos.

—¿Muy juntitos? Pero no me has respondido, ¿dónde se besaban?

—Sí, sí, en el salón, ¿no solo estás distraída sino también sorda? ¿Esos son efectos secundarios del amor? Lo pregunto por prepararme.

—Lo que tu prima quiere saber es si tu tío le dio un beso de amor.

—Gracias, Sol —resoplé porque no estaba armada precisamente de paciencia en aquellos días.

—Ah, que si la besaba en los morros… Y yo qué sé, si ya os digo que la abuela me pescó y me sacó de allí. Estaban de espaldas, pero no paraban de decirse cosas bonitas, eso es cierto.

Capítulo 40



Durante unos días, no pude evitar montarme mi propia película. Era mucho de hacerlo.

Las palabras de Alba me sonaron a reconciliación por parte de mis padres y eso equivalía a música para mis oídos.

Me estaba costando mucho dar mi brazo a torcer. ¿Y si tenía razón y ellos debían estar juntos sí o sí? Yo no lo veía de otro modo. Y el hecho de que la abuela tirase de Alba y se la llevase de allí, dejándolos solos… Ella podía parecer que no contaba con mucho tacto, pero sabía cómo hacer las cosas.

Incluso llegué a hablarlo con Enzo y hasta me arrepentí de no haberle dado la oportunidad de hablar con mi padre, metiéndome por medio de las peores maneras. ¿Y si había ido a comentarle que mi madre y él se estaban dando una segunda oportunidad? El hecho de que volviese a llamarme Pelusa, de que no estuviera enfadado pese a que le traté fatal, indicaba que había un motivo de peso tras aquella visita.

No estaba siendo un día fácil. La Policía vino a hacer unas preguntas respecto al caso de la hija de Paula y Simón, y eso me puso de los nervios. Cautelarmente, la custodia de la niña la tenía su padre, quien parecía un buen hombre y con la cabeza en su sitio. Si aquel día actuó como lo hizo, fue porque le patinó la pinza debido al problema que traía entre manos. A cualquiera puede pasarle.

Cuando me dejaron a solas, me dispuse a seguir pasando consulta. Entonces llamaron a la puerta y, mientras la abrían, me fijé en ciertos datos

de la pantalla de mi ordenador. El sistema parecía estar desvariando, lo que me faltaba…

Alcé los ojos al escuchar aquella voz que me resultó conocida. Incrédula, me encontré con que Liz estaba delante de mí.

—Te largas, ¡¡ya!! —le chillé de inmediato, sin darle ni siquiera la oportunidad de explicarse.

—No, por favor, Luna. Tienes que escucharme.

—¿Yo a ti? ¿No estás bien de la azotea? Lo siento, pero esta no es la planta de Psiquiatría. De buena gana te llevaré hasta ella para que estudien qué clase de cortocircuito tienes en tu maldita cabeza.

—Luna, por favor. Sé que estás muy enfadada conmigo, pero es importante que me escuches.

—Ah, ya sé lo que te pasa… Tú estás cagada de miedo por el acercamiento de mis padres, ¿qué te creías? Estaba cantado que ellas iban a volver. Si no hubiese sido por el papanatas de Gonzalo y por ti, que no habéis tenido el más mínimo remordimiento a la hora de romper una familia, nada de esto hubiera ocurrido. Y ahora que las cosas comienzan a solucionarse, ¿buscas aliados? Pues anda que eres lista. Serás rica, pero de coeficiente intelectual vas cortita. Háztelo mirar, tía —me burlé.

—No sabes lo que dices. Si estoy aquí es porque amo a tu padre con todo mi corazón y porque él lo está pasando fatal.

—Pues si tan mal lo está pasando sin su mujer, no luches más y deja que las aguas vuelvan a su cauce. Su lugar está al lado de mi madre, ¡¡tira la toalla de una jodida vez!!

Hasta soez me estaba volviendo a consecuencia de aquella tipa que me ponía de los nervios. Y más que me iba a poner sin que lo sospechase aún.

—Lo siento, Luna, pero estás muy equivocada. No sé qué te habrá llevado a pensar que tu madre y tu padre…

—Lo sé de buena tinta, no te creas que me invento las cosas —la interrumpí—. Están en vías de reconciliación.

—Eso no es así, Luna —me llevó la contraria—. Si estoy aquí es porque sigo con tu padre, porque estamos mejor que nunca y porque él te necesita. Lo que he venido a contarte es que…

—¡¡Te largas ya!! —le advertí poniéndome de pie—. Es eso o llamo ahora mismo a seguridad, ¿me oyes?

—Luna, por favor. Eres tú quien debe oírme a mí…

—Me vas a encabritar todavía más, eres una tocapelotas de campeonato. ¿Te quieres ir ya o hago que te echen?

Aún no había salido de mi despacho cuando Enzo entró en él.

—¿Qué pasa aquí? —me preguntó.

—La tipa esta, que viene a que me ponga de su lado. Encima, es que me pinchan y no me sacan ni una gota de sangre.

—Liz, quizás no haya sido buena idea la de venir a buscar a Luna, compréndelo —le dijo dirigiéndose a ella.

—Mi novio es muy diplomático. Ha sido la peor idea del mundo, la más ridícula. Vete y por aquí no vuelvas.

—Enzo, a ver si tú puedes hacerla entrar en razón. Es importante…

—¿Qué es eso de tomarte tantas familiaridades con mi novio? —le pregunté mientras la retaba poniéndome de pie.

—Creo que será mejor que te marches, Liz —le pidió él con toda la educación viendo que yo estaba dispuesta a llevar aquel rifirrafe a niveles más altos.

—Eso, ¡¡márchate y no se te ocurra volver!! ¡¡Y deja a mi padre en paz de una buena vez!! ¡¡Es que hay que tener jeta!!

Bufé cuando se fue. Enzo me abrazó, en silencio, paciente y esperando que se me pasase la pataleta. Éramos muy distintos y, sin embargo, nos complementábamos a la perfección. Le quería a rabiar.

Pasé un día terrible. Me costaba digerir que Liz hubiese tenido los santos ovarios de plantarse en mi consulta. Ella, que para mí era el mismo demonio, solo que sin rabo.

Enzo, como siempre, estuvo súper pendiente de mí, tratando de calmarme. Hasta me preparó una infusión de tila antes de acostarme, ya que por la noche seguía alterada. Cuando me ofusco no soy fácil de calmar, y la visita de Liz me había sacado totalmente de mis casillas.

Solo deseaba que fuesen los últimos coletazos de aquella sinrazón y que pronto mi familia volviese a ser lo que siempre fue. ¿Era pedir tanto?

Capítulo 41



Las visitas se habían ido sucediendo en la clínica, unas visitas que me hicieron subirme por las paredes. No obstante, la de aquella mañana, al día siguiente de que se produjera la de Liz, sí que me dejó patidifusa.

—¿Abuela? ¿Qué estás haciendo aquí? —le pregunté.

—He venido a que me escuches, jovencita. Vas a cerrar el pico y no volverás a abrirlo hasta que haya terminado —me advirtió.

Si había alguien en el mundo que pudiese lograrlo, era ella. La respetaba muchísimo y no me hubiese atrevido a llevarle la contraria.

—Claro. Siéntate, por favor…

—Tengo entendido que tanto tu padre como Liz han pasado por aquí en los últimos días —comenzó.

—Sí, abuela. Resulta que…

—¿Qué hay de eso de que no abrirías el pico? —me recordó.

—Lo siento —me excusé guardando silencio.

—Luna, hija, ninguno de los dos vino por gusto. Sé que tu padre, ante la imposibilidad de hablar contigo, quiso hacerlo con Enzo. Está muy preocupado por ti.

—Pues por mí que no…

—Chitón, ¿me oyes? Que estoy hablando yo. Sabes que mi carácter es ácido a veces y más con los hombres. Desde que tu abuelo me hizo lo que me hizo no los he tenido en mucha estima y mi yerno ha pagado el pato más de una vez sin merecérselo. Gerardo es un buen hombre que siempre ha querido a mi hija. Y me consta que la sigue queriendo.

—¿Entonces es cierto que se van a reconciliar? —le pregunté entusiasmada.

—Ya se ha ido Alba de la lengua, ¿no? Pues no, no se van a reconciliar. Si estuvo en casa el otro día, si lloró abrazado a tu madre, si ella le prestó su apoyo…

—¿Mi padre lloró? —le pregunté consternada.

—Sí, porque está asustado. Todos lo estamos cuando nuestra salud flaquea, Luna.

—¿Hablas de papá? Pero si él está sano como una pera, ¿por qué dices eso?

—A Gerardo le practicaron una biopsia cuando estabas en Estambul, Luna —pronunció aquellas demoledoras palabras—. Tu padre quería que supieras que estaba a la espera de sus resultados. Como no se encontraba con ánimo para otro enfrentamiento, fue a buscar a Enzo. Solo pretendía que lo supieras por él y que tu novio te cuidase llegado el momento.

—¿El momento de qué? A papá no le va a pasar nada. Se hacen muchas biopsias todos los días con resultados muy alentadores. Seguro que se trata de una sospecha que no se confirma. Ya lo verás.

—Los resultados llegaron ayer, Luna. Y no es así. Por eso Liz se atrevió a venir a verte. Tu padre está asustado y ella quiso contártelo para que estuvieses al tanto y para que pudieses ayudarle.

—Por eso no parecía enfadado… Por eso volvió a llamarme Pelusa —murmuré atemorizada.

—Estamos muy unidos en esto, Luna. Todos lo estamos. Las únicas que estáis al margen sois Alba y tú. Por cierto, que ha llegado la hora de contárselo también a tu prima.

Sorbí por la nariz en ese instante, mientras la escuchaba. Imágenes de toda la vida, desde mi niñez, pasaron por mi cabeza a modo de flases. En cada una de ellas aparecía mi padre, el mejor que había tenido y ese al que no quise escuchar en ningún momento.

Necesité un rato para calmarme. No podía evitar llorar a moco tendido sobre la mesa de la consulta. Mi padre padecía un cáncer y yo solo pensaba en seguir jugando a las muñecas y en volver a presumir de familia unida y feliz.

El cáncer viene con apellido siempre y el que sufría mi padre era de próstata.

Junto con mi abuela, nos fuimos a hablar con Alba. Mi prima lidiaba con críos cuando nos vio aparecer y la cara se le emblanqueció.

—¿Has venido a echarle la bronca a la prima Luna por la que le lio ayer a Liz? Si ya sabes que ella es así, abuela.

—No, cariño, se trata de algo más grave.

—¿Me voy a quedar sin trabajo? Pero si esto va muy bien… Es cierto que el otro día una madre fue a dar quejas a dirección, pero porque era una tiquismiquis total. Esa que no vuelva por aquí —nos habló con las manos cruzadas delante del pecho.

—No, cariño, se trata de algo peor.

—¿Peor, Luna?

—Sí, Alba. Tenemos que hablar contigo.

Alba era un ser tremendamente positivo y, tras darle la noticia, fue ella quien terminó por animarme a mí. Lo mismo que hizo Enzo cuando fui a buscarle.

En el quicio de su puerta, me eché a llorar y mi novio se levantó, rodeándome con sus brazos. Él sabía muy bien lo que era estar asustado por un tema así, ya que acababa de pasarlo con su madre. La diferencia era que en el caso de María, la biopsia descartó un tumor que, en el de mi padre, estaba confirmado. Tras lo de su infarto, era su segundo gran susto de salud, y eso me aterrorizaba.

Estuvo a la altura, como siempre. Enzo trataba de consolarme con las mejores palabras. No hace falta decir que mi padre contaba con muchas posibilidades de salir bien de aquella. Cuántas veces, como médicos, nos tocaría a nosotros mismos animar a las familias en ese sentido. Pero cuando te toca a ti, la sombra de la duda y del miedo planea sobre tu cabeza.

Así que mis padres no estaban en vías de reconciliación ni mucho menos. Lo que vio Alba fue la muestra de que mi madre se solidarizó con él y le brindó su cariño y apoyo cuando él fue a contarle. En realidad, lo que vio Alba fue que, pese a todo, y cada uno iniciando una nueva relación, mis padres mostraban señales inequívocas de que seguíamos siendo una familia. Solo que de otra forma.

La única que no supo verlo fui yo, poniendo mi orgullo y mis deseos por encima de los del resto. Y en aquellos momentos tan dolorosos para todos, no solo sentía miedo por mi padre, sino angustia por mi forma de proceder.

Capítulo 42



Esa misma tarde, fui a ver a mi padre. Estaba viviendo con Liz, en una gran casa propiedad de ella en otra de las mejores urbanizaciones de Madrid. Era muy cierto que, a nivel económico, la pelirroja no necesitaba nada de su nueva pareja.

No voy a negar el bochorno que sentía y que se reflejó en mi rostro, al picar el timbre de su casa. Una persona de servicio me abrió la puerta y me condujo hacia ella.

—Buenas tardes, Liz. Después de todas las perlas que te he soltado por la boca estarías en tu derecho de echarme a patadas de aquí, pero he venido a hablar con mi padre porque mi abuela me ha contado.

—Tu abuela es una gran mujer, todo un ejemplo.

—Sí, me dijo que os conocéis. Entonces no tengo que contarte nada sobre ella —carraspeé.

—También conozco a tu madre. Y a Bruno. A quien me queda por conocer es a ti. Y a la pequeña Alba, aunque no he querido importunarla hasta que me aceptases —me dijo tomándome del brazo.

La noté muy cercana y, si me fijaba bien, hasta se le reflejaba en el rostro la huella del miedo por el mal momento por el que estaban atravesando.

—¿Mi padre está aquí?

—Sí, está descansando. Ingresa mañana por la mañana para su operación, seguro que ya tendrás conocimiento también de ese dato.

—Será mejor que no le moleste, en ese caso. No deseo perturbar su descanso, debe estar fuerte para lo que le espera.

—No, no se te ocurra marcharte. No habrá nada que le anime más antes de entrar en el quirófano que haberse reconciliado con su niña, con su querida Pelusa.

Mi padre guardaba cama. Entré del brazo de ella en el dormitorio que compartían y sus mejillas cogieron algo de color al verme. Estaba bastante pálido y abatido.

—Pelusa, mi querida Pelusa aquí. No puedo creerlo…

—Papá —murmuré mientras la voz se me quebraba y me tiré en sus brazos.

Me abrazó con esa fuerza que lo hacía cuando era niña y me hacía sentir que ningún peligro era real mientras estuviese a mi lado. No dudaba de que lucharía, pero también de que sentía miedo. Nos pasa a muchos médicos, que cuando nos llega el momento no somos precisamente los mejores pacientes.

Liz nos dejó a solas, dirigiéndonos una sonrisa.

—Al final no va a ser tan mala —reconocí esbozando otra.

—Parece que no, que no se trata de ninguna madrastra maléfica —me contestó con sentido del humor.

—Papá, ni siquiera sospeché que estuvieses enfermo cuando fuiste a ver a Enzo. De otro modo yo… yo…

—No tienes que disculparte por nada. Estás aquí y eso es lo principal para mí. ¿Cómo lo pasaste en Estambul? —me preguntó mientras besaba mis manos.

—¿Todavía te preocupas por eso? Aunque sé que vas a salir genial del quirófano, te operan mañana. Por cierto, que eres un enchufado —bromeé.

—Pues claro que me preocupa. Te eché mucho de menos en tu cumpleaños.

—Lo sé y siento mucho no haber contestado a tu mensaje de felicitación. Si te sirve de algo, hice lo mismo con el de mamá.

—Eso de que mal de muchos, consuelo de tontos, no va conmigo. Y lo de que no lo contestaste es la versión edulcorada, pues ni siquiera lo abriste. Pero nada de eso importa ya, lo que importa es que ahora estás aquí. Mi niña, mi Pelusa…

Me quedé con él largo rato. A veces, hacíamos pausas durante las cuales solo utilizábamos nuestra complicidad para hablarnos con la mirada. Deseaba hacerle compañía y él se mostraba más que encantado con ello.

Logró que le contase todos los pormenores de mi viaje a Estambul con Enzo. Se le llenaba la boca hablando de mi novio. Sabía muy bien que había escogido a la perfección y que era el chico que me convenía, que derrochaba tremenda paciencia conmigo.

Le prometí que, cuando todo pasase, haríamos esa celebración de mi cumpleaños que no le acepté en su día. Para él hubiera representado mucho y la conciencia me remordía por no haber aceptado.

Al salir de su casa, pasé también por la de mi madre, por esa que seguía siendo la casa familiar, mi casa. Ella no me esperaba y, cuando entré en su salón, miró a la abuela, quien le echó una sonrisilla aclaratoria. Lo que no consiguiese mi abuela Carmina…

Cenamos las cuatro juntas, pues Alba se nos unió. Durante la cena, también ella me pidió que la pusiera al día de mi vida. Se encontraba exultante y eso que la preocupación era patente en todas nosotras por el trance que debería atravesar mi padre al día siguiente.

Cuando terminé de hablarle de mis cosas, me pareció justo preguntarle por su relación con Gonzalo. Se le iluminó la cara cuando lo hice. Se la notaba muy enamorada, un extremo que corroboró enseguida, cuando se lo pregunté abiertamente.

Me había costado dar el paso, mucho, pero cuando por fin lo hice pensé en que debía ser con todas sus consecuencias.

Volví a casa tras la cena y Enzo me esperaba. Como le indiqué que ya iba de camino, me había llenado la bañera, puesto unas velas y seleccionado música relajante. No era sexo lo que pretendía con ello, sino que desconectase, por lo que me dejó allí en el baño, a solas con mis pensamientos, reconciliándome conmigo misma.

Enzo era un hombre adorable en todos los sentidos al que terminé buscando al salir de esa bañera. Porque el sexo con él también formaba parte de esa terapia sanadora que necesitaba más que el resto de los días.

Tras hacerlo, me acurrucó y me repitió mil veces que todo iría bien. Quise creerle porque otra idea no me entraba en la cabeza. Mi padre era

todavía un hombre muy joven que, además, contaba con una nueva ilusión en su vida. Se merecía esa segunda oportunidad para ser feliz que le negué de un modo egoísta, mirando solo por mis propios intereses.

Capítulo 43



Los nervios me comían al día siguiente mientras mi padre se encontraba en el quirófano.

Antes de entrar, me había despedido de él con todo el cariño, deseándole lo mejor y tratando de que no se me notasen las ganas de llorar. Aquel sería el comienzo de un proceso. Por mucho que saliera limpio de la operación, debería seguir un posterior tratamiento de quimioterapia que sería duro, pero en el que no le faltaría el apoyo.

Ya llevaba unas horas dentro y la incertidumbre me estaba matando. Al tratarse de la familia Alvarado, y ser el dueño de la clínica quien estaba siendo intervenido, no hace falta decir que recibimos un tratamiento increíble por parte del personal del centro, compañeros nuestros por otra parte.

De entre las muchas cosas que elogiaría de ese día, debo destacar la piña que hicieron mi madre y Liz. La que me había traído al mundo siempre quiso mucho a mi padre, le amó con el alma, solo que ese amor pasional se convirtió en otro que le llevó a sentir gran cariño por él. Un cariño sin fecha de caducidad.

Por su parte, su nueva pareja parecía amarle también con mucha intensidad y supo encajar a la perfección la presencia de su ex allí, como madre de sus hijos que era.

Alba trataba de distraernos a todos con esa locuacidad que la caracterizaba. Y era muy de agradecer, aunque ninguno de nosotros podíamos sacarnos de la cabeza lo que estaba sucediendo. Enzo me

abrazaba sin parar y me regalaba unas sonrisas que pretendían tranquilizarme, aunque esa misión fuese poco menos que imposible.

Bruno nos traía café y la abuela trataba de insuflarnos ánimo, lo mismo que Sol, quien se tomó unas horas libres para permanecer allí. Y a la de todos nosotros sumamos también la presencia de Gonzalo, el novio de mi madre, que no quiso dejarla sola en esos complicados momentos. Aproveché para saludarle y agradecerle, como hicieron los demás, era lo mínimo.

Aún debimos esperar un buen rato para que José Carlos, el cirujano, saliera a hablar con nosotros.

—Todo ha salido bien. El primer combate ya lo hemos ganado —nos confirmó sonriente.

—Pues si ha ganado el primero, ahora a por los demás. Mi yerno tiene todavía mucha guerra que dar —comentó nuestra abuela, tras lo que se volvió hacia Liz—. A ti no te importa que le siga llamando así, ¿verdad? Es que ahora tengo otro yerno, pero el primero no deja de serlo tampoco. Además, que mejor padre no pueden tener mis nietos.

Con lo ácida que siempre fue con él, nos sorprendió esa reacción por su parte. Liz le contestó con un abrazo, directamente. Faltaba aún un rato para que pudiésemos pasar a verlo y, aunque habría tortas por hacerlo, realmente dejamos que pasase ella la primera porque era quien compartía su vida.

Liz también se ofreció a quedarse con él esa noche y todas las que tuviera que permanecer ingresado. Aquella primera, quise quedarme con ellos y le pareció bien.

Descansaría por la mañana, no acudiendo a mi consulta, pero con lo que habíamos pasado no me parecía correcto dejarla sola. Y el caso era que no podíamos velar el sueño de mi padre porque no saldría de la UCI hasta por la mañana.

Nos quedamos en una sala de espera pequeñita que desalojaron para ambas. Era innegable que al tratarse de quien se trataba nos trataron con todos los privilegios.

Apenas dimos unas cabezadas en una noche en la que tuve ocasión de conocerla. Estaba muy enamorada de mi padre, no había duda. Quise indagar en su pasado, saber algo de ella, y entonces me llevé la sorpresa de

que, no por haber sido rica, lo había tenido todo en la vida. Muy al contrario, años atrás sufrió un durísimo revés. Su pareja y padre de su hijo sufrió al volante un bestial accidente cuando el crío contaba con tres añitos. Y ambos murieron en el acto. Me lo contó sin poder reprimir las lágrimas.

Ni siquiera hubiese sospechado que Liz fue madre alguna vez. En ocasiones, nos hacemos una idea muy frívola de las personas y no vamos más allá. Eso fue lo que me sucedió con ella y, por esa razón, nos fundimos en un abrazo cuando me lo pormenorizó.

—Por eso me encantaría poder llevarme bien contigo, Luna, que me aceptases de verdad. Con Bruno sé que no tengo problema. Y Alba tampoco me los dará.

—Siento haberte juzgado con tanta dureza, Liz. Lo siento de corazón. Yo te veía como…

—Me veías como a una lagarta —me dijo esbozando una sonrisilla.

—Pues sí, para qué te voy a decir otra cosa. Así te veía.

Aquella noche me acerqué a la figura de la nueva mujer de mi padre, pues era como él la consideraba ya.

Me alegró hacerlo porque descubrí a una persona íntegra, carente de todo interés y que sufrió la operación como la primera, rezando por su pronta recuperación.

Al día siguiente le llevarían a planta y allí podríamos visitarlo con más normalidad. Estaba deseando poder achucharlo, aunque tenía muy claro que Gerardo Alvarado saldría de aquella.

Me marché a descansar ya por la mañana, con el sol fuera, después de darle un beso a mi padre. Me crucé con Enzo en casa y ya me había dejado preparado el desayuno. Si pendiente estaba de mí siempre, no digamos ya en aquellos días en el que había recibido un varapalo de la vida que me sirvió para situarme. Le di el parte de mi padre y se alegró muchísimo de que su evolución fuese favorable. ¿Cómo no iba a hacerlo?

Al salir de casa, le seguí con la vista. Ni siquiera atendió una llamada de teléfono, que cortó, con tal de seguirme también con la mirada hasta que le perdí. Estaba tan, tan enamorada de él, que ya solo concebía una vida que fuese a su lado. Lo demás, carecería de sentido.

Capítulo 44



Al estar ingresado en la clínica, tenía la oportunidad de ir a visitarlo a cada momento, en cuanto me quedaba sin pacientes.

Cuando lo hacía, Liz, que no se movía de su lado, aprovechaba para ir a la cafetería a tomar un tentempié. Y cuando terminaba mi turno, le hacía también un ratito de compañía para que ella fuese a casa a ducharse y cosas similares.

—Me alegra tanto que os llevéis bien—me comentaba mi padre en esos momentos.

—Sí, eres listo. De nuevo has buscado una gran mujer, eso tengo que reconocerlo.

—Nunca tuve mal ojo para escoger pareja. Y, por suerte, esa capacidad la has heredado tú.

—Sí, porque para mí que Bruno no tiene necesidad de hacerlo. A ese no le echan el lazo tan fácilmente. Le encanta ser un picaflor. Papá, lo siento, creí que tú también te habías vuelto uno.

—No me gusta ese modo de vida. Soy un hombre que disfruta estando en pareja. Sé muy bien que me entiendes. Tengo las mejores referencias de Enzo.

—Carla lo tiene en un pedestal —le comenté justo en el momento en el que ella entró por la puerta.

—¿Qué cuchicheas de mí? ¿Soy una jefa malvada?

—Qué va. Decía que adoras a mi novio, ¿a que sí?

—No me lo tomes a mal porque está tu niña delante y también es una gran profesional, Gerardo, pero ese muchacho es increíblemente brillante.

—¿Cómo me lo voy a tomar a mal si mis nietos llevarán sus genes, Carla?

—Papá, anda que no corres nada.

—Oye, que yo ya le he visto las orejas al lobo, hija. Me encantaría ser abuelo pronto.

—Define pronto… Porque a mí me quedan todavía muchas cosas por hacer antes.

—Pues ve haciéndolas, que quiero ver crecer a mis nietos.

Me encantaba que estuviese de tan buen humor. Salí de la habitación al rato pensando en ir a buscar a Enzo para tomarme un café con él. Me lo encontré en el pasillo, de espaldas. Me sentía muy contenta por la fabulosa evolución de mi padre, a quien en nada le darían el alta para comenzar con su tratamiento de quimioterapia, así que me acerqué hasta él para hacerle cosquillas, cogiéndole de improviso.

Al no encararle, no reparé en que estaba con el móvil en la mano. De hecho, debía hablar con alguien. Apenas murmuraba y por eso no lo escuché. Lo que sí escuché fue que la pantalla se le rompió al caérsele al suelo.

—Lo siento, lo siento —me disculpé.

—Joder, Luna, que me has asustado —me contestó airado.

Me quedé sin respiración porque nunca me había hablado así. También se trataba de la primera vez que me cargaba un móvil suyo. Y acababa de comprárselo.

—Ya te he dicho que lo siento —me disculpé de nuevo, con las mejillas a punto de explotar.

—Pero es que no todo se resuelve con una disculpa, ¿sabes? —me contestó. No parecía él.

—No te preocupes, que yo le pongo el puto cristal al móvil. Tráelo, que lo llevo a arreglar.

—¡¡Que no!! —me dijo cuando traté de cogerlo.

—Oye, ¿a ti qué bicho te ha picado?

Se dio cuenta de que se estaba pasando de la raya y enseguida me pidió disculpas.

—Lo siento de veras. No he debido hablarte así. Estos días estamos muy cansados y han sido un tanto complicados.

—Sobre todo para mí —me quejé.

—Tienes toda la razón, perdóname.

Soy muy susceptible en ocasiones así. Me refiero a que puede que yo no hable de las mejores maneras a alguien, pero cuando las tornas se invierten no lo llevo bien. Sé que debéis estar pensando en que eso es lo que se conoce como "el ancho del embudo" y sí, puede que yo hiciera de vez en cuando con los demás lo que no toleraba que me hicieran.

—Vale, vale —le contesté de cualquiera manera, yéndome mosqueada para mi consulta.

No tardó en llegar hasta allí con un café con aroma de reconciliación. Incluso hizo que me levantase de mi silla para sentarse él y luego tomarme entre sus rodillas.

—Estoy deseando que pasen estos días y verte de nuevo celebrando tu cumpleaños con tu familia, ¿lo sabes?

—Pues sí, porque parece que los nervios los tenemos un poco crispados con lo de mi padre. Hasta a ti se te nota.

—Lo lamento mucho, de verdad. No tenía ningún derecho a hablarte así.

—Tampoco debí romperte la pantalla del móvil, aunque sabes de sobra que no fue aposta.

—Lo sé, lo sé…

Lo que le decía era tan real como la vida misma. Los problemas acarrean en ocasiones efectos secundarios, igual que los medicamentos, y a mi chico le veía en esos días algo más ausente, aunque detallista lo seguía siendo conmigo. Y mucho.

Por fin le dieron a mi padre el alta. Debería acudir por las mañanas a recibir su tratamiento de quimio, por lo que el contacto seguiría siendo diario. Ya que lo había retomado, y dadas las circunstancias, me apetecía mucho pasar tiempo con él.

Cada día le veía llegar en compañía de su inseparable Liz, de la que me estaba convirtiendo en amiga. Quién me lo iba a decir. Nos habíamos unido en la adversidad y tomé conciencia de que congeniábamos muy bien.

El tratamiento no es que fuese fácil, si bien mi padre tenía mucho por lo que luchar. Nuestra reconciliación le había supuesto un plus de felicidad que en aquellos días no le venía de más. En absoluto, porque debía cargar pilas.

Todos estábamos muy pendientes de él, aunque por nuestras respectivas posiciones en su vida, una buena parte del apoyo la recibía por mi parte y por la de su pareja. Menos mal que la mía, Enzo, era un hombre comprensivo que supo tener paciencia en aquellos extraños días y que se tomó con toda la deportividad que tuviese menos tiempo para dedicarle.

Cuando el amor es verdadero, a las cosas se les da su justa dimensión, no sacándolas de quicio. Y eso fue lo que él hizo.

Capítulo 45



Las semanas comenzaron a transcurrir. El primer ciclo de la quimio llegó a su fin y mi padre se enfrentaba a un período de descanso.

Le comenté a mi madre la posibilidad de celebrar mi fiesta de cumpleaños en su casa y en aquellos días, aprovechando que mi padre estaría mejor.

—¿Y me pides permiso? Esta sigue siendo tu casa y lo será mientras yo viva, hija. Me parece la mejor de las ideas.

Suponía un jaleo considerable, pero a ella le encantaba organizar ese tipo de eventos, así que más que una obligación lo tomó como una ilusión.

Yo había salido de muy malas maneras de mi casa y me apetecía que fuese allí donde celebrábamos esa reunión familiar a la que también asistirían mi suegra, María, así como Sol y su familia al completo.

Hablando de todo, Jacobo, el hermano de Sol, se encontraba mucho mejor gracias a la terapia que estaba siguiendo y ese era otro motivo más que celebrar, añadido a que mi padre se estuviese recuperando.

Aquella tarde, salí con Alba y con mi madre para elegir la tarta y algunos otros motivos de la fiesta.

—Muy grande no la elijas que ya he quedado con Charo en que vamos a hacer *cupcakes* —me comentaba Alba.

—Dirás que ya has enredado a Charo.

—Ella está encantada, igual que yo. Le gusta cuando nos metemos juntas en la cocina —me aclaró.

—Es verdad, en eso tienes razón. Siempre le ha gustado, desde que llegaste a casa.

—Pues el caso es que no falta demasiado para que se tenga que buscar otro pinche de cocina —carraspeó.

Nos estábamos tomando un helado en una terraza, aprovechando que la tarde lucía preciosa, y tanto mi madre como yo la interrogamos con la mirada antes que con palabras.

—No me miréis así, que yo también tengo derecho a independizarme. Ismael y yo lo hemos estado hablando y queremos vivir como Enzo y como tú, Luna.

—¿Y no es un poco pronto para eso? —le preguntó mi madre, quizás porque no le sentara del todo bien que ambas polluelas abandonásemos el nido con tan poca diferencia.

—Luna llevaba menos tiempo con Enzo cuando se marchó —le recordó.

—Chiquitina, lo que pasa es que yo salí a la carrera. No hice las cosas con cabeza. Y que me haya salido bien ha sido un milagro. Para ti, queremos más garantías —le dije mientras le hacía una carantoña.

—Ni que estuviera embarazada. No tengo tanta prisa —nos contestó risueña.

—¿No lo estás, verdad?

—Claro que no, tía Estefanía. Si yo no quiero tener niños. Yo lo que quiero es tener novio y luego también un marido. Lo de los niños se lo dejo a Luna.

—Otra con los niños…

—¿Por qué dices eso?

—Porque el tío Gerardo también quiere ser abuelo —le contesté.

—Tu padre siempre lo ha deseado. Esa es buena señal… Señal de las ganas que tiene de recuperarse —me contestó mi madre.

—Pues sí, pero ahora estamos hablando de mí.

Alba tenía ganas de disfrutar de su minuto de gloria. Era comprensible porque se le notaba mucha ilusión en eso que nos estaba contando.

—Es verdad, cariño. Sigue…

—Os decía que quiero vivir con Ismael. Él lo gana bien y yo también me estoy sacando un sueldo. Nos podemos mantener y, poco a poco, vamos a empezar a buscar piso. A él le da más igual, pero yo he hecho una lista de cosas que quiero que tenga.

Mi prima la sacó de su bolso. Nos partimos con ella porque había apuntado tantas cosas que, como no rebajase el listón, un piso así no lo encontraría en la vida.

Por supuesto que mis padres les ayudarían en todo lo necesario. La habían criado como a una hija y no la dejarían en la estacada en un momento tan crucial para ella.

Alba nos había demostrado que no existía obstáculo en su camino que la hiciese desistir de disfrutar de una vida de lo más normal, la vida que ella se merecía.

Nuestra pequeña campeona buscó el apoyo familiar en una tarde en la que se lo dimos. Siempre fuimos una familia unida y lo continuábamos siendo.

Por la noche, se lo contaba a Enzo, quien de nuevo me dio la impresión de estar algo ausente.

—¿Me estás escuchando, cariño?

—Sí, sí, perfectamente. Es que estoy tela de cansado, hoy he visto a muchos pacientes, luego me he machado en el gym…

—Se nota, se nota, ¿te he dicho ya que me encantan estos brazos tuyos?

—Alguna que otra vez, sí…

—¿Y este cuello tuyo?

Así fui nombrando diversas partes hasta llegar a unas más íntimas en las que me entretuve. Debido a todo lo sucedido, nuestra actividad sexual había decaído un poco en los últimos días y eso era algo que no estaba dispuesta a consentir.

Lo busqué y lo encontré igual de fogoso que siempre. Nuestra química en la cama era brutal. Cada vez que me metía entre las sábanas con él me preparaba para rozar el cielo con la yema de mis dedos, para saborear ese universo placentero que Enzo parecía haber creado directamente para mí.

Volvía a sentirme ilusionada, y más que nunca, ya que no solo le amaba cada día más, sino que había recuperado a mi familia. Una tarde con mi madre y con Alba o una visita a mi padre me daban vida.

Ese sábado celebrábamos mi cumple y me había comprado un precioso vestido rojo, de lino, muy fresquito y sexy, al dejarme la espalda fuera. Una

cucada con la que tomarme fotos con Enzo que subir posteriormente a las redes, puesto que nada me gustaba más que presumir de chico guapo.

Tras hacer el amor con él noté cómo se quedó dormido, abrazado a mí, mientras pensaba en lo afortunada que había sido porque se cruzase en mi camino.

Capítulo 46



Llegó la mañana del sábado y con ella la extraordinaria posibilidad de vivir un día en familia. Un día para celebrar, sobre todo, que volvíamos a estar juntos.

Mi madre le dio la más calurosa de las bienvenidas a Liz cuando cruzó el umbral de la puerta. La pelirroja alababa cada detalle de una fiesta en la que, ciertamente, tanto Alba como mi madre se habían lucido.

Ismael estaba al lado de mi prima, loco de felicidad al tratarse del primer evento familiar al que asistía, acompañándola. Alba lo iba presentado a quienes no lo conocían aún, luciéndolo como un trofeo.

María, la madre de Enzo, se mostraba también muy cariñosa, aunque me daba la sensación de que a ella le abrumaba un poco aquel ambiente tan lujoso. No en vano, durante un rato que la perdimos de vista, se metió en la cocina con Charo, con quien charlaba animadamente.

Aún no era el mediodía y nos quedaba muchas horas por celebrar, pues todos acudimos con tiempo.

El hermano de Sol, Jacobo, se acercó a Enzo con mucho apuro.

—No sabes lo que siento haberte hecho un pespunte en la mano. Menudo bocado debí darte, ¿no?

—Al menos no requirió de puntos, no te preocupes por nada.

Enzo no le guardaba ningún rencor y menos cuando sabía que actuó bajo los efectos de aquel terrible brote psicótico que lo zarandeó.

Los chicos se bañaron en la piscina. Para mí todavía era pronto, porque soy friolera y no me gusta hacerlo hasta que llega el verano. Además, que la

tarde anterior acudí a la pelu para lucir melena preciosa y no era plan de salir de ella como una rata encharcada, iba a ser que no.

Mi padre mostraba buen aspecto. Algún achaque tenía el hombre debido al ciclo de quimio, aunque todo lo daba por bueno con tal de estar reunido allí con su familia.

El almuerzo fue impresionante y en él no faltó un arroz negro (uno de mis preferidos) que nos preparó Charo para la ocasión.

Después llegó la tarta (los *cupcakes* los dejaríamos para media tarde). En mi casa éramos muy tradicionales para eso y no faltaron tampoco las velas, la música y el deseo.

Pedí que todo me siguiese yendo genial con Enzo y entonces le busqué con la mirada. Lo tenía a mi lado y le cogí la mano.

—Tú sabes muy bien lo que quiero. Y el resto también. Aparte de salud, ¡¡de mucha salud!!

Claro que lo sabían y, de hecho, mi padre y mi madre se pusieron de acuerdo ese día para darme una increíble sorpresa de cumpleaños que hicieron extensiva a mi hermano y a Alba, llamándonos a los tres.

Liz y Gonzalo estaban al lado de ellos, contentos también. Por sus gestos, ya sabían lo que iba a pasar allí. Enseguida caí en la cuenta de que ella a la fuerza, al tratarse de lo que se trataba.

—Hijos, vuestra madre y yo hemos luchado, cada uno a su manera, para que esta familia pudiese prosperar económicamente, algo que no ha cambiado con nuestro divorcio. Dado que ya sois adultos, y que cada uno quiere hacer su vida, creemos haber dado en el clavo con este regalo.

Mi madre sostenía una caja con tres llaveros, cada uno de ellos con la letra de nuestra inicial.

—Papá, ¿qué es esto? —le pegunté con el llavero de la "L" en la mano.

—La llave de un piso, Luna, aunque en realidad es la llave que os abre una nueva vida. Al menos, ese es nuestro propósito, ¿no es así, Estefanía?

—Así, es, Gerardo.

Una muestra más de que seguíamos siendo una familia y de que nuestros padres miraban por nosotros. La abuela comenzó a vitorear y miré a Enzo.

—Es increíble, sencillamente increíble.

Los pisos estaban a nombre de cada uno de nosotros, si bien la idea era compartirlo con nuestras parejas, por supuesto. Menuda ventaja la de no pagar alquiler.

En cuanto a Bruno, él se quedó mirando su llave y luego les habló.

—Yo como en casa no estoy en ninguna parte, pero esto lo pienso convertir en un picadero.

—Espero que te dejes caer un día y me invites a alguna fiesta que celebres, que ya no muerdo —le pidió Jacobo, quien procuraba llevarse bien ya con todos, incluso con él.

Me comía a besos a mis padres, lo mismo que Alba. Enzo e Ismael también se mostraban inmensamente contentos.

Mi prima no hacía más que indagar en la memoria de calidades del piso para ver si se ajustaban a su lista.

—Eso lo hablas con Liz. Los pisos pertenecen a su promotora y, lo que os puedo decir, es que os ha reservado los mejores de la promoción —nos aclaró mi padre.

—Es cierto, Liz y yo los escogimos juntas —nos comentó mi madre.

Mejor rollo no se podía respirar y la noticia que acabábamos de recibir era de esas que te cambian la vida. Con el llavero en la mano, me quedé atontada.

—Espero que te haga feliz, hija —me comentó mi padre mientras no podía salir de mi ensimismamiento.

—Papá, os habéis superado. Gracias, gracias.

—Solo queremos lo mejor para vosotros, hoy y siempre. Y tengo la satisfacción de saber que tu vida va muy bien encaminada. Espero que seas muy feliz allí junto con Enzo.

—Lo seré, te lo prometo.

—Esa promesa me hace muy feliz. Te quiero mucho, hija.

Por cierto, que a todo esto, Enzo decía que me tenía comprado otro regalito que me entregaría esa noche en casa. Y eso que él se dejó caer tela con el viaje a Estambul, pero así era: generoso a tope.

No hay cosa que me pueda ilusionar más que un regalo sorpresa que aún no me hayan entregado. Eso me genera más curiosidad que la que mató al gato. Ya estaba deseando saber de qué se trataba.

Capítulo 47



Imposible no ceder al impulso de ir a ver el piso en cuanto salimos de la fiesta, al final de la tarde.

Conocíamos la urbanización de la que se trataba, una realmente exclusiva. Estaban terminados y, por tanto se podían visitar, aunque no tenían dados de alta los suministros aún.

Quedaba un ratito de luz, por lo que nos pusimos en marcha. Pasamos antes a dejar a María en su casa, pues nos dijo que debíamos verlo solos, que ella ya iría otro día. Se lo agradecí porque era un encanto, nada metomentodo, y era así como nos apetecía.

En el coche también llevábamos a Alba e Ismael, quienes iban igual de entusiasmados que nosotros, como es lógico. Mi primera no paraba de hacer cábalas sobre cómo sería el suyo, aunque en realidad eran idénticos.

En breve, además, se examinaba del práctico de conducir y soñaba con tener su propio coche. Todas sus ilusiones se iban cumpliendo también.

Cuando llegamos, resultó que los nuestros eran dos áticos de una misma planta. El de Bruno, que iba tan a la suya que ni siquiera se acercó a verlo en ese momento, quedándose charlando con Jacobo, también era un ático del edificio contiguo.

Estoy segura de que mis padres tuvieron en cuenta lo bien que le vendría a mi prima tenerme de vecina, puerta con puerta. Para mí también sería un honor tenerla así de cerquita.

Cada una entramos en nuestro ático con nuestros chicos, cerrando la puerta.

—Es para flipar, realmente para flipar. Tú estarás acostumbrada a esto, Luna, pero yo… ¡¡Esto es un sueño!!

Sí que lo era. Aquel impresionante ático contaba con unos 200 metros cuadrados de superficie, a los que había que sumar otros 100 de terraza con impresionantes vistas.

Contaba con todas las posibilidades del mundo y la distribución era fabulosa, separando las zonas públicas de las privadas. Aunque ninguna estancia dejaba indiferente, había que destacar el gran salón comedor rodeado de vidrieras que daban a la terraza, así como la imponente cocina, amueblada de un modo tan moderno como lo era la vivienda en sí. En cuanto a los tres dormitorios, había que destacar el principal tipo suite con vestidor y baño incluidos.

—Se han lucido, desde que luego que se han lucido. Y tanto este como el de Alba cuentan con la misma orientación: la más luminosa.

—El de tu hermano también. Por eso pertenece a otro edificio, para contar con la misma.

—No me había dado cuenta ni falta que me hace. Para eso tengo al lado a mi cerebrito, para que caiga en todo.

—¿Y eso es todo lo que te gusta de mí? ¿El cerebro?

—No, digamos que me gustan más otras partes que quedan a la vista.

El sol iba cayendo por completo y el ambiente invitaba a estrenar el piso. No estaba amueblado, con lo cual no teníamos cama. Tampoco nos hizo ninguna falta.

Enzo me fue despojando de mi vestido cara a las cristaleras, dado que la altura del edificio no permitía que se nos pudiese ver desde ningún ángulo. Encima eso; privacidad total.

Me iba desnudando, subiendo desde abajo, desde mis piernas, mientras sus manos me amasaban. Mis brazos, alzados en dirección al techo, permitieron que lo sacase entero.

Fue entonces cuando se deshizo también de mi ropa interior. Con Madrid de fondo y el sol despidiéndose hasta el día siguiente, comenzó a besarme por todo el cuerpo mientras sus manos se iban hacia mi excitado sexo.

—Espero que Alba no llame ahora a la puerta.

—¿Crees que Alba no aprovechará el tiempo igual que nosotros? Tu prima tiene las cosas muy claras.

—Pues también es verdad.

Tenía razón y no nos interrumpió en ningún momento. Al contrario, terminamos por esperarlos a ellos y mi prima salió ruborizada.

—Es el mejor del mundo —afirmó entonces.

—Entonces, ¿cumple con todas tus expectativas? —le pregunté.

—Cumple, cumple…

Yo le estaba preguntando por el ático, pero para mí que ella no se refería a él.

Los dejamos en el bar de unos amigos y nos fuimos a nuestro piso. La idea era ducharnos y salir un rato después.

Tras lo mucho que habíamos zampado todo el día, no nos apetecía seguir comiendo, pero sí tomar unas copas con las que continuar celebrando que mi cumpleaños, ese que festejamos a toro pasado, me había salido redondo. Y, por ende, a él también.

Iba tan contenta que apenas hablaba. En mi cabeza, una sola idea: mudanza. Por lo visto, los suministros ya se podrían dar de alta en aquellos días.

Acabábamos de hacer otra mudanza, prácticamente, pero la nueva era obligada. No hay ni que decirlo.

Enzo conducía y yo le iba acariciando el cuello. Me alegraba tanto poder compartir el ático con él. Tampoco se lo había hecho pasar bien, estuve muy tensa desde el principio… Primero, con la disputa con mis padres y luego, con la enfermedad de él.

Ya era hora de disfrutar con tranquilidad de la vida en común, de esa que se merecía porque mejor novio no lo había. Además, que el estreno del ático me había resultado cien por cien excitante, y soy de creer en las señales.

Todo apuntaba a que lo nuestro iba muy bien. Y mejor que iría tras la mudanza. Viviendo en ese ático y sin las complicaciones propias de una hipoteca y demás, podríamos dedicarnos a viajar y a hacer todo aquello que nos hiciese feliz.

A mí, y contra todo pronóstico inicial, lo que más feliz me hacía era compartir cada momento de mi día a día con él. Trabajar con Enzo era una

gozada, lo mismo que compartir el resto de mi vida con un hombre así. Cuanto más lo conocía, más me convencía de que deseaba consolidar nuestra relación porque se trataba del candidato ideal para hacerlo. En mi cabeza revoloteaban todo tipo de ideas relacionadas con esa nueva vida en común. Le amaba con locura y cada día más.

Capítulo 48



Se hacía el remolón a la hora de entregarme mi regalo. Se debía tratar de algo importante para él, de algo que hubiese ideado a conciencia…

Ya nos íbamos conociendo y sabía cómo se las gastaba Enzo. Era muy suyo para ciertas cosas; para las que le importaban y deseaba hacer a su manera.

—Luego te lo doy, te lo prometo, pero déjame antes entrar en el baño. Tanta tarta y tanto *cupcake* me ha revolucionado un poco el estómago —me decía.

—Eso te pasa por goloso.

—Sí, es que me cuesta no darme atracones de lo que me gusta mucho.

—¿Y me miras en particular por algo?

—No puedes imaginarte cuánto me gustas…

Se metió en el baño con la intención de ducharse también, así que tardaría un ratito. Los nervios me podían y caí en la tentación de dar por mi cuenta con su regalo. Igual, si lo tocaba, me imaginaba lo que era sin tener que abrirlo, por lo que ni siquiera se enteraría.

De inmediato, inspeccioné sus cajones. No voy a decir que fuera un proceder muy lícito, pero soy como soy, y me cuesta contenerme en momentos así. Allí no encontré nada, por lo que abrí su armario. No sería la primera vez que el despistado de Enzo se dejaba algo en un bolsillo. Incluso a la hora de poner la lavadora debíamos tener cuidado porque en los primeros días de convivencia lavamos su cartera, billetes incluidos.

De uno en otro, fui palpando sus bolsillos hasta dar con una cajita en el interior del de una cazadora de primavera que solía ponerse en esos días.

La sonrisa me cruzó la cara. La cajita no estaba envuelta, por lo que me lo puso rematadamente fácil. Solo tendría que abrirla y ver su contenido. Después, podría dejarla en el mismo sitio y santas pascuas. Allí no habría pasado nada.

La abrí con sigilo y con el corazón bombeándome a tope. ¿Serían unos pendientes? Porque para tratarse de un anillo me parecía muy pronto, sobre todo porque estaba pensando en uno de compromiso.

La baba se me cayó, no obstante, al comprobar que sí que era uno tan sencillo como precioso. Uno que me robó el aliento y que hizo que una lagrimilla rodase por mi mejilla.

No me resistí tampoco a sacarlo de su cajita. Era de plata y contaba con unas cuantas piedras engarzadas. Me gustaba mucho, me gustaba más que ningún otro anillo que hubiese contemplado hasta entonces. Y lo que más me gustaba era su significado.

Al ponérmelo en la palma de la mano fue cuando reparé en que estaba grabando. El corazón me palpitó con fuerza para, de una manera súbita, pararse a continuación.

“Para Lola, mi amor”

Esa era la dedicatoria del anillo que, a renglón seguido, cayó de mis manos hasta llegar a mis pies, a donde fue a parar también mi alma.

Mientras lo veía rodar, mis ojos se posaron en su teléfono móvil, que descansaba sobre su mesilla de noche.

No puedo decir que lo hiciera adrede, pero desde el principio me sabía su PIN porque un día se lo vi poner y para los números soy buena.

Prometo que, por muy cotilla que fuese, nunca le hubiese mirado el móvil a una pareja, pues me parece una falta de respeto absoluta. Pero aquel era un caso de emergencia, creo que estaréis conmigo.

En el WhatsApp no me aparecía nada, pero sí en el historial de llamadas. Allí aparecía varias veces el nombre de una tal Lola y la duración de las llamadas, que no eran cortas.

Noté que el corazón se me agilizaba una barbaridad. Para colmo, él cantaba a pleno pulmón en la ducha por Enrique Iglesias. Sus letras, me sonaron tan tremendamente irónicas que ganas no me faltaron de tirar la

puerta abajo y aporrearle los morros: *"No me digas adiós, no me digas adiós, que tus labios no mienten, yo sé lo que sientes, no digas que no…"*

Maldito fuese… Allí no había otro mentiroso que no fuese él. Llevaba tiempo hablando con su ex, con esa que decía que en su día le puso los cuernos. Lo mismo que estaba haciendo él conmigo.

Si hasta le había comprado un anillo y se lo hizo grabar, ¿cómo se podía ser tan cabrón? Y venía de echarme un polvazo sublime en el ático que se suponía que iba a compartir conmigo.

Me conocía y tengo mucho genio. Si le daba la oportunidad de salir en ese momento y pillarme allí, no respondía de lo que le haría, Tanto convencerme de que el amor de mis padres era puro, de que tan solo se había transformado… El suyo por mí no llegaría al decaimiento porque estaba bien claro que planeaba dejarme por ella.

¿Desde cuándo me engañaba con su ex? ¿Y por qué no me lo había contado antes? Porque igual estaba disfrutando de esa temporada montándoselo con las dos o quizás temiese las represalias por parte de mi padre, despidiéndole.

Por descontado que, por injusto que pueda sonar, no me imaginaba trabajando con él cada día después de aquello. Todo mal acto tiene sus consecuencias y Enzo sería muy buen pediatra, pero como hombre era un capullo integral al que no quería volver a ver.

Tan solo recogí unas cuantas prendas que metí en una bolsa de viaje. Tuve claro mi rumbo: me marché antes de que saliera del baño y me refugié en mi nuevo ático. Antes pasé por una tienda y compré unas velas.

No quería meterme en casa de mi madre en esas condiciones. La llamé, eso sí, porque sabía que él aparecería por allí, y le pedí que le dijera de mi parte que habíamos terminado sin darle más explicaciones. A él, lo bloqueé.

Quien apareció un rato después por allí fue Sol. Mi madre le había comentado y mi amiga no me dejaría sola porque habría sido la primera vez que ocurriese. Y ella no era una miserable traicionera como otros.

Capítulo 49



Pasaron unas horas hasta que escuchamos que llamaban a la puerta con los nudillos. A la fuerza, porque en el ático aún no había luz.

Por descontado que mi amiga y yo éramos las únicas que estábamos en un edificio que, al no contar con el suministro, parecía fantasmagórico en aquella tétrica noche en la que todo mi mundo se vino abajo.

Tampoco teníamos dónde tumbarnos, a excepción de unas sábanas gorditas que Sol trajo. Al tratarse de una época ya cálida, fue suficiente para no sentir frío, aunque incómodo era un rato largo.

—Va a tirar la puerta abajo, supone de sobra que estás aquí. Y no entiende nada.

—O sí lo entiende, porque no creas que volví a guardar el anillo, que ese rodó por el suelo. Y la caja no sé dónde la he puesto, la verdad. Solo sé que le odio, Sol, que le odio. No sé cómo me dejé atrapar por ese encantador de serpientes. Con el mal fario que me trajo desde el principio…

Al decir eso, a mi amiga se le dibujó una de sus divertidas sonrisas en el rostro. Y eso que el asunto era de traca, pero yo misma tenía que reconocer que hablar de "mal fario" y cosas similares en relación con él, sonaba a cachondeo. El problema era que para mí nada lo era.

—Aquí no te puedes quedar, nena, piénsalo. Que no tienes ni el gas natural dado, ¿cómo te ducharías? Y a la clínica no puedes llegar tufando.

—Me da igual todo, te lo prometo. Solo quiero hacerme un ovillo y olvidarme de lo que ha pasado, de los últimos tiempos y de que le he conocido. No quiero volver a sufrir por un tío en la vida.

—Que este te haya traicionado no quiere decir que te ocurra igual con todos. Menudo imbécil. Y encima, con el braguetazo que había dado. Este tendrá mucho coco para los estudios, pero para la vida está verde como una pera.

—Fíjate que me enteré de la existencia de la tal Lola por su madre que, si no, ni eso.

—Bueno, ahí te voy a quitar un poquito la razón. Mucha gente pasa de hablar de sus ex, y más si han salido escaldados de la relación.

—¿Tú de qué parte estás? —le pregunté muy solemne alzando una ceja.

A todo esto, él no se daba por vencido, hasta que se dio. No hice el menor ademán de contestarle.

—Pues sí que ha tardado en marcharse, por fin. En realidad, sonaba a muy desesperado.

—Normal, como tú bien dices, acaba de perder un chollo, que soy yo.

—Así me gusta, que te vendas bien.

—Por supuesto. Él no me ha valorado en lo más mínimo. Eso salta a la vista. Pues, al menos, tendré que darme yo.

—¡¡Sí, señor!! Esa es mi Luna.

—Gracias por venir, Solecita. Te meto en todos los marrones de mi vida, siempre. Y no chistas.

—A mí no me vengas con sensiblerías, que sabes que es lo único que me hace venirme abajo.

—Vale, pero que lo sepas —le comenté abrazándola.

—Va, nena, sabes que todo irá bien.

—No lo quiero en mi vida y no lo quiero en la clínica, ¿es muy egoísta por mi parte?

Se quedó parada durante unos segundos, tras los cuales me contestó.

—Pues si te digo la verdad, no. Tú eres bastante caprichosa, Luna, lo sabes. Pero si estuviera en tu pellejo, en esta ocasión utilizaría mi influencia para borrarle del mapa también. Y que le den bien dado.

—¡¡Y esa es mi Sol!!

—Nena, he traído bebida.

—¿Y por qué no me lo has dicho antes?

—Porque con la charla, no me había dado ni cuenta. Y luego ha llegado él y me ha desconcentrado.

—Pero ya estará toda calentorra, ¿no?

—No, aquí la única calentorra soy yo. La bebida viene en una bolsa isotérmica, con el hielo y todo.

—¡¡Toma ya!! Pues ponme una copa, ¡¡ya!! ¡¡La necesito!! Pero, espera, aquí no hay copas ni vasos. Aquí no hay nada.

—No habrá nada en tu cabeza hueca. También las he traído. Y unos frutos secos, por si nos da hambre.

—Siempre fuiste la más previsora de las dos. Solo falta que me digas que te has traído el Satisfyer y que los tíos no nos hacen falta para nada.

—No, que a mi Maxi no lo comparto. Eso es único e intransferible.

—Oye, eso de que le llames Maxi, ¿a qué viene? ¿Es que el tuyo es más grande que el de las demás o qué?

—No, no, es que cuando lo utilizo se me pone Maxi Iglesias en la cabeza y no sale de ella.

—Qué cuca. Tú lo que quieres no es que salga, sino que el buenorro ese entre en ti, como si estuvieras poseída.

—¿Te imaginas? Me muero. Es el tío más bueno del planeta. Si hasta le hablo entre orgasmo y orgasmo, y creo tenerlo delante de mí con esa sonrisa de caramelo…

Me hizo reír con sus bobadas. Es de lo que se trata; cuando tu mundo se cae, va una amiga e impide que te metas en el lodo hasta las cejas.

Y hablando de caer, no fue una copa la que cayó esa noche, sino un montón más. Tenía claro que sería la única manera de que pudiese dormir un poco, ya que el insomnio había llegado a mi vida para quedarse.

A mi edad y recién vuelta a España, no me planteaba una relación tan seria como la que montamos Enzo y yo. A pesar de ello, la había vivido con toda la intensidad e ilusión, pensando que se trataba de algo recíproco. Y no.

Allí la única que había puesto todos los huevos en la misma cesta era yo. Ese miserable se había dedicado a poner los suyos allí donde le viniese en gana. No se lo pensaba perdonar en la vida. Sería muy cerebrito, pero había

demostrado que, para esos temas, solo tenía una neurona… Una neurona con tendencias suicidas.

Capítulo 50



El domingo, Sol me convenció para que volviera a casa de mi madre, que decía que no era plan de quedarme allí en esas condiciones.

Razón tenía en que necesitaba ducharme y en que, pasadas las horas iniciales del impacto, me vendría bien la compañía de los míos.

Por cierto, que nada más llegar, me encontré con la agradable sorpresa de la vuelta de Vicente, su abuelo paterno, ese enamorado de mi abuela Carmina, quien había pasado una temporada fuera con una hija suya, con una tía paterna de mi amiga, que se había divorciado.

Coincidimos en la puerta de nuestras casas. Él venía con su hijo Pedro, el padre de Sol, y nosotras en mi coche.

Su nieta le abrazó y luego me tocó el turno a mí.

—Preciosa, tú no traes muy buena cara, ¿es por la resaca o hay algo más?

Las mejillas se me pusieron como un par de amapolas cuando Vicente me dijo eso. Y miré a mi amiga.

—¿Me huele el aliento?

—¿A alcohol? A dos kilómetros te huele, lo mismo que a mi nieta. Ven aquí…

Me dio un abrazo fuerte, de esos que transmiten mucho. Para mí que él había fantaseado en cantidad de ocasiones con que yo también fuese su nieta, uniendo su vida a la de mi abuela.

Era previsible que ella le siguiera huyendo porque llevaba años haciéndolo. Y eso que Vicente estaba enamorado hasta la médula y, como mi madre afirmaba, parecía un galán de cine.

Entré en casa. Sol vendría luego a almorzar con nosotras. Mi madre y la abuela me esperaban expectantes.

—A mi nieta no le arruina la vida ningún ponecuernos, ¿me oyes? —me consolaba mi abuela—. ¿Qué les pasa a los hombres? ¿Es que no hay ninguno que se salve?

—Yo no tengo queja de Gerardo, la verdad. En nuestro caso, nos dimos permiso para conocer a otras personas.

—Es verdad, hija. Toda la vida rajando de mi yerno y ahora resulta que es el único que se salva de la quema.

—Yo también, abuela. No sé de qué hablas exactamente, pero yo también.

Mi hermano Bruno llegaba en ese momento de juerga, cogiendo un cruasán de la mesa.

—¿Tú? Tú sí que sabes… Hoy con una y mañana con otra, pero al menos no le haces la puñeta a ninguna.

—Abuela, como Bruno sea el ejemplo de cómo debe ser un hombre, el mundo va directo a la extinción, Lo sabes, ¿no? —le pregunté.

—No lo veo igual, porque reproducirme puedo —opinó él.

—Pues será mejor que esperes a estar en una relación para reproducirte si no quieres que te la plastifique, ¿me oyes? —le aclaró mi madre.

A ella no le gustaba eso de ir dejando niños por el mundo fuera de las relaciones. Le satisfacían las cosas bien hechas. Con Gonzalo, de momento, estaba encantada y tendería a formalizar lo suyo. No tardaría demasiado en hacerlo si las cosas les seguían yendo bien, como era previsible.

Alba se levantó en ese momento. Venía cantando, exultante. Suponíamos que el regalo del ático tenía mucho que ver con ello, aunque la vida le sonreía ya de antes.

—¿De qué habláis?

—De HPC —sintetizó la abuela.

—¿De hijos de puta cabrones? —pensó con rapidez y luego se tapó la boca rápidamente con su manita porque ella no era de decir tacos. Y se había lucido.

Los demás aguantamos la risa y entonces la abuela le explicó.

—Más o menos. De hombres que ponen cuernos.

—Eso a nosotras no nos puede pasar, ¿no?

—Yo me parto, lo dice como si estuviésemos vacunadas…

—Abuela, ¡¡no te rías!! ¿A alguien de aquí se los han puesto? Aparte de a ti el abuelo Juan de Dios.

—Al que Dios tenga en su gloria.

—Mamá, que no está muerto.

—Para mí, sí —le contestó junto con una risilla maliciosa.

—Me los han puesto a mí, cariño —le expliqué.

—¿A ti? Pero ¿quién? Porque Enzo no ha podido ser. Enzo te quiere y cuando un chico quiere a una chica no puede engañarla. Eso es así, ¿verdad? —me preguntó con toda la inocencia.

—Es que él no me quiere, solo me ha utilizado, Alba.

—Eso no puede ser… Yo tengo un radar. Sé ver cuándo la gente se quiere. Y él te quiere, de verdad.

Alba veía lo que quería ver. Para mí, que le generaba mucha desconfianza que una relación que se había creado de modo más o menos paralelo a la suya con Ismael se viniese abajo.

—Pues esta vez tu radar te ha fallado, chiquitina. Pero tú tranquila, que a ti te saldrá todo bien…

—O eso esperamos —se le escapó a la abuela y mi madre la fulminó con la mirada.

Al final tuvimos hasta que consolar a Alba y eso que a ella le funcionaba su relación con Ismael. Muy preocupada, comenzó a hacerme preguntas.

—De todos modos, vamos a ser vecinas, ¿no, Luna?

—Claro, no voy a dejar de vivir por un hombre.

—Aunque estés triste, porque lo estás.

—Procuraré estarlo poquito tiempo.

—Es que a mí me da tranquilidad tenerte enfrente. Eres mi prima favorita.

—Soy tu única prima —le recordé revolviéndole el flequillo.

—Pero eres mi favorita. Siempre me das suerte, ¿vendrás conmigo el martes cuando me examine del práctico del carné de conducir?

—No me lo perdería por nada del mundo, cariño mío, por nada del mundo.

Para Alba era un gran acontecimiento y nunca le había fallado. No permitiría que la actuación de un cretino, de un lobo con piel de cordero, me llevara a fallarle por primera vez.

Mi vida debía continuar y por supuesto que lo haría. Solo esperaba que la herida terminase de doler pronto, porque me sorprendía lo mucho que me escocía. El simple recuerdo de cualquier vivencia con él me escocía tanto que debía apartarla de mi pensamiento si no quería desarrollar una úlcera de estómago. Y no era el caso.

Capítulo 51



Y si no le fallé a la chiquitina fue de milagro, porque la noche siguiente me la pasé entera con una tremenda indigestión en el cuarto de baño. Los vómitos no me daban tregua y tampoco aquel fuerte dolor de estómago, como si me lo estuviesen atravesando con cuchillas.

Desde siempre los disgustos me afectaban mucho a ese órgano de mi cuerpo. Y por mucho que quisiera dar apariencia de fortaleza, lo de Enzo me tenía muy hundida. Por esa razón, no pude acudir a mi puesto de trabajo el lunes.

Llamé a mi padre y me dijo que sin ningún problema, que me quedase en casa. Si no le conté en ese momento lo de Enzo fue porque Liz me advirtió de que también amaneció pachucho y no quise disgustarle.

El martes ya no tuve más remedio que incorporarme, bastante más repuesta. En el momento en el que llegué a mi consulta, Enzo me esperaba en la puerta.

El muy malnacido se iba hacia mí y, sin más, me dio un fuerte abrazo.

—Te juro que no sé qué puede haberte pasado conmigo, pero estoy fatal. ¿Es que de repente te lo has pensado mejor? No puedo entenderlo, es que no puedo —me dijo abrazándome.

Y yo con lo que no puedo, es con el cinismo.

Le podría haber formado un número allí, diciéndole que sus acciones con Lola habían matado todas mis ilusiones, que le odiaba, pero no quise darle el gusto.

Igual ella tampoco lo había aceptado y de pronto yo volvía a convertirme en su mejor opción. La cabeza me daba vueltas y lo único que

sacaba en claro era que, para no ceder a la tentación de aplaudirle la cara, sería mejor dar esa conversación por zanjada.

—Y yo te juro que, si no apartas tus manos de mí, llamo ahora mismo a la Policía. No te quiero, no me interesas y ojalá no te hubiera conocido nunca.

Se apartó y me metí en mi despacho, donde lloré en silencio, para que no me escuchase. No sería factible seguir trabajando con él. En cuanto mi padre se pusiese mejor y le hablase del tema, ese tendría el carné del paro en la mano.

Sol vino a verme en cero coma. Mi amiga no me dejaría en ningún momento, eso lo tenía claro como el agua. Nos fuimos a tomar un café y le conté.

—Se hace el tonto, es que encima se hace el tonto.

—¿Y no le has puesto la cara colorada?

—No quiero ni siquiera eso. Quiero que desaparezca de mi vida. Si le hablo de lo sucedido, capaz que me pongo a llorar, ¿sabes? Y no me perdonaría por darle ese gusto.

—Ese cabrón tiene aquí los días contados. Deja que se entere tu padre. Lo echará a patadas.

—Lo sé. Si se está librando es porque estos días anda regular. Oye, esta tarde se examina Alba del práctico, ¿te vienes?

—¿Sí? ¿Os apetece que os acompañe? ¡¡Qué ilu!!

—Cariño, qué entusiasta te veo, ni que te hubiese invitado a un viaje a las Maldivas.

—Es que, tal y como está el patio, he llegado a la conclusión de que estoy súper bien. Paso de complicaciones.

—Pues no seré yo quien te diga que las busques.

—No, no, y menos esta semana, ¡¡que me llega el coche!!

Sus padres se lo tenían prometido también y le había llegado la hora. De ahí parte de tu entusiasmo.

—¿No me digas? Pues eso lo tendremos que celebrar.

—Claro que sí. Habrá que celebrar eso y lo de la chiquitina también. Porque esa aprueba esta tarde, fijo.

—Sí, sí, no me cabe la menor duda. Todo lo que pretende, lo logra en tiempo récord.

Allí estábamos las dos esa tarde, animándola. Y ella que no paraba de besar una foto.

—¿Es una de las estampitas de cuando eras peque? —le pregunté porque siempre había sido creyente y de chiquitina se las llevaba a los exámenes. Afirmaba que le daban suerte.

—No, no. Es una foto de Ismael, ¿a que está guapo?

—¿Estás besando una foto de tu novio antes de subirte al coche?

—Sí, sí, Sol. Es mi amuleto de la suerte. Ismael lo es.

Lo dijo de un modo tan ingenio y, a la par, sincero y bonito, que sentí sana envidia de eso que mi primita tenía con su novio. A ella solo podían pasarle cosas bonitas porque se lo merecía todo. Y yo estaba al borde de comenzar a derramar un buen puñado de lágrimas, dado que tenía la sensibilidad a flor de piel.

—¡¡Venga!! ¡¡Que tú puedes!! —la animamos en el momento de subirse al coche.

Hasta la examinadora sonrió complacida al comprobar la ilusión con la que mi prima encaró el examen.

Su carita media hora después, cuando llegó al mismo punto conduciendo, lo decía todo.

—¿Has aprobado? —le preguntamos expectantes.

—Todavía no me lo han dicho, pero seguro, porque lo he hecho genial. Solo he atropellado a una vieja.

Nos lo soltó tal cual, y cuando Sol y yo nos miramos, lo que soltó fue una buena carcajada.

—¡¡Que es broma!!

Entonces se le acercó su profesor de autoescuela y le dio la gran noticia.

—Enhorabuena, Alba, lo has hecho fantástico, ¡¡estás aprobada!!

—Claro que sí, Miguel, ¿o qué te creías? —le vaciló ella y el hombre negaba con la cabeza.

Teníamos que celebrarlo y lo hicimos. Disfrutamos de una tarde de chicas hasta que ella se fue, a la hora de la cena, a buscar a Ismael, con quien celebrarlo también.

Necesitaba animarme, pasaban cosas buenas a mi alrededor y, a pesar de todo, la sombra de Enzo planeaba en todo momento sobre mí, amargándome la existencia.

Odiaba pensar en él cuando no quería y, en general, procuraba odiarle. Aquel mentiroso compulsivo había jugado conmigo y lo más jodido era que pretendía seguir engañándome, que no tenía el valor de confesarme lo que había hecho. Vamos, que aspiraba a seguir haciéndose el tonto.

No se lo permitiría. No le permitiría que me hiciera ni un ápice más de daño del que ya me había hecho, que no era poco. Y no veía el momento de que mi padre lo disparase con una catapulta de la clínica y fuera a parar muy lejos, donde mis ojos no lo vieran.

Capítulo 52



Un par de días después, llegábamos con el coche nuevo de Sol a la clínica, lo íbamos estrenando.

Alba estaba a la espera de que le llegase su carné provisional e iba de copiloto. Yo seguía sin tener el estómago muy católico y, sentada en el asiento de atrás, como que sentí unas arcadas.

—Qué asco —dije de repente porque sentí un regustillo nauseabundo.

—Luna, que es un mamón, pero lavarse se lava. Y siempre huele muy bien…

No entendí por qué lo decía Sol hasta que vi que estaba delante del coche. Era Enzo, que parecía esperarnos en el parquin.

—Maldito sea, ¿qué hace aquí?

—Jugársela, prima. Sol, atropéllalo —le pidió Alba.

—No seas ruina, Alba.

—Que sí, que luego dices que no lo viste, que te lo llevaste por delante porque te pilló en el ángulo muerto.

—Claro, y a quien dejo fiambre es a él. Madre mía, ¡¡qué peligro tenéis en tu familia!!

Y lo teníamos, ella llevaba razón, porque en el momento en el que estábamos acercándonos, mi prima le cogió el volante y si no nos lo llevamos por delante fue porque Enzo dio un salto olímpico con doble pirueta.

—¿Tú eres tonto o qué te pasa? —le preguntó Alba, bajándose para increparlo.

—Joder, ¡¡qué susto!! ¿Y encima me insultas?

—¿Insultarte? Debería darte dos buenas hostias por lo que le has hecho a mi prima.

En ese instante, él se acercó a la ventanilla posterior. Puedo prometer y prometo que no lo hice a propósito… Fueron las náuseas las que me llevaron a abrirla precipitadamente para no vomitarle el coche nuevo a Sol y el caño le cayó encima.

Se quedó sin palabras. Enzo no podía articularlas mientras que Alba se sujetaba el estómago para reírse, doblándose en dos.

—Eso por listo, ¡¡ahí tienes!!

Mi prima no se lo pensó a la hora de echarse a reír y soltarle eso, y él estaba que daba pena verlo. Es un decir, porque pena no me daba ninguna.

No sabía qué me había pasado porque Sol no conducía con brusquedad como para eso. Toda la culpa la tenía Enzo por lo mal que me encontraba.

Creí que se le habrían quitado las ganas de argumentar nada a su favor, pero me equivoqué. Pese al plan, me miró fijamente y me habló.

—Por fin sé lo que te pasó. He encontrado el dichoso anillo debajo de la cama y…

—Y déjame que lo adivine, ¿a que no es lo que parece? —le espeté tan cínica como me parecía él, mientras rebuscaba en mi bolso en busca de un pañuelo de papel que pasarme por los labios.

—Justo eso. No es lo que parece, Luna.

—Mira, Enzo, no sé lo que pretendes, pero si es reírte de mí lo llevas chungo. He confiado en ti a ciegas, he puesto la mano en el fuego por ti y me he quemado. Pues bien, ya la tengo chamuscada. No hay nada que puedas hacer para arreglarlo. Además, ¿qué mierda quieres de mí? ¿No es ella tu amor? ¿No lo es? Pues corre, ¿o es que después de vuestro acercamiento has comprendido que lo único que puede regalarte, a cambio de tu anillo, son cuernos? Cuando me contaste lo que te pasó con Lola, me conmovió. Sí, así de gilipollas soy. Pero ahora… Ahora no te figuras cuánto me alegro de su condición. Que te jodan bien jodido, Enzo. Olvídate de mí y no creas que esto se quedará así. Ya puedes ir buscándote otro trabajo porque mi padre todavía no sabe lo que me has hecho, pero cuando llegue a sus oídos, que será pronto, no te querrá en la clínica, no te permitirá seguir trabajando cerca de mí. No hace falta que te diga que nunca he querido

parecer una enchufada, pero es lo que te mereces. Mi padre sí que es un hombre en condiciones y no tú.

—Solo déjame que te pregunte una cosa, Luna.

—Luna, ¿le meto? —me preguntó Alba con el puño ya en alto.

—Al final le meteré yo —opinó Sol con mucha parsimonia.

—Ni se os ocurra. Ese honor me lo dejáis a mí, chicas. Y tú, ¿qué es lo que quieres, Enzo?

—Que reflexiones sobre algo.

—¿Te has pensado que soy filósofa?

—No, pero escúchame. Vuelves a confiar en tu padre y eso que hasta hace nada lo detestabas por lo que supuestamente le había hecho a tu madre, ¿no es así?

—No se te ocurra compararte con mi padre porque, por mucho que me doliese, por mucho que desconfiase de él, no hizo en ningún momento lo que tú. Él y mi madre lo tenían pactado.

—Yo tampoco lo he hecho, Luna.

—Qué va. Por eso tanto misterio por teléfono y por eso te salió lo peor de ti cuando me acerqué inocentemente y se te cayó el móvil al suelo. ¿No se te iba a caer si debías estar hablando con ella y te cagarías por la patilla? ¿A ella también la has tenido engañada todo este tiempo o sabe que estás conmigo? ¿Fue Lola quien te propuso estar con ella o tú planeabas dejarme por tu cuenta y riesgo? ¿Y ahora? ¿Ahora qué pretendes de mí?

La batería de preguntas me salió sola.

—Contesta, contesta, a ver si tienes huevos —le retó Alba.

Enzo no entraba al trapo, quizás pensando que, si complicado es hablar con una mujer despechada, no digamos ya si tienes que hacerlo a la vez también con su mejor amiga y con su prima.

—Es cierto que estaba muy nervioso y también lo es que hablaba con ella.

—Por fin una verdad. Si lo vi en tu lista de llamadas, cabrón —le solté sin más.

—Si la llamé fue porque ella había hecho varios intentos de hablar conmigo, todos ellos en vano. Me telefoneaba sin parar. No pretendía citarme con Lola para nada.

—¿Y qué hizo para engatusarte? ¿Enviarte fotos desnuda? Lo típico, qué asco…

—Yo nunca hubiera cedido a algo así, con lo mucho que te quiero, Luna.

—Y luego hay polémicas con los Goya, que se lo den a este tío —apuntó Sol.

—Luna, mírame. Cada vez que Lola me llamaba, le colgaba el teléfono. Viste que había varias llamadas, pero todas excepto una me las hizo ella y no duraron más de unos segundos. Puedes comprobarlo en mi historial.

—Hasta que te picó el gusanillo, por no decir otra cosa, y la llamaste tú.

—No, Lola ya no tiene capacidad de removerme, después de lo que me hizo. Lo que sucedió es que Paz, su madre, entró en contacto con la mía porque su hija había caído en una depresión muy honda, de ahí su vuelta a Madrid. Desde que rompió conmigo, ha estado dando tumbos emocionales, hasta caer en picado totalmente. Supe que era verdad cuando fue de boca de su madre de quien salió.

—Claro, como eres tan caballero y nadie sabe que te puso los cuernos… ¿Y para qué le compraste el anillo? ¿Para quitarle la depresión? Igual no hablaste en su día, igual no contaste lo que te había hecho porque no te convenía, dejando la puerta abierta por si volvía contigo en el futuro.

—No, Luna. En ese futuro del que hablas, solo quiero estar contigo.

—¿Y entonces? ¿Entonces qué hay del puto anillo?

—Déjame que te explique. Cuando mi madre me contó su conversación con Paz, me rogó que fuese a verla porque por lo visto la mujer estaba destrozada a causa de la depresión de su hija. En esa ocasión, ya le conté tanto a la una como a la otra lo que Lola me hizo en el pasado. Paz me rogó que me citase con su hija una sola vez. Había sufrido un intento de suicidio y ella estaba desesperada por completo. Lola había recapacitado sobre su comportamiento y quería…

—Volver contigo, claro. Y tú con ella.

—Que no, Luna. Quería pedirme perdón porque todo su afán era poder hacer borrón y cuenta nueva. Estaba en una terapia que solo le haría bien si ella misma se perdonaba, pero afirmaba no poder hacerlo hasta que yo la perdonase.

—¿Y fuiste a verla con ese anillo? ¿Eso cómo lo puedes justificar? ¿Y el hecho de que no me contases nada de esto?

—Luna, escúchame. La primera vez que escuchaste hablar de Lola, noté tus celillos. Tú tampoco pasabas por una buena racha debido a la separación de tus padres y luego llegó la enfermedad de él… Lo último que deseaba era añadir problemas a tu vida. Por eso no te comenté nada y quise zanjar ese asunto del pasado yo solito. Dadas las influencias de tu padre, no te será difícil que el psiquiatra de Lola te confirme todo lo que te estoy diciendo, que no es otra cosa que la verdad.

—¿Y lo del anillo? ¿Eso dónde me lo dejas?

—Lo del anillo, Luna, es una cuestión del pasado. Ese anillo no se lo he comprado a Lola ahora. Se lo compré hace años, cuando éramos pareja. El día que fui a verla para decirle que la perdonaba, pero que no quería volver a saber nada más de ella, me lo entregó. Me dijo que nunca se lo había merecido y que no deseaba tenerlo; que el anillo le quemaba, pero que tampoco era capaz de deshacerse de él porque yo había sido el único chico que la amó de verdad. Me lo puso en la mano, en el interior de su cajita, y luego se despidió de mí. Te juro que lo cogí con la intención de deshacerme de él, pero salí tan conforme de allí, pensando en que mi ex no volvería a molestarme, que olvidé que lo llevaba en ese bolsillo. Para mí no significaba ya nada, hasta ese punto. Puedo confirmarte en qué joyería lo encargué en el pasado. Seguro que conservan copias de los encargos. Te lo demostraré.

—¿Tú eres tonto? —le pregunté en ese instante reprimiendo las lágrimas.

—Sí, lo soy por haber puesto en juego lo nuestro, Luna, pero te prometo que lo único que pretendía con mi silencio era no causar tu recelo.

—Pues has estado a punto, con tanta precaución, de echarlo todo a perder, ¿te enteras?

—Y de que te apuntásemos a punta de pistola también. Porque Luna no nos ha dejado que si no, ¿verdad, Alba?

Ahí fue Sol quien se envalentonó.

—Yo tan loca no estoy, a mí no me metas en ese marrón, que tengo un futuro muy bonito con Ismael y no quiero terminar en la cárcel —se excusó

de pronto la otra, echando el culo fuera cuando había sido la mayor agitadora.

—Y nosotros, ¿nosotros también tenemos un futuro muy bonito por delante? —me preguntó Enzo de lo más emocionado.

—Desde luego que no se puede ser más torpe, si no metes la pata de una manera, la metes de otra. Y yo, como una idiota, pillada de ti. Ni una más, ¿me oyes? Ni una más.

—Alba, aquí ya no pintamos nada —le comentó Sol, tirando de ella, cuando vio venir que la cercanía entre ambos anunciaba reconciliación.

No podíamos besarnos porque yo acababa de vomitar y a él le había dejado hecho un asco. Así que nos limitamos a mirarnos con intensidad.

Vi lágrimas en sus preciosos ojos. Lágrimas de felicidad por haber deshecho un entuerto que casi da al traste con nuestra relación.

Cuando pasé consulta aquella mañana, con Enzo de nuevo al otro lado del muro que nos separaba, pero con nuestros corazones nuevamente unidos, pensé que el cachondo del angelito ese que no para de divertirse con sus flechas, se lo había pasado bomba con nosotros.

En realidad, bomba era volver a estar con Enzo porque se trataba del hombre de mi vida, de uno que me acababa de demostrar que nada más lejos de tratar de engañarme. Mi novio solo trató de protegerme, una vez más.

Capítulo 53



Quedaba una cuestión por resolver: mi regalo de cumpleaños, el que aquella noche no pudo entregarme Enzo.

Cuando llegamos a casa, fue lo primero que hizo. Por cierto, que él había tenido que volver a primera hora de la mañana para ducharse, corriendo de nuevo al trabajo. Con mi regalo en la mano, que era uno para compartir, fueron mis ojos los que comenzaron a derramar un buen puñado de lágrimas.

—¡¡Entradas para un concierto de Rosalía!! —le chillé.

—Te dije que te las debía y he cumplido. Nunca te voy a fallar, mi amor, te lo prometo.

Si entusiasmaba estaba yo, él no lo estaba menos. En su día, me quedé sin verla actuar por su culpa y allí estaba, con las dos entradas en la mano.

—Tan solo hay una pega, cariño. Imposible encontrarlas para este verano. Está todo vendido, así que son para el verano que viene.

—A más de un año vista… Pues tendrás que portarte muy bien para que esto siga funcionando entonces —le contesté junto con una sonrisilla malévola.

Me lo llevaba a la cama tirando de su camisa cuando de nuevo sentí ese malestar, entrando en el baño a lo justo.

Dicen que son los pequeños detalles los que marcan la diferencia en las relaciones. Pues bien, creo que es así porque cuando le vi sujetando mi pelo mientras vomitaba, comprobé que era una muestra de amor, y grande.

Tardé unos minutos en recomponerme un poco. Me apetecía darme una ducha, a cuya salida él me habló.

—Estoy pensando una cosa, Luna.

—Ya, ya, que nos tenemos que mudar al ático cuanto antes. Yo también lo he pensado. Los suministrados los he dado de alta. Ahora queda el tema de la mudanza y demás. Espero estar estos días mejor del estómago, porque con tanto revuelo como he vivido, la cabeza es que no la levanto.

—Dime una cosa —me pidió cogiéndome por las manos.

—¿Hay algún problema?

—No, no se trata de ningún problema, pero ¿a ti cuándo te vino la última regla?

Palidecí por completo en ese instante en el que caí en que llevaba varios días de retraso, aunque no es que fuese yo un reloj suizo en cuanto a la precisión de mi período.

—¿La última regla? Cielos, creo que fue, creo que fue… Ay, dios, ¿por qué lo preguntas?

—Porque no paras de vomitar y porque te noto algo distinto.

—¿Cómo distinto? Alba se empeñó el otro día en desfilarme un poco el flequillo, que sabes que tiene mano con la tijera. Debe ser eso…

—No, no creo que sea eso. Me quedaría más tranquilo si te hicieras una prueba.

—¿Una prueba de qué? —le pregunté incrédula.

—Ya sabes de qué; una prueba de embarazo.

Eso no podía ser, es que no podía ser, ¿o sí? Antes de que viniese a reaccionar, Enzo ya estaba camino de la farmacia.

—Es una chorrada, amor, te digo yo que no estoy embarazada, solo estresada —le comenté.

—Pues entonces, vamos a salir de dudas.

—Qué va, qué va. Ya verás que ahora no me sale el dichoso chorrito de pies. Vamos a dejarlo para otro momento.

Los nervios me estaban asaltando más todavía y lo llevaba fatal. Entonces él derrochó paciencia hasta que el chorrito salió y…

—¡¡Positivo!! —exclamó emocionado unos cuantos minutos después, pues yo no podía ni mirar de los muchos nervios que sentía.

—¿Positivo? Está equivocada, esa prueba viene mal. Tírala —le pedí sin más, no pudiendo dar crédito.

—Ya sabía que dirías eso… Por eso he traído dos más. Es un positivo, cariño. Y cuanto antes te hagas a la idea, mejor.

Él que sí y yo que no… Tuve que cerciorarme con una segunda prueba que arrojó el mismo e incontestable resultado.

Me temblaban hasta las pestañas en ese emocionante, pero también impactante momento.

—¿Embarazados? ¿Estamos embarazados? Si no lo teníamos previsto.

—¿Es que las pijas lo tenéis todo controlado en vuestras vidas? —me preguntó entre risas.

—Es que no me lo puedo creer, no me lo puedo creer… ¿Vamos a ser padres?

—Pues todas estas rayitas apuntan a que sí, cariño. Y si te interesa saberlo, no puedo estar más contento, Luna, eres la mujer de mi vida y siempre he deseado tener hijos. No se me ocurre nadie mejor con quien compartirlos.

—Pero ¿ahora?

—Ahora me temo que no. Faltan unos meses, ocho más o menos según dice esta prueba más precisa: un embarazo precioso que cambiará nuestras vidas.

—Precioso no sé si será precisamente, porque de momento, los cambios que me ha ocasionado…

No me dio tiempo a decir nada más. Cuando quise darme cuenta, ya estaba hasta arañando la taza del wáter otra vez.

Comenzaba una nueva etapa de nuestras vidas. Una que tenía que ver con la aventura más emocionante que pueda emprender un ser humano; la de la paternidad.

Nuestros familiares se volvieron locos de contentos. Celebramos una gran fiesta en honor de la pequeñina a los cuatro meses de embarazo, cuando por fin cesaron mis náuseas y comencé a disfrutar de verdad de esa apasionante etapa.

—Se llamará Alba —les anunciamos aquella bonita tarde en la que el bello rostro de mi prima resplandeció.

—¿Alba como yo? —me preguntó echándose a mis brazos.

—Claro que sí, y además serás su madrina, cariño. No se me ocurre nadie mejor.

—¡¡Toma ya!! Como no quiero tener hijos, voy a poder presumir de ahijada, ¿te has enterado, Ismael?

—Claro, y como vivimos puerta con puerta, me aprovecharé de vosotros para que la cuidéis.

—Vale, pero si es por la noche, solo de vez en cuando, que Ismael y yo también tenemos que salir a bailar —me advirtió con esa gracia tan suya mientras me abrazaba una y otra vez.

Capítulo 54



Habían pasado unos meses y aquella tarde estábamos todos juntos celebrando el cumpleaños de mi abuela.

—¿De verdad, Vicente? ¡¡Te has lucido!!

Yo ya estaba a punto de salir de cuentas y no era esa la única novedad que teníamos en casa, pues todos íbamos viendo cómo se producía un acercamiento entre mi abuela y el abuelo de Sol, uno que había sido impensable hasta entonces porque ella nunca estuvo por la labor de rehacer su vida con un hombre. Y las mujeres no le iban, así que…

Vicente había sabido ir ganándosela en los últimos meses y se notaba. Aquel regalo del crucero, con las ganas que ella tenía de hacer uno, fue el remate.

—De verdad, la única pega es que he sacado otro pasaje para mí, así que tendrás que aguantarme o tirarme por la borda, tú decides.

—De momento, embarcaremos. La decisión ya la tomaré a bordo, con una pamela puesta y una copa en la mano, tumbada a la bartola en una hamaca.

—Madre mía, abuela, qué bien suena… yo también quiero ir.

—Pues eso se lo cuentas a Ismael, a mí no me lo digas, Alba.

Todo eran risas. Nos habíamos reunido en la que era la casa de mi madre, pero que seguía siendo la familiar y el centro neurálgico de todas nuestras reuniones.

No faltaba nadie de mi familia (mi padre y Liz incluidos) ni tampoco de la de Sol. Voy a hacer un pequeño inciso para comentar que su hermano

Jacobo había superado por fin su adicción y estaba estupendo, hasta se llevaba genial con Bruno y quedaban para salir o hacer deporte juntos.

Fue en el momento corte de la tarta cuando sentí aquella fuerte punzada que me dejó sin aliento.

—¡¡Qué dolor!! —chillé.

Mi abuela apuntaba en ese instante con el cuchillo al impresionante dulce elaborado por Charo, quien también se encontraba con nosotros, tras negarse a soplar las velas, pues no le gustaba desvelar su edad en público.

—No, tranquila, si a la tarta no le duele —me contestó Alba con su natural inocencia.

—Ya sé que no, ¡¡a quien le duele es a mí!!

Aún no había acabado de decirlo cuando noté que mis pies se mojaban por el agua que ya corría por mis piernas hacia abajo.

—¡¡He roto aguas!! ¡¡He roto aguas!!

—¿Estás bien, mi amor? —me preguntó Enzo besándome las manos.

—¡¡Estoy muerta de miedo!! —le grité en ese instante.

—Tranquila, cariño, que todo va a salir bien. Tu padre, que nos tenía que servir para algo, es el dueño de la clínica y allí van a tratarte mejor que a una *royal* —soltó mi abuela con su natural sarcasmo.

Es que no he hecho referencia a lo más importante. Estábamos celebrando el cumpleaños de mi abuela, pero semanas atrás habíamos celebrado ya que mi padre se encontraba limpio tras su tratamiento. Mejor noticia que esa, no pudimos tener. Y claro, al encontrarse ya bien, como que se convirtió de nuevo en el blanco de las bromas de su exsuegra, que seguía actuando como si todavía lo fuese.

Lo mejor del nacimiento de nuestra Alba, aparte de lo bien que me trataron en la clínica, fue el incondicional apoyo de su emocionado papá en todo momento.

Enzo no paró de animarme, de darme la mano y de alentarme en el paritorio, ¡¡si hasta parecía que quien estaba empujando era él!!

No voy a olvidar nunca cómo le temblaba el pulso, debido a la intensa emoción, en el momento en el que la ginecóloga le ofreció cortar él mismo el cordón umbilical.

—No sé si es buena idea —le comenté con lágrimas en los ojos por la emoción de sentir la cálida piel de mi preciosa niñita sobre mí.

—Puedo hacerlo, de verdad…

Claro que podía. A Enzo no había obstáculo que se le resistiese. La niña nació con su pelo y con mis ojos. Era una adorable mezcla de papi y mami…

La habitación era una fiesta cuando me subieron a ella. Las abuelas, junto con su encantada bisabuela, se la pasaban de un brazo a otro.

—A ti no se parece, Gerardo, menos mal —bromeaba mi abuela Carmina.

—Sí que se parece, papi, porque tiene parte de mí y yo parte de ti.

Liz pidió cogerla también en brazos. A esas alturas ya todos conocíamos que ella perdió un hijo de corta edad, por lo que se emocionó mucho con Alba en brazos.

—Sí que se parece a ti, Gerardo —murmuró con lágrimas en los ojos.

Mi abuela la abrazó en ese instante. Todo lo ácida que podía ser mi Carmina en determinados instantes, lo era de cariñosa en otros.

Hasta mi hermano, que era un pasota total, mostraba devoción por su sobrina. También Gonzalo e Ismael sonreían a la chiquitina. Y Charo se la comía.

—Es mi ahijada, es mi ahijada —presumía Alba de ser su madrina.

Sol no lo era, pero como si lo fuese. Ella también era mi hermana, mi hermana del alma, y tita de una pequeña a cuya madre adoraba, como yo a ella.

Soy muy familiar. Para mí la familia es sagrada. Y ese día la ampliamos. El mío no fue un parto largo, el miedo que tenía se dispersó pronto porque en tan solo tres horas puse a mi hija Alba en el mundo. Ya era madre y estrenaba no solo título, sino una enorme responsabilidad.

Si algo había aprendido de aquella historia, es que los padres no siempre hacen las cosas perfectas, pero cuando aman a sus hijos con todo su corazón, procuran hacerlo lo mejor posible.

Mis padres lo habían hecho. Habían sido los mejores para Bruno, para Alba y para mí. Ahora nos tocaba a Enzo y a mí dar la talla. Amábamos a nuestra hija más que a nosotros mismos y con su llegaba también

estrenábamos nueva vida: una vida plagada de tantas ilusiones que sacaba la más emocionada de mis sonrisas.

Dos días más tarde ya estábamos en nuestro ático, donde le habíamos preparado a Alba la habitación de bebé más cuqui y dulce del mundo. Nuestra niña no solo era una bendición, sino que no podía ser más buena y dormir mejor. Apenas lloriqueaba un poco cuando sentía hambre y, desde el principio, nos enamoró con unas sonrisas que en las primeras semanas eran fugaces y que con los meses se fueron quedando perennes en su cara.

Alba e Ismael estaban súper pendientes de ella y siempre encantados de cuidarla. Su madrina era genial y flipaba ejerciendo como tal.

Se me ocurrían pocas maneras de mejorar lo nuestro porque lo que tenía con Enzo me llenaba cada día de mi vida, y también cada noche, puesto que el nacimiento de Alba no nos robó en absoluto la chispa de la cama. Pero mi chico tenía otros planes para nosotros… Unos que muy pronto descubriría.

Epílogo



Nuestra Alba ya tenía medio añito de vida la noche en la que Enzo y yo nos estábamos arreglando para asistir a ese concierto de Rosalía que tantas ganas teníamos de disfrutar juntos.

En muy poco tiempo, nos habíamos convertido en padres y nuestra existencia era tremendamente dichosa, aparte de que nuestra relación funcionaba y de que vivíamos en un ático precioso sin ningún tipo de problema económico, sino todo lo contrario. Vaya, que más no se podía pedir, ¿o sí?

—Toma, cariño, aquí te dejo a la princesa de la casa —le comenté a mi prima cuando ya nos íbamos, picando su timbre.

—Ya está aquí lo más bonito, Ismael —le anunció ella.

Mejores canguros que ellos, imposible. Así que podríamos disfrutar de un concierto que nos llegaba con años de retraso, pero que pensábamos exprimir hasta la última gota.

Al ser verano, yo llevaba un precioso vestido de lino en color rojo, el de la pasión, largo y con la espalda fuera. Unas bonitas, pero cómodas, cuñas en los pies completaban mi juvenil *outfit.* Enzo llevaba vaqueros claros, camisa blanca y zapatillas deportivas. No olvidaré cómo vestíamos ese día por motivos que enseguida vais a entender.

El concierto fue un show total. Esa mujer es que llena el escenario con su versatilidad y todos nos desgañitábamos para cantar las letras con ella. Quien dijo que Rosalía es como la Coca Cola, porque gusta a todo el mundo, acertó de pleno.

La catalana lo estaba dando todo en uno de los muchos escenarios en los que recaló en su gran gira internacional. El efecto *motomami* arrasaba y yo estaba disfrutando a tope de un concierto en el que, cada vez que miraba a Enzo, me lo encontraba embelesado, con los ojos puestos en mí.

—¡¡Que la mires a ella, hombre!! ¡¡Que no me voy a encelar!! —bromeaba.

—Estoy mirando donde quiero mirar…

Claro que Enzo lo estaba disfrutando y cantaba conmigo, igual que el resto del público, pero había algo en su mirada que me parecía distinto. Me atreví a pensar incluso que más intenso que lo del resto de los días, que ya lo era bastante.

Cuando Rosalía se despidió de su público, le di a mi chico un besazo de tornillo.

—Que sepas que, aunque haya tardado mucho en poder disfrutarlo, ha sido el mejor regalo de cumpleaños de mi vida.

—Pues que sepas tú que todo se puede mejorar.

Su respuesta fue mosqueante, sobre todo por la forma en la que lo dijo. Entonces, cuando creí que ya nos dirigíamos a la salida para coger el coche, tiró de mi mano.

—Oye, que nos tenemos que ir ya, que Alba e Ismael se querrán acostar…

—Alba e Ismael están de acuerdo con que tardemos un poco más —me contestó sin vacilar.

No entendía sus palabras. La organización del concierto había sido impresionante y, antes de salir, nos encontramos con un *photocall* de lo más divertido en el que te permitían lucir como si hubieras estado en el escenario.

No fue eso lo que más me llamó la atención, lo que más me la llamó fue que, tras hacernos la simpática foto, el fotógrafo nos la dio.

—Está genial, pero ¿qué son estas letras impresas encima? —le pregunté afinando la vista, pues nos la sacó en papel.

El hombre la había estado retocando con su equipo y pensé que se trataba de un error.

—Ah, pues no sé —se encogió de hombros.

—Mira, cariño, ¿qué es lo que pone aquí? —le pregunté a Enzo.

—Mira bien, mi amor…

Fijé la vista y leí un "dale la vuelta" y, cuando se la di, el corazón bailó a ritmo de Rosalía en el interior de mi pecho al leer lo que ponía.

"Si aceptas casarte conmigo, esta foto la veo ideal para la invitación. ¿Estás de acuerdo, Luna?"

Lo siguiente que encontré fue la atractiva sonrisa de Enzo sobre la mía, volviéndomelo a preguntar con los ojos.

Me costó reprimir las lágrimas. No lo esperaba en absoluto y entonces me abracé a él, totalmente asombrada.

—¡¡¡Sí!!!

Una respuesta escueta, pero tan ilusionada y lanzada en un tono tan fuerte que todos los que iban abandonando las instalaciones se volvieron para mirarme.

De entre los posibles finales de fiesta para aquella noche, no podría imaginar otro mejor que aquel. Entonces fue cuando Enzo sacó del bolsillo de sus vaqueros un anillo, sin caja y sin nada para no despertar de antemano mis sospechas, y me lo colocó en la mano.

Le amaba tanto… Amaba tanto al hombre que apostó incondicionalmente por mí que pensé que la mejor de mis suertes fue cruzármelo en aquel otro concierto que no pude disfrutar en su momento, cuando terminé fuera con Sol maldiciendo porque nos expulsaron del recinto. Pues bien, qué poco sabía entonces que esa noche conocí al que iba a ser no solo el hombre de mi vida, sino de todas mis vidas…

Camino del ático, no podía dejar de mirar aquel precioso anillo con símbolo de infinito, el mismo que deseábamos para nuestra pasión…

Hicimos el amor hasta bien entrada la madrugada con el énfasis habitual, pero con la ilusión de que nos habíamos comprometido para siempre a través de un círculo que rodeaba mi dedo índice y que significaba mucho más que una joya; lo significaba todo para nosotros.

Puedes seguirme en mis RRSS:

Facebook: Jenny Del

IG: @jennydelautora

Twitter: @ChicasTribu

Amazon: relinks.me/JennyDel